

El Padrenuestro y el Credo

MEDITACIONES
PARA CATEQUISTAS

P. Leonel Miranda Miranda



230.21
M672p

Miranda Miranda, Leonel
El Padre Nuestro y el Credo [recurso electrónico]
Leonel Miranda Miranda – 1 a. ed. –
San José, C.R. : CONEC, 2001.
141 p. ; (Reflexiones patrísticas)

Nota: Forma de acceso: www.cenacat.org
ISBN: 978-9968-639-09-5

1. Patrística. I. t.

Autor: Leonel Miranda Miranda

Coordinación editorial: Alfredo Madrigal S.
Julia M^a. Bolaños A



www.cenacat.org

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, transcribirse, almacenarse en sistemas de recuperación o traducirse a cualquier idioma por cualquier medio electrónico, mecánico, magnético, óptico, químico o manual de cualquier otro tipo, sin el permiso escrito del autor.

Hecho el depósito de ley

CONTENIDO



PRÓLOGO	5
PRESENTACIÓN	6
INTRODUCCIÓN	8
1. Consideraciones introductorias	11
2. La catequesis del Padrenuestro en el contexto litúrgico primitivo	12
3. El Padrenuestro en la interpretación de los Padres	13
4. El pan material	26
5. El pan de la Palabra	28
6. El Pan de la Eucaristía	29
CAPITULO I	37
1. El Credo en el contexto catequético primitivo	38
2. Guía para la meditación del Credo	39
CAPITULO II	41
1. La fe como una realidad humana	42
2. La fe es estar firme	42
3. Creer eclesialmente	43
PARTE I	45
I. Creo en un solo Dios	46
II. Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador de cielo y tierra	47
1. Las manos de Dios y el mundo	49
2. “Para el hombre preparó Dios el mundo”	50
PARTE II	53
I. “Creo en Jesucristo”: Busca en el hombre al hombre y encontrarás la Imagen de Dios	54

II. “Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre por quien todo fue hecho”	55
III. “Por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen y se hizo hombre”	57
IV. “Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, padeció, murió y fue sepultado ...”	63
V. Resucitó al tercer día según las Escrituras.	73
VI. Y subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre.	76
VII. Volverá para juzgar a vivos y a muertos.	80
PARTE III.	88
I. Creo en el Espíritu Santo	89
II. Creo en la Iglesia.	93
A. La Iglesia es una.	99
B. La Iglesia es santa.	104
C. La Iglesia es católica:	107
D. La Iglesia es Apostólica	108
III. Confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados.	109
A. La penitencia.	116
B. El Padrenuestro, la oración de la Iglesia y la caridad.	123
IV. CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE.	124
V. Y EN LA VIDA ETERNA.	133
AMÉN	139
CONCLUSIONES.	140

PRÓLOGO

El Papa Juan Pablo II pidió que cada uno de los tres años preparatorios a la celebración del gran Jubileo del 2000, estuvieran dedicados a una de las tres personas de la Trinidad. El año de 1998 correspondió a la reflexión y celebración en torno a la persona del Padre. En esa oportunidad, la Comisión Nacional de Catequesis de Costa Rica me solicitó una exposición en torno a la Persona del Padre Eterno, en relación con la catequesis de los adultos. Primeramente, abordé el tema con un grupo de seminaristas que se preparaban para el acolitado, y luego con unos catequistas; en ambos casos, en la modalidad de retiro espiritual. En octubre de 1998 expuse el tema a los miembros de la Comisión Nacional de Catequesis. Nació así la reflexión en torno al *Padrenuestro* en ambientes catequísticos.

Una historia parecida tuvo la reflexión acerca del *Credo*. En febrero del 2000, año dedicado a la glorificación de la Trinidad, la Comisión Arquidiocesana de Catequesis de San José, me pidió elaborar una reflexión para los catequistas, desde el misterio del Dios revelado. Esta reflexión, retocada en algunos aspectos, ayudó en la tarea de motivar a los catequistas de la Vicaría de Heredia, en este año jubilar. El material fue ampliándose con una investigación más detallada, que dio origen al texto que ofrecemos a los lectores.

Ambos temas se originan, pues, en el contexto del encuentro con los catequistas; son precisamente ellos quienes han inspirado muchas ideas, frases, interrogantes y respuestas. Los estudiantes del Seminario Central de San José también han tenido un papel protagónico en la elaboración de estas reflexiones.

En todo momento, se ha pretendido salvaguardar el lenguaje catequístico, utilizando expresiones que puedan ser entendidas por todos. Ello, con base en la convicción de que el lenguaje debe reflejar siempre el ser que llevamos como misterio en nosotros. Si por la lectura de estos trabajos se logra comunicar la fe con palabras sencillas, se lo debemos a la divina Providencia; si este objetivo no fuera alcanzado, lo atribuiría a mi limitación únicamente, ya que traté de impregnar el trabajo con mi buena voluntad.

PRESENTACIÓN

*“Recordad a vuestros guías, que os expusieron la palabra de Dios;
observando el desenlace de su vida, imitad su fe.
Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos.
No os dejéis llevar por doctrinas diversas y extrañas”.*

(Heb. 13, 7-9)

La Comisión Nacional de Catequesis pone en manos de los catequistas el presente estudio, titulado *“El Padrenuestro y el Credo. Meditaciones para catequistas”*, elaborado por el presbítero Leonel Miranda Miranda, especializado en Patrología.

Se trata de un original texto dedicado a reflexionar y a meditar sobre la *Profesión de fe* o el *Credo* y la oración del *Padrenuestro* según algunos padres de la Iglesia; por tanto, es una obra que bebe y se sustenta de la fuente de los santos padres, se nutre de sus pensamientos y se inspira en la riqueza de sus escritos.

El autor ha podido navegar con destreza por las majestuosas, bellas, sustantivas y reveladoras aguas de esa especie de mar impresionante que es el tiempo eclesial de los santos padres, el cual está repleto de las riquezas de una honda y amplia reflexión teológica y de una original belleza verbal y literaria.

El Espíritu de Dios, que guía a la Iglesia de todos los tiempos, reposó con singular sabiduría, piedad y ciencia en aquella época, y así reveló y habló “palabras inefables” (Cfr. 2 Cor. 12, 4), en asocio con la capacidad intelectual de la comunidad cristiana en la que sobresalieron y se alzaron extraordinarias figuras, algunas de las cuales nos hablarán a lo largo de las páginas que siguen que, por lo demás, nos recuerdan la palabra fiel del Señor: “Me quedan por deciros muchas cosas, pero no podéis con ellas por ahora. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena” (Jn. 16, 12-13).

Los anteriores a nosotros reflexionaron y hablaron de las mismas o al menos de muchísimas cosas que ocupan a los hombres de hoy y, en muchas de ellas, profundizaron su pensamiento y hablaron mejor, diciéndolas con claridad brillante, verbo elocuente y con sobriedad, en la que suele devenir la auténtica sabiduría.

No cabe duda que los destinatarios de este documento, los catequistas del pueblo de Dios, tendrán en él un instrumento que es:

- Un mensaje teológico que ayudará a reflexionar, a conocer y a entender mejor el símbolo de la fe y la oración del Señor que profesamos y rezamos en y con la Iglesia.
- Un vademécum con un exquisito mensaje de espiritualidad para la meditación y la interiorización.
- También un mensaje pastoral y pedagógico en el que tácitamente se nos dice que el Evangelio y la fe en él, son ante todo, el Espíritu de Jesús que hace su vida en nosotros y que se traduce en gestos fraternos y amor a la verdad.

Si bien este libro ha sido pensado para los catequistas, su contenido será también enriquecedor para todo agente de pastoral y para todo fiel cristiano que quiera crecer en su formación.

Que Dios bendiga al Padre Leonel Miranda con la radiante luz del Espíritu con que enriqueció a los Padres, como principal estipendio por este manjar que nos ha preparado, lo mismo a la Comisión Nacional de Catequesis por la excelente iniciativa de ofrecer este estudio a los servidores de la Palabra.

Que María, la oyente fiel, la contemplativa de la obra del Señor, la dichosa por haber creído, nos ayude a interiorizar el mensaje aquí expuesto, para decir cada día con más conciencia y renovado fervor: “Padre Nuestro...” y profesar con firme convicción y viva alegría en la comunidad eclesial y en cada día del Señor: “Creo en un solo Dios...”

“La Iglesia, extendida hoy día hasta los extremos de la tierra, ha recibido de los apóstoles y de sus discípulos la fe en un solo Dios, el Padre omnipotente que hizo el cielo y la tierra, los mares y todo cuanto existe; en un solo Jesucristo, Hijo de Dios que se ha encarnado para la salvación nuestra; y en el Espíritu Santo, que por voz de los profetas preanunció la economía del amado Jesucristo, nuestro Señor, su doble venida, su nacimiento de la Virgen, su pasión y resurrección de los muertos, su ascensión corporal a los cielos, en la gloria de su Padre, para “recapitular” todas las cosas y resucitar toda carne, la de todo el género humano”.

“Ésta es la enseñanza que la Iglesia ha recibido; y ésta es la fe que, por muy dispersa que esté en el mundo entero, ésta custodia con celoso cuidado como si tuviese su sede en una única casa. Y todos son unánimes en creerla, como si ésta sólo tuviese un alma sola y un solo corazón. Esta fe la predica, la enseña, la transmite de manera idéntica, como si tuviese una sola boca”. (S. Ireneo, Adv. Haer. 1, 9)

INTRODUCCIÓN

“Para que las comunidades eclesiales puedan contar con catequistas suficientes e idóneos, además de una elección atenta, es indispensable proporcionar una preparación de calidad.”¹ A fin de que las verdades que el catequista comunica no estén destinadas al fracaso, deben estar apoyadas, fundamentadas en una “formación básica y adecuada y una actualización constante”.²

En el Catecismo de la Iglesia católica encontramos “una exposición orgánica y sintética de los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina católica, tanto sobre la fe como sobre la moral, a la luz de Concilio Vaticano II y del conjunto de la Tradición de la Iglesia”³. Esta exposición de las verdades de nuestra fe, sin embargo, hay que comprenderla.

Los Padres de la Iglesia⁴ están al servicio de la explicación de la verdad. “La riqueza de la tradición patristica y la de los catecismos confluye en la catequesis actual de la Iglesia, enriqueciéndola tanto en su misma concepción como en sus contenidos. Recuerdan a la catequesis los siete elementos básicos que la configuran: las tres etapas de la narración de la Historia de la salvación: el Antiguo Testamento, la vida de Jesucristo y la historia de la Iglesia; y los cuatro pilares de la exposición: el Símbolo, los Sacramentos, el Decálogo y el Padre nuestro. Con estas siete *piezas maestras*, base tanto del proceso de la catequesis de iniciación cristiana como del proceso permanente de maduración cristiana. Pueden construirse edificios de diversa arquitectura o articulación, según los destinatarios o las diferentes situaciones culturales”⁵.

El ir a los Padres de la Iglesia nos permitirá comprender mejor las verdades que proclamamos. Esta es, fundamentalmente, la razón que nos ha movido a presentar las siguientes reflexiones patristicas en torno al *Padrenuestro* y a la *Profesión de nuestra fe* (=Credo).

En el caso de la *Oración dominical*, las meditaciones sobre cada una de las súplicas van precedidas por una pequeña introducción. En ella ubicamos la oración en el contexto catequístico y litúrgico primitivos. Leído desde los Padres de la Iglesia, esta oración nos permitirá traer grandes luces para la hodierna catequesis de adultos.

Las reflexiones en torno al *Credo* están estructuradas del modo como sigue. En la primera parte, encontrará el lector la ubicación del *Credo* en los

1 Congregación para la Evangelización de los pueblos, *Guía para los Catequistas. Documento de orientación vocacional, de formación y de promoción del Catequista en los territorios de misión que dependen de la congregación para la Evangelización de los pueblos*, 19 (Roma, 3 de diciembre, 1993)

2 Congregación para la Evangelización de los pueblos, *Guía para los Catequistas* 19.

3 “Catecismo de la Iglesia Católica” (Roma, 1992) 11. Congregación para el clero, *Directorio general para la catequesis* (Ciudad del Vaticano, 15 de agosto, 1997) 12.

4 Denominamos Padres de la Iglesia a los escritores eclesiásticos de la época primitiva. Esta época del siglo I al VIII.

5 DGC 130.

contextos catequísticos de la Iglesia primitiva; y, en la segunda parte, presentaremos algunos elementos generales (= una guía) para poder elaborar una lectura más comprensible de la confesión de fe. A partir de esta guía de lectura, nos damos a la tarea de reflexionar los respectivos artículos. Para concluir con algunas orientaciones muy generales para la catequesis de adultos.


Los catequistas son “evangelizadores insustituibles”⁶. Para ellos están pensadas estas reflexiones. Sabemos que nuestros catequistas no solamente rezan sino que también enseñan, explican y transmiten el *Padrenuestro* y el *Credo*, por eso urge que sean conocedores de lo que la misma profesión de fe enseña.

Los catequistas de la Vicaría VIII, la Vicaría de Heredia (Arquidiócesis de San José), son testigos de la fe. Con ellos hemos convertido la formación en una experiencia espiritual. Con estas páginas van unidos mi agradecimiento y mi cariño. Voy acumulando una deuda muy grande con Thaís Rosabal y con Esteban Araya. Sólo la Providencia divina les recompensará.

*P. Leonel Miranda Miranda
Seminario Central de San José*

Propiedad de CENAPAC

6 Juan Pablo II, *Redemptoris Missio* 73.



**Padrenuestro,
Padres de la
Iglesia
y
Catequesis de
adultos**

Propiedad de CEVACATI

1. Consideraciones introductorias

Desde el mismo dato neotestamentario, la oración del Padrenuestro ha estado ligada a contextos catequéticos. La así llamada oración dominical según la versión mateana (Mt. 6,5-15) es “un catecismo de la oración compuesto por sentencias de Jesús, que hubo de ser utilizado para la instrucción de los neófitos”⁷. San Lucas, en cambio, inserta el Padrenuestro en una catequesis de la oración (Lc. 11,1-13), “podemos conjeturar cuán importante debía ser para la Iglesia primitiva formar a sus miembros en la recta oración”⁸. Esto nos indica que dicha oración constituía un elemento fundamental en la instrucción oracional en toda la Iglesia ya hacia el año 75; instrucción dirigida a judeocristianos y a paganos convertidos.

La Didajé, el primer testimonio primitivo que tenemos sobre el uso de la plegaria dominical en la vida eclesial⁹, la refiere a contextos también catequéticos. En la instrucción que dirige a los catecúmenos sobre la oración cristiana, dicho documento propone la oración del Padrenuestro como modelo de súplica, la cual debe hacerse “tres veces al día”¹⁰.

Últimamente se ha puesto de relieve por parte del Magisterio de la Iglesia la relación *Padrenuestro* y Catequesis de adultos. Así, el ritual de la iniciación cristiana de adultos, al referirse al tiempo de purificación e iluminación (RICA 21), indica como ritos propios de este período el de los “escrutinios” y el de las “entregas” (RICA 25). Las *entregas* son definidas como la entrega que la Iglesia hace o confía a los elegidos de antiquísimos documentos de la fe y de la oración: el Credo (símbolo) y la oración dominical (Padrenuestro), por lo que a esta última se refiere, dice el mencionado documento:

“En la oración dominical, en cambio, descubren (los elegidos) más profundamente el nuevo espíritu de los hijos, gracias al cual, llaman Padre a Dios, sobre todo durante la reunión Eucarística” (RICA 25)

También, recientemente el Catecismo de la Iglesia Católica ha ubicado el Padrenuestro en el corazón de la cuarta parte, dedicada al tema de

-
- 7 J. Jeremías, ‘El Padre nuestro en la exégesis actual’, en *Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento* (Salamanca, 1983) pág. 219.
- 8 *Idem ut supra*. Así dice el sabio exegeta alemán: “La catequesis de la oración en Mateo habla a hombres que desde su niñez han aprendido a rezar; el peligro para su rezo está en la rutina. En cambio, la catequesis de la oración según Lucas habla a hombres que ante todo tienen que aprender a orar y necesitan ser animados a ello (...)” J. Jeremías, ‘El Padre Nuestro.’.. *op. cit.* pág. 220
- 9 S. Sabugal, *El Padrenuestro en la interpretación catequética antigua y moderna* (Salamanca 1982) pp. 36-37.
- 10 Didajé VIII, 3 (Introd. notas de Daniel Ruiz Bueno, Madrid, 1993). “El Pater había sustituido, según el testimonio de la *Didajé*, la oración de los judíos, la cual se realizaba tres veces al día. Ya entre los mismos judíos se tenía la idea de que el *Shemá Israel*, la plegaria cotidiana de los israelitas, sustituía el estudio de la Ley” Tertuliano, Cipriano, Agostino, *Il Padre Nostro. Per un rinnovamento della catechesi sulla preghiera* (a cura di V. Grossi, trad. di L. Vicario, Roma, 1983) pág. 47, n.11.

la oración cristiana. Aborda, de manera directa, el tema de la oración dominical como contenido propio de una catequesis que está dirigida de un modo especial a los adultos.

La Sagrada Escritura y junto a ella el Catecismo oficial nos ofrecen el contenido del acto catequético. Tanto en uno como en el otro, el Padrenuestro constituye un lugar privilegiado para conocer al Dios que se ha revelado. Los Padres de la Iglesia, en cuanto que les corresponde transmitir, como testigos privilegiados, los puntos capitales y esenciales de la fe, se constituyen en una ayuda valiosísima para entender un documento de fe tan precioso como lo es la oración que el mismo Señor nos enseñó.

* * *

2. La catequesis del Padrenuestro en el contexto litúrgico primitivo

La catequesis en la época de los Padres es una transmisión verbal de una enseñanza que es vida y que es más o menos teórica; por esta razón, se convierte en una iniciación integral de una pastoral completa que, en algunos casos, culmina con la recepción de los sacramentos en la noche de la Vigilia Pascual¹¹; pero en otros casos, la celebración de la noche de Pascua es punto de partida para las catequesis (las catequesis mistagógicas).

La plegaria del Padrenuestro en algunas Iglesias era parte del contenido de la catequesis de los catecúmenos, pero en comunidades como Jerusalén¹², Milán¹³ y Constantinopla¹⁴, la oración dominical formaba parte de las catequesis mistagógicas. La razón por la cual se dejaba la explicación para los neófitos es sencilla: llamar a Dios Padre y saber lo que esto significa, es derecho de quien es hijo. San Juan Crisóstomo sintetiza diciendo:

“Un catecúmeno, en efecto, no podía llamar Padre a Dios”¹⁵.

Estas diferentes tradiciones catequísticas se constituyen en una riqueza para los procesos de formación en la fe de adultos, pues la reflexión en torno a la oración dominical se propone para aquellos que han recibido los sacramentos de iniciación cristiana, quienes, por motivos diversos, no

11 Cfr. Tertuliano, Cipriano, Agostino, *Il Padre Nostro...op. cit.*, pp. 23-27; R. Domínguez B., *Catequesis y Liturgia en los Padres. Interpretación a la Catequesis de nuestros días* (Salamanca, 1988), pág. 72.

12 Cirilo e Giovanni di Gerusalemme, *Le Catechesi ai Misteri V*, II-18 (Trad. Introd. E note a cura di A. Quacquarelli, Roma, 1990).

13 M. Grazia Mara, “Ambrogio di Milano, Ambrosiaster e Niceta”, en *Patrología III* (a cura di A. Di Berardino, Roma, 1992) pág. 161.

14 J. Quasten, *Patrología II*, (Roma, 1992) pág. 412.

15 Juan Crisóstomo, *Homilía sobre san Mateo 19,5* (Prólogo y versión de Daniel Ruiz Bueno. Madrid, 1955).

han podido continuar con su formación en la fe, y también para los que inician un proceso de formación que culminará con la recepción del Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

Lo que nosotros nos proponemos es ofrecer, a partir de la exégesis patrística del *Padrenuestro*, algunos elementos que iluminen tanto la catequesis que prepara para los sacramentos de iniciación (DGC 172) como a la catequesis que trata de hacer madurar el germen de fe que ya se ha comunicado por el Bautismo (DGC 173).

* * *

3. El Padrenuestro en la interpretación de los Padres

Con mucha precisión, Tertuliano ha definido el *Pater Noster* como el compendio o “breviario de todo el Evangelio”¹⁶; inspirados en él, Cipriano de Cartago ha dicho que en la oración dominical se contiene “todo lo esencial de nuestras plegarias”¹⁷, y Agustín de Hipona, aludiendo a la misma oración, indica: “si recorres todas las plegarias de la Sagrada Escritura, nada hallarás /según creo/ que no esté contenido y encerrado en la oración dominical”¹⁸.

Con el fin de poder apreciar e interpretar más provechosamente el texto en estudio, un pasaje de Tertuliano nos servirá como punto de partida. El Africano, comentando la súplica “*el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy*”, dice:

“¡Qué elegantemente dispuso la sabiduría divina el orden de la oración (Padrenuestro), colocando tras las peticiones que se refieren a las cosas celestes –el nombre, la voluntad y el Reino– aquellas relativas a nuestras necesidades terrenas! Pues el Señor había dicho: ‘buscad primero el Reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura’ (Mt. 6,33)”¹⁹.

Según este texto, la oración modelo propuesta por el mismo Señor presenta un doble movimiento; dos movimientos que se entrecruzan y que están presentes en toda la plegaria²⁰. Un primer movimiento está compuesto por las tres primeras peticiones, las cuales “dicen relación a la vida eterna”, mientras que las cuatro siguientes “la dicen a esta vida”²¹ Para el primer

16 Tertuliano, *De oratione* I PL 1, 1255.

17 Cipriano, *De dominica oratione* 28 (Introducción y versión de Julio Campos, Salamanca, 1964).

18 Agustín de Hipona, *Sermón* 56,4 (Traducción y prólogo de Amador del Fueyo, Madrid, 1950)

19 Tertuliano *De orat.* VI PL 1, 1262.

20 L. Boff ha puesto de relieve esta distinción tertuliana, nosotros en muchos aspectos nos inspiramos en las posturas del teólogo latinoamericano L. Boff, *El Padrenuestro. La oración de la liberación integral* (Madrid, 1993) pp. 30-31.

21 Agustín de Hipona, *Sermón* 58,12 (Edición preparada por Amador del Fueyo, Madrid, 1952). “Conviene considerar y enaltecer la distinción que hay en estas siete peticiones. Porque nuestra

movimiento, formulado de acuerdo con la característica de deseo, el Señor invita a los discípulos a clavar la mirada al cielo, a las cosas eternas, a ocuparse y a preocuparse de Dios; en este primer movimiento ubicamos desde la invocación “Padre nuestro” hasta la súplica “hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. El segundo movimiento lo expresa la oración en forma de petición y es una invitación que se le hace al discípulo a no olvidar los dramas propios de la tierra, el drama del hambre (material, intelectual, espiritual), a no olvidar la fragilidad en la que se halla envuelto, el agobio del pecado y de la tentación. En este grupo se encuentran aquellas peticiones que nos hacen pensar en el misterio del hombre y nos recuerdan sus grandezas y sus limitaciones. Estas súplicas van desde “*dános hoy el pan nuestro de cada día*” hasta “*libranos del mal*”.

Nos encontramos, sin duda alguna, ante una verdadera oración que encierra la realidad total del hombre, en la grandeza y sublimidad de ser hijo de Dios, en la exigencia de esta vocación filial, pero también en la realidad más oscura y a veces la más ingrata: la fragilidad; la fragilidad en sus manifestaciones como el hambre, el tener que pedir perdón, el sentir que se tiene corazón débil, que se puede fallar y hasta caer.

Aunque sea de un modo muy breve, presentamos la exégesis patristica de los dos movimientos mencionados y luego nos daremos a la tarea de sugerir algunas implicaciones para la Catequesis de adultos.

* * *

*“Padre nuestro, que estás en el cielo
santificado sea tu Nombre,
venga a nosotros tu Reino,
hágase tu voluntad así en la tierra
como en el cielo”*

Padre nuestro

La novedad con la que Jesús llama a Dios, a saber Padre, no sólo ha sido subrayada con insistencia por la literatura neotestamentaria, sino también por los escritores eclesiásticos antiguos. Tertuliano ha indicado oportunamente tal novedad de frente al Antiguo Testamento:

“El nombre de Dios “Dios Padre” no había sido revelado a nadie. Incluso quien (Moisés) preguntó cuál era, escuchó

vida actual se desarrolla en el tiempo y esperamos la eterna, aunque las cosas eternas preceden en dignidad a las temporales, la consecución de las tres primeras peticiones subsistirá por toda la eternidad. Porque efectivamente la santificación del nombre de Dios será eterna, su reino no tendrá fin, y vida eterna se promete a nuestra felicidad perfecta. En consecuencia permanecerán reunidas y perfeccionadas estas tres cosas con aquella vida que se nos promete (...). En cuanto a las otras cuatro cosas que pedimos, me parece que pertenecen a esta vida temporal, de las cuales la primera es “el pan nuestro de cada día dánosle hoy”. Agustín de Hipona, *Serm. in mont.* II.X.37.

otro nombre (Ex. 3,13.14). A nosotros nos fue revelado en el Hijo. Pues antes del Hijo no existe el nombre del Padre. “Yo he venido, dijo, en nombre de Mi Padre” (Jn. 5,43). Y de nuevo: “¡Padre, glorifica tu Nombre!” (Jn. 12,28)”²².

El Antiguo Testamento había escuchado, en toda su trayectoria, el nombre de Yahveh. Esto es, oyó el “Yo Soy” o “Yo estoy aquí como”, pero no fue capaz de ponerle un predicado definitivo a esta frase; y, por esta razón se intentaron varios predicados justos: Yo soy el Señor, el Hacedor, el que soy, Fortaleza. Sin embargo, es sólo con la predicación de Jesús que el nombre “Padre” se convierte en el contenido de lo predicado. El “Yo soy” tiene ahora un predicado necesario para ser plenamente conocido: “Yo soy Padre”, “Yo estoy en medio de ustedes como Padre”.

Cuando Jesús nos enseña a invocar a Dios como Padre, no sólo nos dice quién es Él²³, sino también qué significa para nosotros que Dios sea nuestro Padre. Según la exégesis de los Padres, al llamar a Dios de este modo, el cristiano que ha sido incorporado por Cristo al Misterio de la filiación²⁴ está haciendo una verdadera profesión de fe que lo afecta a él y a los demás.

Confesar a Dios como Padre es reconocer ante todo que el hombre es el objeto de las preocupaciones por parte de quien lo creó. Al convertirlo en objeto de especial atención, Dios ha conquistado al hombre para sí; por eso quien llama al Hacedor Abbá o se sabe hijo es consciente de que es hombre nuevo, un hombre restituido a Dios y, por tanto, regenerado²⁵. De modo que el Señor traduce o expresa su amor en perdón.

El genio de Miguel Ángel Buonarotti plasmó la dramática escena del hombre caído, de Adán y Eva, después del pecado. Los rostros de los primeros padres eran antes de la caída juveniles, inocentes e infantiles, niños si se quiere; pero, después de haber probado el fruto prohibido, el hombre aparece dirigiendo la mirada a la tierra, ya no al cielo, sus brazos semicaídos y sus rostros arruinados; el hombre aparece desmoronado y destruido; su rostro languidecido, pues ha sido arruinado por el pecado. Pero, cuando el hombre no osaba volver el rostro al cielo, cuando sólo tenía ojos para la tierra, recibió la gracia de Cristo, le fueron perdonados los pecados y de mal siervo que era fue hecho buen hijo²⁶.

22 Tertuliano, *De orat.* III PL 1, 1257-1258. También Orígenes en el *De orat.* 22, 1 (Introd., trad. y notas por T. H. - Martín, Salamanca 1991) indica: “Bien merece la pena examinar atentamente el Antiguo Testamento por ver si en él se encuentra alguna oración donde se llama a Dios ‘Padre’. Hasta ahora, aunque lo he buscado cuidadosamente, no he hallado nada. No quiero decir que a Dios no se le llama Padre y que no se ha llamado hijos de Dios a cuantos creen en Él. Pero en ningún lugar he visto el atrevimiento confiado con que el Salvador invoca a Dios como Padre.” En algunas ocasiones preferimos la traducción de S. Sabugal, *El Padrenuestro...*

23 “Asimismo, en el Padre es invocado el Hijo” Tertuliano, *De orat.* II PL 1, 1256.

24 Cfr. Orígenes, *De orat.* 22,4.

25 “Padre” dice en primer lugar el hombre nuevo, regenerado y restituido a su Dios por la gracia, porque ya ha empezado a ser hijo”. Cipriano, *De dom orat.* 9.

26 “Hombre no osabas volver tu rostro al cielo, dirigías tus ojos a la tierra y, súbitamente, recibiste

El Padrenuestro es el cántico que ahora entonan los que han hecho experiencia de Pascua; pues, a todos los que habían abandonado la casa paterna y se habían refugiado en el mal, allí donde el pecado no cumple con lo que promete, el Señor les concedió un perdón tal y una participación en la gracia de modo que lo pueden llamar Padre²⁷.

El grandísimo amor de Dios para con el hombre es expresado en el acto de liberar del pecado a aquel que había creado, por esta razón “quien da a Dios el nombre de Padre, por ese solo nombre confiesa ya que se le perdonan los pecados, que se le remite el castigo, que se le justifica, que se le santifica, que se le redime, que se le adopta por hijo, que se le hace heredero, que se le admite a la hermandad con el Hijo unigénito, que se le da el Espíritu Santo. No es, en efecto, posible darle el nombre de Padre y no alcanzar todos sus bienes”²⁸.

Al aflorar en los labios del hombre la palabra Abbá, no sólo reconoce el bautizado su propia identidad, quién es en realidad un cristiano, sino que además confiesa que el Dios que es Padre lo ha llamado para la realización de una misión concreta; a saber, prolongar el proyecto del Reino de su Hijo. Por esto, quien invoca a Dios con el nombre Padre sabe que, a la vez que es objeto de su amor, está llamado a la realización de una misión que trae consigo las exigencias propias de esta. Decir Abbá es ser consciente de las implicaciones del Evangelio. Quien “ha creído en Dios, se ha hecho hijo de Dios, debe empezar por eso a dar gracias y hacer profesión de hijo de Dios, puesto que llama a Dios Padre, que está en los cielos, debe testificar también que desde sus primeras palabras en su movimiento espiritual ha renunciado al padre terreno y carnal, y que no reconoce ni tiene otro Padre que el del cielo”²⁹.

El compromiso que brota de la filiación es, según Cipriano, obrar como hijos de Dios³⁰; esto significa prolongar en la historia las actitudes, los gestos y los compromisos de Jesús de Nazareth. Razón tenía Gregorio de Nisa cuando advertía que recitar esta oración es algo peligroso;³¹ pues el compromiso que el cristiano adquiere ante Dios Padre al llamarlo así, va desde la purificación de la propia vida³² asemejándose a él y a la imagen que tenemos de Dios³³, hasta la purificación del mundo que nos rodea, el

la gracia de Cristo, te fueron perdonados todos los pecados. De mal siervo que eras, fuiste hecho buen hijo” Ambrosio de Milán, *De sacram.* V, 4,19 (Buenos Aires 1954).

27 “¡Oh grandísimo amor de Dios para con el hombre! A los que le abandonaron y cayeron en las peores maldades ha dado tal perdón de sus males y tal participación de su gracia, que quiere incluso ser llamado Padre”. Cirilo de Alejandría, *Cateq.* XXIII, 2

28 Juan Crisóstomo, *Hom. sobre Mat.* 19,4.

29 Cipriano, *De orat. dom.* 9.

30 Cipriano, *De orat. dom.* 8.

31 Gregorio de Nisa, *De orat. dom.* II, PG 44, 1143 B, seguimos la traducción de S. Sabugal, *Padrenuestro... op. cit.*, pág. 66.

32 “Es pues peligroso recitar esta oración y llamar a Dios Padre, antes de haber purificado la propia vida”. Gregorio de Nisa. *De orat. dom.* II.

33 “Pero me parece que estas palabras envuelven un significado más profundo, pues evocan la patria, de la que hemos caído, así como el noble origen, que hemos perdido”. Gregorio de Nisa, *De orat. dom.* II; PG 44, 1143 C.

cual aún no comprende que todo hombre es por origen y vocación un hermano.

La gran exigencia de quien llama a Dios Padre es, precisamente, el reconocer que todo hombre es su hermano. El hombre llama a Dios, por bondad de éste, “Padre nuestro”, no dice “Padre mío”, lo cual significa que “todos estamos unidos en el cielo y nadie lleva a nadie ventaja en nada, ni el emperador al soldado, ni el filósofo al bárbaro ni el sabio al ignorante”³⁴. El hecho de habernos concedido a todos la misma nobleza, “al dignarse ser igualmente llamado Padre de todos”³⁵, nos convoca a reorientar las relaciones de los hombres entre sí. Quien llama a Dios Padre, lucha para eliminar el odio de entre los hombres; procura además reprimir la altanería que ahoga las riquezas de los demás; vencer en la sociedad la tentación de eliminar a los otros por envidias; y, privilegiar a unos por condiciones de tipo económicas, políticas, sociales o religiosas. Como lo ha señalado san Juan Crisóstomo, el llamar a Dios Padre “elimina la desigualdad de las cosas humanas y nos muestra que el mismo honor merece el Emperador que el Mendigo, como quiera que, en las cosas más grandes y necesarias, todos somos iguales”³⁶.

Tertuliano observa que, en la confesión de la paternidad de Dios, se proclama la maternidad de la Iglesia³⁷, con ello hacía el reconocimiento de que es en la comunidad cristiana donde el hombre descubre el misterio del Dios que es Padre y el misterio del hombre que es hermano. De la Iglesia no sólo recibe consistencia el nombre del Padre, sino también el del hombre³⁸.

* * *

Que estás en el cielo

De una manera única y novedosa, Jesús, al enseñarnos a recurrir a Dios como Padre y llamarlo de este modo, nos ha hablado de la cercanía que Dios tiene con todo hombre. Dios es Padre indiscriminadamente de todos los hombres y de todas las mujeres. Él asiste con su bondad a malos y a buenos, a agradecidos y a desagradecidos (Lc. 6,35), hace brillar su sol y manda la lluvia lo mismo a justos que a injustos (Mt. 5,45); y asiste con su providencia al hombre, el cual siempre tiene necesidad de comida, vestido y bebida (Mt. 6,32).

34 Juan Crisóstomo, *Hom. sobre Mat.* 19,4.

35 Ídem.

36 Juan Crisóstomo, *Hom. sobre Mat.* 19,4. “Padre nuestro, ¡cuánta bondad! Dícelo el emperador y dícelo el mendigo; dícelo el esclavo y dícelo su Señor; todos dicen a la vez: Padre nuestro que estás en el cielo, reconociendo ser hermanos, pues tienen un mismo Padre”. Agustín de Hipona, *Serm.* 58,2 (Edición preparada por Amador del Fueyo, Madrid, 1962).

37 Tertuliano, *De orat.* II PL1, 1256-1257.

38 “Hemos encontrado a Dios Padre y una madre, que es la Iglesia, para que nazcamos de ello a la vida eterna. Meditemos, amadísimos míos, de quién hemos empezado a ser hijos, y vivamos como corresponde a los que tienen semejante Padre”. Agustín de Hipona, *Serm.* 57,2 (Edición preparada por Amador del Fueyo, Madrid, 1962).

Dios es cercano al hombre, y por ello está siempre preocupado de sus necesidades. Tiene la mirada en nuestros sufrimientos y está atento a lo que le pedimos. No obstante, esta realidad de la cercanía de Dios no significa que Él pueda ser reducido a una determinada estructura creada. Por esta razón, una vez que se ha confesado la cercanía de Dios, Cristo nos enseñó a decir: *“que estás en el cielo”*. A Dios no se le puede reducir, ni podemos, ni debemos imaginar *“que tiene figura corporal y que allí habite en lugar determinado”*³⁹. Agustín de Hipona, en el comentario del Sermón de la Montaña, dice en forma abreviada, pero profunda, *“Dios, no es contenido en un espacio concreto”*⁴⁰. Incluso cuando se dice *‘que está en los cielos’*, no referido a lugar alguno sino a hallarse con Dios allí donde no hay injusticias, donde no hay plagas de crímenes, donde no se encuentran las heridas de la muerte⁴¹.

Con esta súplica se invita a los creyentes a creer que hay cielo y que, por tanto, no hay derecho a clavar la mirada y a fijar los ojos en la tierra, perdiendo el gozo de los bienes eternos⁴². Cuando el hombre reconoce que a Dios no se le puede encerrar en una estructura ideológica o sentimental, comprende que él no puede absolutizar, mejor aún, no puede divinizar ninguna estructura. Debe amar al mundo, lo que lo rodea, pero con una conciencia de ir siempre más allá de todo.⁴³ Tal era en el fondo el sentido del martirio. Los cristianos son martirizados porque ven el *“cielo abierto”* (Act. 7,56) como el lugar donde reside el Absoluto; ellos se resisten a ver en las estructuras sociales o ideológicas el lugar donde vive Dios definitivamente⁴⁴.

* * *

Santificado sea tu nombre

Para que seamos conscientes de que el nombre de Dios no es respetado o santificado cada vez que pretendemos reducirlo a una estructura creada, a las palabras *“que estás en el cielo”* nos enseña el Maestro a decir: *“santificado sea tu nombre”*.

39 Orígenes, *De orat.* 23,1. “He creído -señala Orígenes- necesario hacer esta reflexión al comentar “Padre nuestro que estás en el cielo”, rechazando la idea tan impropia que tienen de Dios quienes o imaginan en un lugar concreto de los cielos, de lo cual lógicamente se podría concluir que Dios es corpóreo”. Orígenes, *De orat.* 23,3.

40 *‘Non enim spatium locorum continetur Deus’* Agustín de Hipona, *Serm. in mont.* II, V, 17. “El cielo está allí donde ha cesado la culpa, el cielo está allí donde son castigados los crímenes, el cielo está allí donde ya no hay ninguna herida de la muerte”. Ambrosio de Milán, *De Sacram.* V. 4,20.

41 “El cielo está allí donde ha cesado la culpa, el cielo está allí donde son castigados los crímenes, el cielo está allí donde ya no hay ninguna herida de la muerte”. Ambrosio de Milán, *De Sacram.* V. 4,20.

42 “¡Oh hombre! Tú no te atrevas a dirigir la mirada al cielo, teniendo tus ojos fijos en la tierra”. Ambrosio de Milán, *De Sacram.* V, 4, 19-20.

43 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2794.

44 Cf. H. Rahner, *La libertad de la Iglesia en Occidente* (Buenos Aires, 1929), p.ássim.

Esta petición ha sido objeto de precisos comentarios por parte de los Padres de la Iglesia. Los comentarios mejor logrados son los de Orígenes. Dice el teólogo alejandrino:

“Estas palabras pueden dar a entender o que todavía no se ha obtenido para sí aquello por lo que se ora, o que se debe pedir la conversión de algo que no es permanente, es claro, en todo caso, que, según Mateo y Lucas, somos invitados a decir “santificado sea tu nombre” como si realmente todavía no hubiera sido santificado el nombre de Dios, como si no lo tuviera ya. Y preguntará alguien: ¿Cómo es esto posible?”⁴⁵.

Orígenes hace una brillante observación. Si se pide que el nombre de Dios sea santificado es porque aún existe la triste constatación de que su nombre no es santificado en el mundo; que todavía se da la profanación⁴⁶ o lo que es lo mismo decir que se toma el nombre de Dios en falso porque se aplica la idea de Dios a cosas totalmente impropias:

“Pues el que aplica el nombre de Dios a cosas que no conviene, toma el nombre de Dios en vano”⁴⁷.

Esto significa que el nombre de Dios no se puede instrumentalizar, o usurpar el misterio sagrado del Otro, que en este caso es el mismo Dios. Utilizar el nombre de Dios para cosas que no nos convienen es pretender manipularlo a Él. Dios es cercano al hombre, pero no se puede encerrar en estructuras sociales o religiosas, ni tampoco se puede reducir a meros conceptos académicos.

Santificar a Dios es amarlo por ser Él quien es y no por lo que nos puede servir. Por eso el hombre santifica a Dios no sólo cuando sabe reconocer los beneficios con los que Dios lo enriquece⁴⁸, sino también cuando llega a obtener “una idea verdadera y sublime de las propiedades divinas”⁴⁹. Así lo enseña san Agustín cuando, en sus homilías sobre el Sermón de la Montaña, dice que santificar el nombre de Dios es conocerlo a Él y conociéndolo lo puedan amar y evitar ofenderle⁵⁰.

Cuando el creyente sabe que Dios es santificado, respetado, confiesa el poder de Dios de santificar a todas las personas, las cosas, las institu-

45 Orígenes, *De orat.* 24,1.

46 “Lo digamos o no lo digamos, santo es por naturaleza el nombre de Dios. Pero ya que en los que pecan es profanado (...) suplicamos que en nosotros sea santificado el nombre de Dios”. Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XXIV, 12.

47 Orígenes, *De orat.* 24, 3.

48 “Santificar el nombre de Dios es reconocer, o que reconozcan los beneficios con los que Dios enriquece a todo hombre y que hace que se le deba un reconocimiento en todos los lugares y en todos los momentos”. Tertuliano, *De orat.* III PL 1, 1258

49 Orígenes, *De orat.* 24, 5.

50 Agustín de Hipona, *Serm. in mont.* II, V, 19.

ciones; confiesa el poder de Dios de transformar el mundo creado⁵¹. Esta transformación, sin embargo, Dios la realiza a través de los testigos; por esta razón, el testimonio de vida de los que se confiesan cristianos determina en los ambientes y en las realidades humanas la apertura del hombre a amar y a respetar el nombre de Dios.

“ Pedimos a Dios /enseña Pedro Crisólogo/ santificar su nombre porque Él salva y santifica a toda la Creación por medio de la santidad... se trata del Nombre que da la salvación a todo el mundo perdido, pero nosotros pedimos que este Nombre de Dios sea santificado en nosotros por nuestra vida. Porque si nosotros vivimos bien, el nombre divino es beneficiado; pero si vivimos mal, es blasfemado, según las palabras del apóstol: ‘el nombre de Dios por nuestra causa es blasfemado entre las naciones’ (Rom. 2,24, Ez. 36,20.22). Por tanto, rogamos para merecer tener en nuestras almas tanta santidad como santo es el nombre de nuestro Dios”⁵².

En otras palabras, santificar a Dios significa santificar la propia vida, respetar la propia existencia y la vida de los demás. La súplica no sólo va dirigida, por tanto, a que respetemos el nombre de Dios en sí mismo, sino además ese Nombre que ha hecho su morada en nosotros y en todos los demás⁵³. Cipriano de Cartago lo dirá de una forma muy concreta: “esto pedimos día y noche: conservar la santificación y vida que nos viene en su gracia y protección”⁵⁴. Dicho todo lo anterior de otra manera, cuando el hombre no santifica (respeto) el nombre de Dios; es decir, cuando pretende instrumentalizar al Señor, no le es nada difícil hacer con su vida, con la vida de los demás y con las instituciones, lo mismo.

* * *

Venga a nosotros tu Reino

El hombre se ve tentado siempre a alterar o a instrumentalizar el nombre de Dios, su propia vida y las relaciones humanas; se ve tentado a olvidar que Dios ha hecho su morada en el mismo hombre. Por este motivo, junto a aquella súplica “*santificado sea tu nombre*”, Cristo agrega: “*venga a nosotros tu Reino*”.

51 Pedro Crisólogo, *Serm. 71*, citado en el *Catecismo de la Iglesia católica*, 2814.

52 Pedro Crisólogo, *Serm. 71*.

53 “Cuando decimos ‘santificado sea tu nombre’, pedimos que sea santificado en nosotros que estamos en Él, así como en todos los demás hombres, a quienes espera aún la gracia de Dios”. Tertuliano, *De orat.* III PL 1, 1259.

54 Cipriano, *De orat. dom.* 12. Y Juan Crisóstomo, *Hom. sobre Mat.* 19,4 señala: “Obra de consumada filosofía: que nuestra vida sea tan intachable en todo, que cuantos la miren refieran la gloria de ello al Señor”.

Cuando los escritores antiguos hablan del Reino de Dios, no se refieren a un reino que sea terrenal, sino a una realidad superior a aquella creada, sin que esto signifique que no tenga relación con ésta⁵⁵. Por eso, cuando los Padres hablan de Reino, están pensando en la persona de Cristo, en quien se hace presente el mismo Dios y en quien se concentran todos los valores propios de su Reinado:

“Es cierto –señala cipriano– que puede entenderse por el Reino de Dios el mismo Cristo, el Reino que todos los días pedimos venga y que deseamos llegue cuanto antes a nosotros”⁵⁶.

Al pedir que se haga presente entre nosotros el Reino, que es Cristo, estamos suplicando que las relaciones con respecto a Dios, al hombre y al mundo que hemos desordenado, las podamos reorientar. El hombre ha introducido, por pretender instrumentalizar lo sagrado, el desorden en el mundo; la súplica que los hombres dirigen a Dios está hecha con el fin de que ese desorden introducido sea superado. Gregorio de Nisa, en la meditación que hace en torno a esta súplica, explica:

“Esto significa, pues, la súplica por la venida del Reino de Dios a nosotros: que sea exento de la corrupción, libre de la muerte, desligado de los lazos del pecado; que la muerte no reine ya sobre mí, ni la tiranía de la malicia y del vicio me domine, ni prevalezca sobre mí el enemigo, ni me subyugue mediante el pecado; si no que ‘venga tu Reino’ sobre mí, para que de mí se alejen y, más aún, sean aniquilados los vicios y afectos, que hasta el presente me dominan (...) si, pues viniese a nosotros el Reino de Dios, serían ciertamente destruidos cuantos nos subyugan y tiranizan”⁵⁷.

Al decir la oración dominical, el que cree se hace, a la vez, consciente de que las relaciones con Dios, con las personas y en la sociedad se deben reorientar según los valores del Reinado de Dios. En este sentido, Gregorio de Nisa interpreta la súplica como una oración en la que se pide a Dios que no triunfe la carne sobre el Espíritu⁵⁸.

Tertuliano radicaliza la súplica cuando dice que al pedir “*Venga a nosotros tu reino*”, se nos recuerda la voz de los mártires, quienes piden a Dios que sea vengada la sangre que por el Evangelio ha sido derramada⁵⁹.

55 Cipriano, *De orat. dom.* 13: “Mas el que ha enunciado al mundo es superior a los honores y al reino del mundo. Y, por eso, el que hace entrega de sí a Dios y a Cristo, desea el reino del cielo, no el de la tierra.”

56 Cipriano, *De orat. dom.* 13.

57 Gregorio de Nisa, *De orat. dom.* III PG 44, 1155 B

58 Gregorio de Nisa, *De orat. dom.* III PG 44, 1155B

59 “Las almas de los mártires claman al Señor bajo el altar: ‘¿Hasta cuándo, Señor, nos vengarás nuestra sangre contra los habitantes de la tierra?’. Tertuliano, *De orat.* V, PL 1, 1261-1262

El clamor que se eleva al cielo suplicando la venida del Reino es el grito de quienes han sido maltratados, asesinados o injuriados por la causa de Cristo. Así, todo aquello que diga relación con el dolor, la tristeza y el llanto ha de ser suplantado por la paz, la alegría y el gozo⁶⁰. Reorientar las relaciones y el espíritu hacia Dios, tal parece ser la constante en la exégesis patrística de la súplica por la llegada del Reino; pero también es una súplica a Dios para que en nosotros se hagan presentes o irruman los valores del Reino propios de esta realidad que trasciende toda estructura.

“Si el Reino de Dios, según las palabras del Señor y salvador nuestro, no viene ostensiblemente; y si no podrá decirse: aquí o allí, sino que el Reino de Dios está ‘dentro de nosotros’ (Lc.17,20s), ‘porque lo tenemos enteramente cerca de nosotros’, ‘en nuestra boca, en nuestro corazón’ (Dt. 30,14) sin duda el que suplica que venga el Reino de Dios, lógicamente está orando por el Reino divino, que tiene dentro de sí, para que sufra y dé fruto y se perfeccione”⁶¹.

La manifestación del Reino por nuestra mediación es la constatación visible del reinado que Dios siempre ha ejercido entre los hombres⁶², y la constatación también externa del triunfo del bien sobre las diferentes manifestaciones del pecado y del mal⁶³.

Resumiendo. Al elevar el cielo la petición “*venga a nosotros tu Reino*”, le pedimos a Dios que no desvirtuemos, atrasemos su proyecto, que no irrespetemos su presencia en la historia y en las personas.

* * *

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo

“La realización del Reino se relaciona con la voluntad de Dios”⁶⁴; y, se relaciona con su voluntad pues la manifestación de los valores del Reino de los Cielos en nosotros y la orientación del mundo, según Dios, sólo se dan cuando el hombre abra su voluntad a la voluntad del Padre.

Por verse envuelto en la fragilidad, el ser humano se ve tentado a rehusar por egoísmo o por mala voluntad el orden querido por Dios. La tentación de desorientar los valores y las instituciones está viva y presente en el hombre. Por este motivo, al suplicarle al Señor que se haga su voluntad, estamos suplicándole que no nos conformemos con el reino de este mundo; esto es, “que la creatura luche contra los que pueden hacernos caer en pensamientos contrarios a Dios y separar nuestro corazón de querer el bien. Esforcémonos porque nuestro afecto no caiga en esto”⁶⁵.

60 Gregorio de Nisa, *De orat. dom.* III. PG 44, 1153B.

61 Orígenes, *De orat.* 25,2.

62 Agustín de Hipona, *Serm. in mont.* II, VI, 20.

63 Cf. Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XXIII, 13.

64 Tertuliano, *De orat.* V PL 1, 1261.

65 Teodoro de Mopsuestia, *Homilía catequética* XI, 13 (Trad. Introd. par R. Tonneau et R. Devreesse, Città del Vaticano, 1949)

En Cristo se comprende muy bien que Reino de Dios y voluntad de Dios se relacionan estrechamente, pues el Reino de los Cielos irrumpió en la humanidad de Cristo en cuanto que ésta se abrió a los designios del Padre. Jesús hizo lo que el Padre quería, obra humanamente según la voluntad de Dios⁶⁶; por tanto, la realización de la voluntad del Padre por parte de Jesús se ha convertido en una norma ejemplar que estimula al cristiano para que “cumplamos predicando, obrando y sufriendo hasta la muerte”.

El ejemplo y la gracia de Cristo nos hacen conscientes de que, con la súplica, no se arrinconan nuestras responsabilidades personales para la instauración del Reinado. Así, en san Juan Crisóstomo:

“Es preciso –nos dice el Señor– que deséis el cielo y los bienes del cielo; sin embargo, antes de llegar al cielo, yo os mando que hagáis de la tierra cielo y que aún viviendo en la tierra, todo lo hagáis y digáis como si ya estuvierais en el cielo”⁶⁷.

Si el vivir en la tierra no es obstáculo para alcanzar la perfección de las potencias celestiales⁶⁸, entonces, la realización del proyecto de Dios y la apertura a su voluntad implica asumir las responsabilidades personales. Esto significa que la súplica “*Señor, que se haga tu voluntad*” no es la expresión de gente ingenua que piensa que la obra de Dios se realiza de una manera mágica; nuestra colaboración es fundamental para que se actualice entre los hombres la obra efectuada por Cristo. Así lo enseña Cipriano cuando dice:

“La voluntad de Dios es la que Cristo nos enseñó y cumplió: humildad en la conducta, firmeza en la fe, reserva en las palabras, rectitud en los hechos, misericordia en las obras, orden en las costumbres. No hacer ofensa a nadie y saber tolerar las que se hacen, guardar la paz con los hermanos, amar a Dios de todo corazón, amarle porque es Padre, temerle porque es Dios; no anteponer nada a Cristo, porque tampoco Él antepuso nada a nosotros, unirse inseparablemente a su amor; abrazarse a su cruz con fortaleza y confianza. Si se ventila su nombre y honor, mostrar en las palabras la firmeza con la que le confesamos, en los tormentos la confianza, con la que luchamos; en la muerte, la paciencia por la que somos coronados”⁶⁹.

66 “En consecuencia, la voluntad de Dios se hace ciertamente en aquéllos que hacen la voluntad de Dios, no porque ellos hagan que Dios quiera, sino porque hacen lo que Él quiere; esto es, obrar según su voluntad.” Agustín de Hipona, *Serm. in mont.* II, VI, 21. “Pues si Él mismo afirmó no hacer su voluntad si no la del Padre, hizo sin duda la voluntad del Padre, a cuyo modelo nos estimula ahora para que cumplamos predicando, obrando y sufriendo hasta la muerte, para lo que necesitamos del auxilio de Dios”. Tertuliano, *De orat.* IV PL 1, 1260.

67 Juan Crisóstomo, *Hom. sobre Mat.* 19,5.

68 Idem.

69 Cipriano, *De orat. dom.* 15.

Al realizar el bautizado absolutamente todo lo que el Maestro hizo, se establece en su interior una verdadera lucha para no dejarse llevar por los propios impulsos, afectos contrarios, si no para dejarse llevar dócilmente por la voluntad de Dios⁷⁰.

Tanto la ética como la ascética cristianas son la exteriorización de lo que se cree. En este sentido, Teodoro de Mopsuestia precisa que cuando decimos “hacer la voluntad de Dios, estamos comprometiéndonos a imitar la conducta que esperamos llevar en el cielo, pues en el cielo no hay nada contra Dios”⁷¹. La implantación de la paz y de la justicia en la tierra es comprometer la historia como sacramento del cielo⁷² y estos valores sólo se harán presentes en la medida en que se realice lo que el Señor realizó.

Vivir personal y socialmente conforme al plan (= voluntad) de Dios, no es algo que se presenta como fácil. La renuncia a los propios gustos y deseos, inclinaciones o aspiraciones es un verdadero Getsemaní.

La Iglesia es sacramento de salvación, según la misma teología de los Padres; o lo que equivale a decir, es Madre, que en sus gestos transmite el amor del Padre. En cuanto que es sacramento, ella debe manifestar la obediencia a la voluntad de Dios; por eso, como lo ha indicado Agustín de Hipona, “podemos también, sin faltar a la verdad interpretar las palabras ‘Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo’, de esta manera; así en la Iglesia, como en nuestro Señor Jesucristo”⁷³.

Agustín retoma la interpretación origeniana del pasaje; pues también para Orígenes el cielo es Cristo y la tierra es la Iglesia. Esta debe suplicar que siempre en ella, en la complejidad de su estructura, en cada uno de sus miembros, la voluntad de Dios se realice como la hizo el mismo Cristo⁷⁴. Tal interpretación implica un fuerte acercamiento al misterio de la Iglesia, acercamiento que llevará a la comunidad cristiana a revisar su vida, sus directrices, su conducta, su forma de actuar y su modo de manifestarse; es, en síntesis, preguntarse si lo que se está haciendo, anunciando, viviendo, es lo que Dios ha hecho o quiere realizar en ella⁷⁵.

* * *

70 “A la manera como en el cielo todo se hace sin estorbo, y no se da allí el caso de que ángeles obedezcan en unas cosas y desobedezcan en otras, sino que todo lo cumplen perfectamente (...) así concédenos a nosotros los hombres no cumplir a medias tu voluntad, sino cumplir todo lo que tú quieres” Juan Crisóstomo, *Hom. sobre Mat.* 19, 5. Y Teodoro de Mopsuestia, *Homil. Cateq.* XI,12 dice: “Se nos pide asimismo, por cuanto a nuestra voluntad y conciencia se refiere no tener afecto alguno contrario. Esto no es posible, mientras estemos en este mundo, en una naturaleza mortal y mudable; sí es posible, sin embargo, que nuestra voluntad se aparte de los afectos contrarios, sin aceptar ninguno de ellos.”

71 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. Cateq.* XI, 12.

72 “‘Hágase tu voluntad’; es decir, haya paz en la tierra como en el cielo”. Ambrosio de Milán, *De Sacram.* V, 4, 24.

73 Agustín de Hipona, *Serm. in mont.* II, VI,24.

74 Orígenes, *De orat.* 26,3.

75 “¿Por qué digo: ‘Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra?’ (...) Porque Dios hace en ti lo mismo que haces tú, y jamás haces tú nada que no lo haga Él en ti. Algunas veces hace Dios algo en ti que no es hecho por ti; nunca se hace cosa alguna por ti que no la haga Él en ti”. Agustín de Hipona, *Serm.* 56,7.

“Danos hoy nuestro pan de cada día
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden,
no nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal”.

Nos hemos referido, al inicio de estas reflexiones, sobre el doble movimiento existente en la oración dominical. Después de haber reflexionado sobre la primera parte del Padrenuestro, vamos ahora a meditar en torno a aquellas realidades que nos hacen pensar en las necesidades profundamente humanas de los hombres: el pan, el perdón, la fuerza contra la tentación, la liberación del mal.

En el primer movimiento contemplábamos al hombre que ha clavado su mirada en la vida de Dios; en las siguientes peticiones, es Dios quien quiere hacernos conscientes de su preocupación por el hombre, por este hombre que es siempre una realidad indigente. Juan Crisóstomo dice de un modo preciso:

“Había dicho el Señor: ‘Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra’; pero no se olvida de que habla con hombres vestidos de carne y sometidos a la necesidad de la naturaleza y que no pueden tener la misma impassibilidad de los ángeles. Los mandamientos, sí quiere que los cumplamos como los cumplen los ángeles; pero en lo demás, condescendiente con la flaqueza de nuestra naturaleza”⁷⁶.

¿Cuáles son las indigencias del hombre? ¿A qué hombre clava Dios su mirada?⁷⁷

76 Juan Crisóstomo, *Hom. sobre Mat.* 19,5.

77 “En realidad, de verdad, la Iglesia, reunida en concilio, ha dirigido su interés (...) también hacia el hombre, y hacia el hombre tal cual se manifiesta en nuestros días. El hombre que vive, el hombre que piensa en su propio beneficio, el hombre que no sólo se juzga digno de que todos los estudios desemboquen en él mismo como en su propio centro, sino que se recata en afirmar que él es el principio y la explicación de todas las cosas. El hombre fenoménico (...), en toda su integridad y revestido de todos sus criterios característicos, es el que se ha ofrecido a la consideración de los padres del concilio (...). El hombre que lamenta sus propias tragedias; el hombre que antes y hoy considera a los demás por debajo de sí mismo, y por tanto, voluble y obcecado, se muestra egoísta y cruel; el hombre insatisfecho de sí mismo, que ríe y llora; el hombre versátil para todo, siempre dispuesto a representar ciertos papeles; el hombre entregado de lleno a la investigación científica; el hombre que como tal piensa y ama y suda en su ocupación y parece estar siempre a la expectativa de algo, como aquel “hijo en crecimiento” (Gén. 49,22); el hombre a quien hay que considerar con cierto respeto religioso por la inocencia de su infancia, por el secreto de su limitación, por la compasión que excitan sus miserias; el hombre unas veces cerrado en sí mismo y otras abierto a la sociedad; el hombre enamorado del pasado y a la vez volcado hacia el futuro, que se le antoja más feliz que el pretérito; el hombre tan pronto manchado por sus crímenes como adornado de costumbres santas...” Pablo VI, *La Iglesia, al encuentro del hombre*. Homilía pronunciada en la última sesión pública del concilio, 8 de diciembre de 1965. Texto en José Luis Martín D. *El concilio de Juan y Pablo* (Madrid, 1967),

Danos hoy nuestro pan de cada día

Precisamente la petición inicial, de este segundo movimiento, es una confesión de las necesidades que el hombre posee, de su condición de necesitado. Y de esta condición nadie tiene que ruborizarse, pues este estado de indigencia, de limitación, de hambre en el que el hombre se encuentra es objeto de las más hondas preocupaciones de Dios. Así lo dice Agustín de Hipona:

“Cuando dices: ‘*El pan nuestro de cada día dánoslo hoy*’ te confiesas mendigo’, pero no te sonrojes: por muy rico que sea uno en la tierra es mendigo de Dios”⁷⁸.

Esta petición, desde el punto de vista exegético y teológico, posee una riqueza particular. Desde el punto de vista exegético, los Padres, al igual que los actuales exégetas⁷⁹, han puesto de relieve la dificultad que hay en traducir la súplica. Tal dificultad proviene de la expresión “el pan ton epioúision.” Este término, único en el Nuevo Testamento, proviene, según Orígenes, de *ousía* (sustancia)⁸⁰, interpretación retomada por Ambrosio de Milán cuando señala:

“Dice pan, pero ton epioúision, esto es substancial. Este pan no es aquél que entra en el cuerpo, sino aquel pan de vida eterna que sostiene la sustancia de nuestra alma”⁸¹.

Esta dificultad exegética enriquece la interpretación teológica. Para los Padres, quien pide pan, suplica el pan material, el pan de la palabra de Dios y el pan de la Eucaristía.

4. El pan material

Tertuliano, en la reflexión que hace de este pasaje, ubica esta petición dentro de aquellas “relativas a las necesidades terrenas”⁸². Dios es el que procura constantemente cubrir las necesidades fundamentales del hombre, sus necesidades corporales⁸³. De modo que al pedir el pan material, nos ubicamos ante Dios como hijos suyos que somos; superamos, así, el acto de soberbia de Adán, quien al desobedecer no sólo “cesó la perfección” sino que también “se hizo indigente de las necesidades del cuerpo”⁸⁴. En el Paraíso la tarea del hombre era contemplar las solicitudes que Dios

pág. 899.

78 Agustín de Hipona, *Serm.* 56, 9-10.

79 Así, por ejemplo, Pouilly, *Dios, nuestro Padre. La revelación de Dios Padre y el ‘Padrenuestro’* (Navarra, 1990), pág. 44. H. Schürmann, *Padre nuestro* (Salamanca, 1982) pp. 111-112.

80 Cf. Orígenes, *De orat.* 27,7-8.

81 Ambrosio de Milán, *De Sacram.* V, 4, 24.

82 Tertuliano, *De orat.* VI PL 1, 1262.

83 Gregorio de Nisa, *De orat dom.* IV, PG 44, 1167D.

84 Nemésius d’ Émèse, *De natura hominis* I, 7, 47,4 (par G. Verbeke et J. R. Moncho, *Corpus Latinum commentariorum in Aristotelem Graecorum* suple. 1, Leiden, 1975)

ejercía en su vida, no sólo en su alma, si no también en el cuerpo, pues el Creador también se encargaba de las necesidades físicas⁸⁵. Sin embargo, el hombre quiso, sin la asistencia divina, ocuparse de su propia naturaleza compleja, orgánica y espiritualmente.

Ignorar a Dios, en todo caso, significaba ignorar sus atenciones providenciales. Este era uno de los motivos por los cuales el hombre pecó, conocerse y atenderse a sí mismo ignorando la providencia de Dios⁸⁶.

Al pedir el pan, el hombre vuelve a su condición original. “Por eso dice nuestro Señor: ‘danos hoy el pan que nos es necesario’; es decir, mientras estamos en esta vida, tenemos necesidad de lo que nos es preciso usar; no os quito, ni os prohíbo el alimento, la bebida el vestido ni demás cosas necesarias a la subsistencia del cuerpo”⁸⁷. Pan, insistirá, Teodoro de Mopsuestia, es el nombre que Cristo da a lo que sirve para la subsistencia de la naturaleza. Lo que nos “es necesario”, significa: “según nuestra naturaleza”; es decir, útil y necesario a su conservación. “Siendo el Creador quien ha impuesto su uso, conviene que poseamos lo necesario”⁸⁸.

Dios, providentemente, da y otorga al hombre los bienes que éste necesita; sin embargo, el uso de estos debe hacerse de modo tal que no nos hagan olvidar las realidades de los bienes eternos⁸⁹. En este sentido, la oración del Padrenuestro nos hace ver que aquél que pide ser “alimentado” por Dios, no manda que se le dé dinero, placeres, lujos, vestidos, sino que le dé lo que es necesario para la vida. Gregorio de Nisa lo explica en los siguientes términos:

“Danos pan” decimos a Dios, no lujo, placeres, ni riquezas, no elegantes vestidos de púrpura, ni ornamentos de oro, piedras preciosas o vajillas de plata, no abundantes y anchos campos, ni el mando militar (...) ni cosa parecida, que distrae al alma del cuidado por las cosas divinas y mejores; pedimos más bien pan”⁹⁰.

En esta misma línea, Juan Crisóstomo enseña que, al decir que este pan sea de cada día, se está renunciando a cualquier preocupación por el mañana y estamos confesando, además, la transitoriedad de la vida humana⁹¹.

85 Nemesio de Emesa, *De nat. hom.* 1, 7, 47, 3-48,9.

86 “Peccatum autem efficitur ob ignorantiam Dei, si enim agnitus fuerit Deus qui omnia interetur, repercutitur omne peccatum (...) si enim cogitasset Cain quia videt Deus nunquam occidisset Abel, quem et abnegavit fratrem. Si vidissent Eva potest duos simul vultus inspicere”. Eusebio de Emesa, *De Mandat. Domin.* 28 (Edit. par É. Buytaert, Louvain, 1957).

87 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* XI, 14.

88 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* XI, 14.

89 “Deseo, dice, que viváis para las cosas del mundo futuro y, estando aún en este mundo reguléis vuestra vida, en lo posible, como si estuvieseis ya en la otra. No en el sentido de que no comáis ni bebáis, o que uséis de lo necesario para esta vida; si no que, habiendo escogido el bien, lo améis y busquéis plenamente” Teodoro de Mopsuestia, *Homil. Cateq.* XI, 14.

90 Gregorio de Nisa, *De orat. dom.* IV PG 44, 1170A.

91 «Pero advertid, os ruego, cómo hasta en lo material pone el Señor mucho de espiritual, pues no nos manda pedir en nuestra oración, ni dinero, ni lujos, ni cosa semejante, sólo pan, y pan de cada día, de modo que ni siquiera nos preocupamos por el de mañana». Juan Crisóstomo, *Hom.*

Si el hombre al rezar el Padrenuestro ha entrado en una condición paradisiaca en la que se convierte en el objeto de atenciones finas por parte de Dios: ¿Por qué tantos hombres no tienen ni lo necesario? ¿Por qué a algunos parece ser que se les otorga más de lo necesario y a otros ni el pan de cada día? ¿Por qué si Dios a los que buscan el Reino y la justicia les ha prometido darles todo, y que nada les faltará, por qué esto no se cumple al menos materialmente?⁹² Estas delicados cuestionamientos nos plantean, sin mucho preámbulo, el tema de la injusticia en el mundo. “El pan de Dios es sobre todo el fruto de la justicia”; esta sentencia de Gregorio de Nisa constituye una verdadera clave hermenéutica para la oración dominical, pues no a todo pan se le puede llamar el pan de Dios, o lo que es igualmente grave, hemos denominado pan dado por Dios, una serie de bienes que han sido fruto de la injusticia; hemos arrebatado el pan que Dios ha destinado a los otros:

“¡De ti –explica Gregorio de Nisa– he recibido mi vida, recibía también de ti lo necesario para ella! ¡Dame tú el pan!; es decir, obtener de Dios el pan (...) El pan de Dios, en efecto, es sobre todo el fruto de la justicia (...) por tanto, si cultivas propiedad ajena, practicas la injusticia y confirmas tu ganancia injusta con documentos escritos, puedes ciertamente suplicar a Dios el pan, pero no escuchará tu petición (...). Examínate, pues, antes de pedir a Dios pan!”⁹³

La absolutización de las riquezas refleja la situación de pecado en el que han caído hombres y naciones enteras⁹⁴ y refleja la indigencia, la pobreza en la que espiritualmente se encuentra la creatura humana.

Pedir pan es, además, expresión de solidaridad de los creyentes para con todos los hombres. Los fieles que piden el pan, como algo necesario, se preocupan porque también los no creyentes lo posean, pues son conscientes de que Dios concede la luz a buenos y a malos y el pan a los creyentes y no creyentes⁹⁵.

5. El pan de la Palabra

Junto a la anterior interpretación, los Padres señalan con notoria insistencia que, al pedir pan, no sólo se ruega el necesario para la vida física, la corporal sino también el pan de la Palabra de Dios que sustenta la vida

sobre Mat. 19,5.

92 “Promete, pues, el Señor a los que buscan el Reino y justicia de Dios que se les dará todo y, en efecto, siendo todo de Dios, al que tiene a Dios nada le faltará, si él no falta a Dios”. Cipriano, *De orat. dom.* 21.

93 Gregorio de Nisa, *De orat. dom.* IV PG 44, 1174C.

94 “Nos enseña no sólo a despreciar las riquezas, sino también a considerarlas como peligrosas, pues que en ellas está la raíz de los vicios, que halagan y engañan el entendimiento con falsas apariencias”. Cipriano, *De orat. dom.* 26.

95 “Sin embargo, como este pan visible y palpable se les concede a los buenos y malos...” Agustín de Hipona, *Serm.* 56,10.

espiritual. Sin meditar intensamente la Palabra de Dios que cada día se nos comunica, sin nutrir la mente de lo que vamos a comunicar, es imposible una vida cristiana que ilusione a los demás. El Pan de la Palabra de Dios, que se nos da cotidianamente, es el que nutre las mentes y no los vientres, es el que mantiene a los obreros de la viña en su trabajo diario⁹⁶. Esta Palabra es la que nos permite vivir de modo tal que no seamos nunca, por negligencia “arrojados del altar”, de la comunión de la Iglesia, del amor de los hermanos⁹⁷. Y es la Palabra que alimenta el corazón del hombre de aquel perdón que viene de Dios, tal como lo enseña Cipriano:

“Tras el socorro del alimento se pide el perdón del pecado, para que el que es alimentado por Dios viva en Dios y no sólo mire por la vida presente y temporal, sino por la eterna, a la que puede llegarse como tal que se perdonen los pecados, que el Señor llama deudas”⁹⁸.

6. El Pan de la Eucaristía

Agustín de Hipona indica que son tres los significados de la petición “danos hoy el pan de cada día”: el pan de la Palabra de Dios que se parte cotidianamente, el pan que desean los vientres y el sacramento del Cuerpo del Señor:

“Si alguno quiere interpretar también esta sentencia del alimento necesario para el cuerpo o del sacramento del cuerpo del Señor, conviene que entienda conjuntamente todas estas tres cosas, a fin de que ciertamente pidamos a la vez el pan necesario al cuerpo, el visible consagrado en el Sacramento y el invisible de la Palabra de Dios”⁹⁹.

El pan eucarístico es el único super-substancial¹⁰⁰, pues no es aquél que entra en el cuerpo, “sino aquel pan de vida eterna que sostiene la substancia de nuestra alma”¹⁰¹. Por ser pan esencial a la vida, el hombre debe recibirlo cotidianamente; cada día debe recibir el hombre lo que debe apro-

96 “Sin embargo, como este pan visible y palpable se les concede a los buenos y a los malos, ha de ser otro ‘el pan cotidiano’ que piden los hijos: es la Palabra de Dios, que se nos da cada día, el pan nuestro cotidiano del que se nutren las mentes y no los vientres. Obreros ahora nosotros de la vida, nos es necesario; pero es mantenimiento, no salario”. Agustín de Hipona, *Serm.* 56,10.

97 “Agustín de Hipona, *Serm.* 56,10. “Luego, ¿qué significa ‘el pan nuestro de cada día’? Que vivamos de tal suerte, que no nos veamos arrojados del altar”. Agustín de Hipona, *Serm.* 58,5.

98 Cipriano, *De orat dom.* 22.

99 Agustín de Hipona, *Serm. in mont* II, VII, 27. “¿Qué significa, por tanto, la petición: ‘el pan nuestro de cada día dánosle hoy’? Esto: vivamos de modo que no se nos separe del altar. Y la Palabra de Dios que todos los días se os explica, y en cierta manera se reparte, es pan cotidiano: pan éste que comen las mentes, como el otro lo desean los vientres. Si pedimos pan concretamente o en singular, es debido a encerrar en el término pan todo lo necesario para el sustento de la vida cotidiana: la espiritual y la del cuerpo”. Agustín de Hipona, *Serm.* 58, 5.

100 “El pan ordinario no es substancial. Pero este pan, que es santo, es substancial, como si dijeras que está dirigido a la substancia del alma”. Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XXIII, 13.

101 Ambrosio de Milán, *De Sacram.* V, 4, 24.

vecharle cada día¹⁰² pues “si el pan es cotidiano, ¿por qué esperar un año para que le recibas como estuvieron acostumbrados de hacerlo los griegos en Oriente? Recibe cada día lo que debe aprovecharle cada día, vive de tal modo que cada día merezcas recibirle. Quien no merece recibirle cada día, no merece recibirle después de un año”¹⁰³. Es gracias a este manjar que se sostiene el hombre y por este Pan el hombre lucha diariamente para que su vida se vea beneficiada por alimento tan necesario.

Cuando el hombre pide pan, el Pan de Vida o el de la Palabra o el pan material recuerda que vive, que somos seres ubicados en una historia y que necesitamos del alimento para satisfacer sus necesidades.

* * *

Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Inmediatamente después, la plegaria nos recuerda que somos seres vivos, necesitados del pan para existir; la oración nos pone ante la realidad de que el hombre no sólo vive sino que también convive¹⁰⁴. Es en la experiencia de la convivencia que nos volvemos necesariamente deudores. Al estar inclinado el hombre a los demás, contrae una serie de compromisos, de obligaciones¹⁰⁵, los cuales, de no cumplirse o cumplirse a medias, podrán ser considerados como una ofensa contra los otros. Estamos, pues, en deuda aun con aquellos que nos han dado sin esperar nada a cambio: los pobres, los maestros, los hermanos. Orígenes lo dice de la siguiente manera:

“De modo semejante se ha de pensar con respecto a nuestras deudas con los hermanos, ya se trate de los que mediante las palabras de religión han sido regenerados con nosotros en Cristo, ya de los que son hijos de nuestro mismo Padre o de nuestra misma madre. Existe también una deuda con respecto a los ciudadanos y asimismo una deuda común para con todos los hombres; una deuda para con los huéspedes y a otro para con las personas de edad; otra, en fin, para con algunos a los que es justo honrar como hijos o hermanos. Así pues, el que no hace lo que se debe cumplir con el hermano, queda deudor de lo que ha omitido. Asimismo, si dejamos de hacer a los hombres aquellas cosas que, por el humanitario espíritu de sabiduría es conveniente que les hagamos, más considerable es nuestra deuda”¹⁰⁶.

102 “Si, pues, el pan es cotidiano, ¿por qué piensas recibirlo de año en año (...)? ¡Recibe cada día lo que cada día te beneficia! ¡Vive de tal modo que merezcas recibirlo cotidianamente!” Ambrosio de Milán, *De sacram.* V, 4, 24-26.

103 Ídem.

104 Cfr. L. Boff, *El Padrenuestro... op. cit.* pp. 115-116.

105 “Estamos, pues, en deuda y tenemos que cumplir ciertas obligaciones (...) en cierto modo nos sentimos inclinados hacia los demás”. Orígenes, *De orat.* 28, 1.

106 Orígenes, *De orat.* 28,2

Si nosotros tenemos deudas con mucha gente, también mucha es la gente que tiene deudas con nosotros: “Unos nos deben como a hombres, otros como a ciudadanos, otros como a padres o a hijos. Además, como esposos, las esposas, y como amigos, los amigos”¹⁰⁷. Por esta razón, si alguno de nuestros deudores se muestra moroso “en pagar lo que nos debe, nos portaremos amablemente con ellos, sin enemistarnos, recordando nuestras propias deudas y con cuánta frecuencia hemos retrasado el pago tanto a los hombres como al mismo Dios”¹⁰⁸. Al ejercer el perdón, el hombre alcanza un grado de semejanza con Dios pues “realiza lo que sólo Dios puede hacer”¹⁰⁹. Al perdonar el hombre no sólo se asemeja a Dios sino que se hace un bien a sí mismo, pues “no te hará el más fiero enemigo –dice san Agustín– tanto daño como tú a ti mismo si no amas al enemigo. Él puede perjudicarte, en tu finca, o en tu ganado, o en tu casa, o en tu siervo, o en tu sierva, o en tu hijo, o en tu mujer, o lo más, si fuere permitido, en tu carne”¹¹⁰.

En la reflexión de los Padres hay otro tipo de deuda que adquiere el hombre que vive en medio de las necesidades de la historia: dar a los demás la riqueza que poseemos. Tenemos responsabilidad de hablar con amabilidad en el ejercicio de nuestra misión; o de poner en práctica ciertas obras¹¹¹, poseemos también obligación de fomentar los valores de justicia, de concordia y de paz¹¹².

La riqueza carismática que no se pone al servicio de los demás agrava la deuda del hombre para con Dios y para con el hombre; quien tiene capacidad de decir palabras provechosas y no las dice, se convierte en un deudor; quien tiene agudeza de ingenio y prefiere ser mediocre, contrae una deuda¹¹³. “¿Qué castigo, pues, no mereceríamos si teniendo la salvación en nuestras manos la desechamos?”¹¹⁴

La misma Iglesia siente la gran responsabilidad de no agravar su deuda ni con Dios, ni con los hombres, pues eso pesaría grandemente. Cada uno de los miembros de la comunidad cristiana debe ser muy consciente de que la responsabilidad que se adquiere es siempre una deuda que

107 Orígenes, *De orat.* 28, 6.

108 Orígenes, *De orat.* 28, 6.

109 Gregoria de Nisa, *De orat dom.* V, PG 44, 1177A. Y Orígenes *De orat.* 28,7 dice: “Hay que perdonar a los que afirman estar arrepentidos de las ofensas que nos hicieron, aunque esta actitud la adopte repetidas veces el que algo nos debe”.

110 Agustín de Hipona, *Serm.* 56,17.

111 Orígenes, *De orat.* 28,1.

112 Cipriano, *De orat. dom.* 22-24: “Dios manda que vivamos en paz y concordia de sentimientos en su casa, y que perseveremos, una vez regenerados”.

113 “Tenemos obligaciones con nosotros mismos y las cosas referentes al cuerpo no para derrochar a impulsos el amor desordenado. Estamos obligados a cuidarnos mucho el alma: fomentar pensamientos dignos, agudeza de ingenio, decir palabras provechosas, no hirientes o inútiles (Mt. 12,3). Siempre que faltamos en cumplir en obligaciones que tenemos con nosotros mismos se agrava la deuda. Sobre todo por ser nosotros hechura e imagen de Dios (Ef. 2,10), hemos de mantener para con él una disposición de amor que brote del corazón de nuestras fuerzas y de nuestra mente (Mc. 12,30; Lc. 10,27; Mt. 22,37; Dt. 6,5). Si no cumplimos esto con perfección, quedamos adeudados con Dios pues pecamos contra el Señor”. Orígenes, *De orat.* 28,2.

114 Juan Crisóstomo, *Hom. sobre Mat.* 19,6.

se contrae con los otros miembros. El laico y el diácono, el presbítero y el obispo son deudores:

“Viniendo a casos particulares –dice Orígenes– diríamos que una viuda atendida por la Iglesia tiene deuda; deuda también el diácono y el presbítero. Gravísima es la deuda del obispo, que ha de pagarle al Salvador de toda la Iglesia, quien le sancionará si no la paga (I. Tim. 5,3, 16.17)”¹¹⁵.

Cuando el obispo, el presbítero o el diácono niegan la palabra al enfermo, no tienen una mirada de compasión o pasan de largo ante los afligidos reclamos del pobre, aumentarán las deudas ante Dios.

Todo junto, la experiencia de la deuda es la experiencia de sentirse responsable por haber dejado pasar situaciones en las que pude hacer algo y no quise hacer nada. La amarga experiencia de no haber dado el perdón a quien lo busca, el gesto o la palabra oportuna, el haber pasado lejos de quien necesitó de nosotros. Todo esto demuestra la fragilidad en la que nos encontramos. El pecado nos hace cambiar la mirada y darle la espalda a Dios.

* * *

No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.

La debilidad física, moral y espiritual en la que nos encontramos constantemente¹¹⁶ permite al hombre tomar conciencia de que nadie puede estar seguro psicológicamente de no llegar a hacer cosas vergonzosas en la vida personal. Desde el momento en que el hombre se reconoce débil, se reconoce expuesto a la caída. “No nos dejes caer en la tentación” significa la súplica y a la vez la toma de conciencia de que ninguno puede creer que sus fuerzas son suficientes para mantenerse firme:

“¿Es alguno pobre? Tenga cuidado “no sea que robe y blasfeme del nombre de Dios” ¿Es rico?: que no esté seguro, porque en la abundancia puede engañarse y, exaltado, decir: ¿quién me ve?”¹¹⁷

Sin embargo, la tentación tiene una gran utilidad pues pone de manifiesto lo que somos, ante la tentación nadie puede ocultar lo que es en realidad:

“He aquí, cuál es la utilidad de la tentación: las cosas de nuestra alma ocultas no a Dios, pero sí a todos e incluso a nosotros mismos, se ponen de manifiesto por las tentaciones. Así no se nos esconde cómo somos sino que, teniéndolo a la

¹¹⁵ Orígenes, *De orat.* 28, 3.

¹¹⁶ “De todos modos no pasa una hora del día o de la noche en esta vida sin que tengamos alguna deuda”. Orígenes, *De orat.* 28, 4.

¹¹⁷ Orígenes, *De orat.* 29, 5.

vista, advertimos, si queremos, los propios males y agradecemos también los bienes, que por la tentación se nos han puesto de manifiesto”¹¹⁸.

La tentación sirve para que el hombre comprenda que es imposible la libertad sin la gracia; pues cuando el hombre cree que puede con sus propias fuerzas vencer sus debilidades, se convierte en un soberbio. Al pedir, por tanto, la ayuda al cielo, en medio de su debilidad suplica no enorgullecerse con su insolencia, ni dejarse llevar por la altanería o jactancia; que nadie se arroge la gloria de su confesión o martirio¹¹⁹.

Al indicar que la tentación tiene su utilidad, no significa esto que sea Dios quien tienta “como si ignorase la fe de uno o intentara sofocarla”¹²⁰ o, lo que es lo mismo, creer en un Dios que se complace en vernos atribulados. Por todo esto, las tentaciones constituyen todos aquellos elementos externos e internos que provocan al creyente apartarse de su vocación o ponen a prueba su fidelidad. Con mucha precisión lo dice Teodoro de Mopsuestia:

“No es un secreto que en este mundo muchas y variadas tribulaciones turban nuestros corazones. La misma enfermedad corporal, en efecto, si se prolonga y agrava, turba profundamente a los enfermos. También las pasiones corporales nos reducen a veces sin quererlo y desvían de nuestro deber. Caras bonitas, miradas de repente, despiertan la concupiscencia que está en nuestra naturaleza. Y otras muchas cosas nos sobrevienen cuando menos los pensamos, inclinando al mal nuestra elección o incluso nuestra complacencia en el bien”¹²¹.

Ante esta realidad, hay que distinguir la naturaleza de la tentación en la que cada uno incurre; “porque aquella en que cayó Judas, que vendió al Señor, no es igual que aquella en que cayó Pedro, quien, atemorizado, negó a su Maestro. Hay también (...) tentaciones humanas como sucede cuando alguno, animado de buena intención, pero por la flaqueza humana, se equivoca en algún proyecto o se irrita contra un hermano con el deseo de corregirle”¹²². La tentación mayor en la cual el hombre puede caer es la de no preferir a Dios a todo aquello que le es más querido¹²³.

En todo caso, hay que distinguir entre la tentación en la que cada día nos vemos expuestos y el consentimiento que se le puede dar a la ten-

118 Orígenes, *De orat.* 29, 17.

119 Cipriano, *De orat.* 25

120 Tertuliano, *De orat.* VIII PL 1, 1267.

121 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. Cateq.* XI,17.

122 Agustín de Hipona, *Serm. in mont.* II,IX, 35.

123 “Dios debe ser preferido a lo que nos es más querido”. Tertuliano, *De orat.* VIII PL 1, 1267

tación¹²⁴. Por esta razón, debemos orar no para estar libres de tentaciones, lo cual es imposible, “si no para que en la tentación no caigamos como sucede a quienes son vencidos y quedan atrapados en ella”¹²⁵. La respuesta de Dios ante la súplica: “no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal”, es la ayuda que se experimenta para no abatirnos en medio de la tribulación; pues “estar en tribulación según la fórmula hebrea, significa un estado que sobreviene independientemente de la voluntad, mientras que el abatimiento se dice de quien cede espontáneamente ante la tribulación, dejándonos vencer por ellos”¹²⁶.

Finalmente, al pedir al Señor que nos libre de caer en la tentación nos enseña que quien no está dispuesto a combatir, a luchar¹²⁷, a resistir, no se atreva a salir al escenario de la historia, donde vencen los que por gracia reconocen a Dios como su fuerza y sobre todo como aquél que debe ser amado por encima de lo que nos puede ser más querido.

* * *

A modo de conclusión

La Iglesia se sabe Madre, y no sólo porque genera hijos sino también porque enseña a los hombres a reconocer a Dios como el Padre de todos (LG 65)¹²⁸¹. La Catequesis, en este sentido, es un acto maternal de la comunidad cristiana; esta acción de la Iglesia va dirigida con especial atención a los adultos.

Ser adulto es una vocación, y la realización de esta llamada, muchas veces se ve obstaculizada por las diversas oscuridades del hombre y de la sociedad. De modo general, podemos indicar algunas de ellas como la “enorme desigualdad en el uso de los bienes de la tierra, el desprecio de la familia, el insuficiente aprecio de la persona de la mujer, la incapacidad o imposibilidad de que las masas enteras participen en las decisiones públicas.”¹²⁹²

Con el fin de iluminar estas realidades se hace cada vez más urgente “avanzar más decididamente hacia una catequesis de adultos más diversificada en razón de distintas mentalidades sociales. Es preciso promover la acción catequizadora con adultos en esos grandes ámbitos humanos en los que la Iglesia está menos presente: el mundo obrero, el de la marginación,

124 “Mas una cosa es ser tentado y otra consentir en la tentación”. Agustín de Hipona, *Serm. in mont II*, IX, 30.

125 Orígenes, *De orat.* 29,11

126 Orígenes, *De orat.* 30,1.

127 “Aquí nos instruye claramente el Señor sobre nuestra miseria y reprime nuestra hinchazón enseñándonos que si no hemos de rehuir los combates tampoco hemos de saltar espontáneamente a la arena”. Juan Crisóstomo, *Hom. sobre Mat.* 19,5.

128¹ «Los párvulos son presentados para que reciban la gracia espiritual; pero, en realidad, no son presentados tanto por aquellos que les sostienen en sus manos (aunque también por ellos si son buenos fieles), como por toda la sociedad de los santos y fieles... Es la Iglesia Madre, presente en los Santos, la que hace esto, porque es toda la Iglesia la que engendra a los cristianos y a cada uno de ellos». Agustín de Hipona, *Epist.* 98, 2 PL 33, 623.

129² Consejo Internacional para la Catequesis, *La catequesis de adultos en la comunidad cristiana* 11, Valencia, 1990.

el de la cultura y la universidad, grandes sectores rurales... y, por encima de todo, el mundo de los más pobres y marginados”¹³⁰³.

Unido a la urgencia de catequizar e iluminar las realidades oscuras o más difíciles de la sociedad, encontramos el deseo de muchos cristianos, o de quienes quieren adherirse a la fe, de conocer y profundizar en los contenidos de la doctrina cristiana. Esto exige a la catequesis “la presentación, en manera comprensible y orgánica, de los grandes temas de la religión cristiana que tocan la misma realidad de fe y sus motivos de credibilidad”¹³¹⁴. Dicho de otra manera, se debe introducir al creyente, y a quien lo desee ser, de modo “articulado y orgánico, aunque elemental, en el camino de fe expresado y sostenido a la vez por la escucha de la Palabra de Dios, por su celebración (liturgia), por el servicio de la caridad (diaconía)”¹³²⁵.

Desde la teología de los Padres de la Iglesia podemos rescatar algunos elementos de tipo doctrinal que pueden colaborar en este proceso de «hacer madurar el germen de la fe que Dios les ha dado» (DGC 173); de un modo particular, la exégesis del *Padrenuestro* nos lleva a tirar fuera las siguientes conclusiones:

1. La catequesis de la oración dominical, como lo señala A. Hamman, se mueve en el campo de lo práctico, esto es sobre el terreno parenético¹³³⁶. Los escritores eclesiásticos no pretenden realizar tratados teológicos, sino más bien, partiendo de la situación propia de la comunidad, realizan tal reflexión:

«Cada Padre revela su temperamento y sus preocupaciones: Tertuliano busca la fórmula densa, lapidaria; Cipriano, ante todo Pastor, insiste en la concordia y la unidad; Juan Crisóstomo es una asceta que quiere cambiar las costumbres; Agustín desnuda los secretos del corazón, los más íntimos»⁷.

Podríamos decir que si el *Credo* ilumina la mente, el *Padrenuestro* impulsa la voluntad. Trata de que nuestra vida sea coherente con lo que se profesa.

2. Cuando se ha dicho que las explicaciones del *Padrenuestro* no son una elaboración teológica, esto no significa que la reflexión patristica haya descuidado clarificar conceptos o proponer diferentes interpretaciones con el fin de que el texto sea más comprendido y vivido por la comunidad creyente. En este sentido, los Padres son muy conscientes de que deben utilizar un

¹³⁰³ Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de España, *Catequesis de adultos. Orientaciones pastorales* 275, Madrid, 1991.

¹³¹⁴ Consejo Internacional para la Catequesis, *La catequesis de adultos en la comunidad cristiana* 43.

¹³²⁵ *La catequesis de adultos en la comunidad cristiana* 32.

¹³³⁶ A. Hamman, *Le notre Père dans la catéchèse des Pères de l'Eglise* en La Maison-Dieu 1966 (85) pág. 63.

⁷ Idem.

lenguaje comprensible para el auditorio al cual va dirigido el mensaje, pero sin traicionar el contenido doctrinal que encierra la oración dominical. Repetimos, el lenguaje con el que se explica el *Padrenuestro* permitió la profunda comprensión de éste.

3. Si la oración del Señor fue enseñada antes de la recepción de los sacramentos de iniciación cristiana, ésta sirvió para presentar el perfil del catecúmeno; si fue introducida en las catequisis mistagógicas, favoreció a presentar al neófito las normas supremas de su vida nueva. En todo caso, la interpretación patristica del texto permitió presentar el perfil cristiano ideal; esto es, del cristiano que debe sentirse amado por el Padre de los cielos, del creyente que lucha, que vive, que convive. De este modo, se presenta la oración como un itinerario de vida espiritual suficientemente claro para la perfección cristiana.
4. Todo lo anterior sugiere que el *Padrenuestro* es de por sí una catequisis que introduce a los cristianos en la iniciación de un camino o en la revisión de éste si ya se ha iniciado, en el que se consideren temas como: la oración, las consecuencias a nivel social, el misterio de la Iglesia, el estudio de las Escrituras, la vivencia de los sacramentos (Eucaristía, penitencia), el Reinado de Cristo, la moral cristiana, la espiritualidad cristiana, los diferentes ministerios de la Iglesia. Estos y otros temas son posibles de desarrollar desde las mismas peticiones de nuestra oración.
5. Las catequisis sobre el *Pater noster* fueron, en muchos casos, elaboradas en las homilías de las celebraciones preparatorias a la celebración bautismal o en los sermones de las catequisis mistagógicas. Otros Padres prefieren escribir algún opúsculo sobre el tema. Habrá que recuperar como elemento valioso que en la actual valoración de las catequisis de adultos en un proceso catecumenal se dé un lugar privilegiado a la explicación pausada de la Oración dominical, lo mismo que al Credo y a las Bienaventuranzas, entre otros fundamentos de la fe.



CAPITULO I

Introducción a la profesión de nuestra fe

“Creo, Señor, pero aumenta mi fe” (Mc. 9,24)

Reflexiones patrísticas en torno al Credo

1. El Credo en el contexto catequético primitivo

La comunidad cristiana desde sus orígenes tuvo conciencia de haber recibido del Señor el mandato de hacer discípulos; por esta razón, bautiza en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf. Mt. 28,19-20).

Es muy probable que en las primeras generaciones de cristianos, después del Kerygma se bautizara y luego se diera el proceso de profundización en la fe (verdadera catequesis). Debido al abandono de la fe de muchos bautizados, la Iglesia tuvo que ser más prudente en la admisión de los nuevos cristianos, se inicia, con ello, un tiempo de preparación a la recepción del bautismo.

Esta preparación previa llegará a consolidarse como un proceso más sistemático, en los siglos II y III que recibirá el nombre de *catecumenado*. Al inicio, el catecumenado podía tener una duración de tres años y en algunos lugares, como en Roma, la etapa inmediata al bautismo se realizaba durante la cuaresma, culminando con la recepción del sacramento en la noche de Pascua.

El siglo más fecundo en obras catequéticas fue el siglo IV, época en la que la admisión del candidato pasaba por la comunicación de una serie de verdades de fe. Precisamente dentro de esas verdades que le eran transmitidas al catecúmeno se encontraban las del Credo.

La preparación inmediata para los sacramentos de iniciación cristiana comenzaba con la inscripción del nombre, al empezar el tiempo de cuaresma. Durante este tiempo, la Catequesis “se acompaña con la oración y los exorcismos, expresión del combate que está sosteniendo el catecúmeno”¹³⁴. El contenido de esa catequesis consistía en tres partes fundamentalmente: una explicación de la Sagrada Escritura, el comentario del Símbolo y la oración Dominical. Nos interesa la segunda parte. El Obispo hacía la entrega del Símbolo hacia el final de la quinta semana de Cuaresma, luego él mismo lo explicaba y el domingo de Ramos, los cristianos debían hacer la *Redditio Symboli*. El Símbolo debía ser recitado delante del Obispo y de toda la asamblea: “Se les explica la doctrina del Símbolo –informa la peregrina Egeria– como se hizo con las Sagradas Escrituras, frase por frase, primero en sentido literal luego en sentido espiritual..., todos son instruidos desde la hora de prima hasta la hora de tercia, ya que la catequesis dura estas tres horas”¹³⁵. Las catequesis eran, por tanto, largas¹³⁶.

Como en el caso del *Padrenuestro*, últimamente se ha puesto de relieve la relación entre *Credo* y *Catequesis de adultos*, sea a través del *Catecismo de la Iglesia católica* o por medio del *Ritual de la Iniciación cristiana de adultos*, este último dispone:

134 Ramón Domínguez Balaguer, *La Catequesis y la Liturgia en los Padres* (Salamanca, 1988) 69. Seguimos muy de cerca esta obra, especialmente las páginas 67-74.

135 Egeria, *Itinerario* 46, 3 (Edición preparada por Agustín Arce, Madrid, 1996).

136 “Persevera en las catequesis, aunque nuestra oración posterior sea más amplia, que tu ánimo no decaiga nunca”. Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* 10 (Edición de Carlos Elorriaga, Bilbao, 1991).

“Las ‘entregas’, por las cuales la Iglesia entrega o confía a los elegidos antiquísimos documentos de la fe y de la oración, a saber: el Símbolo y la Oración dominical, tienden a la iluminación de los elegidos. En el Símbolo, en el que se recuerdan la grandeza y maravillas de Dios para la salvación de los hombres, se inundan de fe y de gozo los ojos de los elegidos”¹³⁷.

2. Guía para la meditación del Credo

Estamos, sin duda alguna, ante un texto que tiene mucho que decirnos; para poder aprovechar más el contenido del este, vamos a estructurarlo de modo que nos permita entenderlo y meditarlo catequéticamente.

Uno de los mejores estudios elaborados sobre el *Credo* es el del inglés J.N.D. Kelly. Este autor, en una de sus valiosas conclusiones, señala:

“Cualesquiera que fueran las razones definitivas que llevaron a escoger el término (Símbolo) está fuera de toda duda que su uso en el siglo III incluía las preguntas y las respuestas bautismales. Más tarde el vocablo se convirtió en una designación normal del Credo declaratorio. Ahora ya no podemos determinar con seguridad cómo y cuándo se llegó a ese cambio. Pero el paso de la referencia de uno a otro Credo fue algo natural y fácil de explicarse toda vez que la relación entre los credos declaratorios y las preguntas bautismales era muy estrecha. Probablemente se llegó a una aplicación del término cuando los credos declaratorios se introdujeron en las ceremonias de preparación para el bautismo. Desde luego que hacia mediados del siglo IV era algo plenamente aceptado, según podemos deducir de las alusiones de (...) san Agustín (...) a la entrega y recitación del Credo. (Así) la clásica designación dada a los credos bautismales se relacionó originalmente del modo más íntimo con la primitiva estructura del rito bautismal”¹³⁸.

El Credo, según lo anterior, desarrolla fundamentalmente la fe Trinitaria, la fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. De modo que los que recurrían al Bautismo tenían que hacer profesión básicamente de esta fe; se les preguntaba, entonces, si creían en cada una de las personas divinas. Con el tiempo cada una de las tres interrogantes: ¿Crees en el Padre? ¿Crees en el Hijo? ¿Crees en el Espíritu Santo?, se fueron explicitando debido a las dificultades que se iban presentando a nivel de las comunidades y también a la comprensión que se fue adquiriendo de la verdad revelada.

137 *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* 30 (Madrid, 1976).

138 J.N.D. Kelly, *Primitivos credos cristianos* (Salamanca, 1972) pp. 80-81.

Al inicio, la profesión de fe se hacía con el sistema de preguntas y respuestas; luego cambió la modalidad y los catecúmenos la recitaban. Independientemente del método, lo cierto es que la fe que el cristiano profesa trata, en última instancia, de comprender, ante todo, la fórmula bautismal, en la que proclama a Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La verdad anterior la ha expresado Hilario de Poitiers con una bellísima plegaria, con la cual finaliza su gran obra intitulada “*Sobre la Trinidad*”:

“Conserva, te ruego, inmaculado el sentimiento de mi fe y dame, hasta el momento de la partida de mi espíritu, esas palabras que expresan mi convicción, para que siempre me conserve fiel a lo que confesé en el símbolo de mi regeneración, cuando fui bautizado en el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo; es decir, que te adore a ti, Padre nuestro, y a tu Hijo, juntamente contigo, y merezca tu Espíritu Santo, que procede de ti por medio de tu Unigénito. Porque tengo como testigo idóneo para mi fe a mi Señor Jesucristo, que dice: *Padre, todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío* (Jn. 17,10); él permanece siempre en ti, ha nacido de ti y es siempre Dios junto a ti y es bendito por los siglos de los siglos. Amén”¹³⁹.

* * *

Tanto las conclusiones de Kelly como la oración de Hilario nos posibilitan entender dos cosas: primero, que la aparente complejidad de nuestra profesión de fe solamente es comprensible si la situamos dentro de la confesión en cada una de las personas divinas, de las cuales derivan las otras verdades. Segundo, es verdad que la fe necesita ser comprendida, sin embargo, la comprensión de esta solamente se da si se cree, según la sentencia de Isaías 7,9 (LXX): “si no creéis, no entenderéis”. Lo que es lo mismo decir, que la fe da fundamentos a la razón y por ello sólo a los “labradores de la fe conviene custodiar las semillas de la verdad”¹⁴⁰. Un cristiano que se refugie, por tanto, en el concepto “fe” para no preguntar o para que no se le interrogue o, peor aún, cuando piense: “Mala cosa es la sabiduría del mundo; buena la locura o necedad”¹⁴¹, arruina, en todos los casos, la profesión de la fe.

De este modo, el Credo está referido fundamentalmente a un triple movimiento, precedido por una necesaria aclaración sobre lo que significa el acto de fe. Teniendo todo esto en consideración, vamos a proponer una interpretación del Credo, guiados de la mano de algunos autores cristianos de los siglos que van del I al VIII.

* * *

La profesión de fe inicia con una invitación al catecúmeno o al oyente a introducirse (...*en*) en una realidad que le permita entender, aceptar y vivir lo que Dios le propone. Esta realidad es la fe.

139 Hilario de Poitiers, *La Trinidad* XII, 57 (Edición preparada por Luis Ladaria, Madrid, 1986).

140 Clemente de Alejandría, *Stromata* I,1,8 (Introducción, traducción y notas de Marcelo Merino, Madrid, 1996).

141 Orígenes, *Contra Celso* I,9 (Introducción, versión y notas de Daniel Ruiz Bueno, Madrid, 1967).



CAPITULO II

El Credo

Propiedad de CINACAT

1. La fe como una realidad humana.

No hay nada que sea verdaderamente humano que no penda de la fe¹⁴². La experiencia humana nos muestra que en la vida ordinaria el hombre se mueve siempre por una convicción. Sin ella no se corren los riesgos de las grandes aventuras humanas¹⁴³; sin la fe, el labrador no entierra su semilla y esparce el grano; por fe él cree que lloverá y hará sol, que nutrirán y calentarán el grano para que produzca abundantemente.

Sin fe, las parejas no se arriesgarían a unir sus vidas; y, sin la credulidad del matrimonio, no se engendrarían hijos. Sin un acto de confianza, no enviarían los padres a los hijos para que los maestros con su ciencia orienten la vida de aquellos que pasan a ser prácticamente sus hijos. Sin fe, nadie asumiría el poder de una ciudad, de un pueblo o de un ejército.

La fe es la expresión más radical de la libertad que, queriendo ser feliz, procura alcanzar lo que ama o amar lo que ha alcanzado. Por esta razón, nadie está obligado a querer, a responder con un acto de abandono total a lo que se le ofrece.

Si nada "se puede realizar en la vida sin la previa credulidad, ¿de qué maravillarse, pues, si al acercarnos a Dios afirmamos que ante todo debemos creer, siendo sin la fe imposible la vida diaria?"¹⁴⁴ Así pues, aunque todo hombre hace actos verdaderos de fe en el campo humano; sin embargo, la fe referida a Dios va más allá del mero creer humano.

2. La fe es estar firme.

Entre los hombres, en efecto, tener fe es hacer un acto de confianza en el que siempre hay un margen de inseguridad. Creo en alguien, en un hijo, el cónyuge, el compañero de trabajo... en fin, en el hombre, con la probabilidad de que me pueda fallar. La fe en Dios es correr por otros predios, no es caminar por incertidumbres, es pisar lo seguro. Quien se abre al don de la fe, se afianza en lo seguro. La seguridad que da el creer en Dios debe llevarla el hombre por dentro: "Y así, no busques la piedra fuera de ti, sino dentro de ti. Tu piedra es tu acción; tu piedra es tu espíritu. Sobre esta piedra se edifique tu casa, para que ninguna borrasca de los malos espíritus pueda tirarla. Tu piedra es la fe..."¹⁴⁵

Dios no convoca a nadie a la vida feliz por medio de complicadas cuestiones, ni trata de atormentarnos con complicados discursos y argumentos, lo que procura es hacernos firmes en la lucha contra el mal¹⁴⁶. Sin la

142 Orígenes, *Contra Celso* I, 11.

143 Cf. Rufino de Aquileia, *Spiegazione del Credo* 3 (Traduzione, introduzione e note a cura di Manlio Simonetti, Roma, 1993). En adelante, *Exposit. Symb.*

144 Rufino de Aquileia, *Exposit. Symb.* 3.

145 Ambrosio de Milán, *Tratado sobre el evangelio de San Lucas* VI, 98 en *Obras de san Ambrosio* I (Edición preparada por Manuel Garrido Bonaño, Madrid, 1966).

146 "Por tanto, la fe está hecha de sencillez, la justicia de la fe, la piedad del testimonio. Dios no llama a la vida feliz mediante cuestiones difíciles, ni nos atormenta con complicadas artes del

confesión de fe en Dios, el hombre se siente desprotegido, sucumbe, se ve desmoralizado ante el dolor, la tentación y la muerte. Con la confesión de fe, se tendrá la fuerza para proclamar, sin miedo a nada ni a nadie, el valor absoluto de la verdad¹⁴⁷. Con la fe, el espíritu se mantiene erguido y firme en la virtud, incluso en medio de las ruinas del mundo que se desvanece. En fin, creer es no perder ni la alegría ni la paciencia aun cuando no dé frutos la higuera, ni broten las vides; aun cuando falte la producción de vino y los campos no den alimento. Creer es no perder la firmeza aunque falte el pasto en los campos y aunque no haya bueyes... Es siempre alegrarse en el Señor (Cf. Hab. 9, 17-18)¹⁴⁸:

“¡Nada es imposible si no decae la fe del Confesor! Mirad, por tanto, mientras es tiempo, por la verdadera y eterna Salvación (...) ¡Creed a Aquél a quien nadie en absoluto engaña! ¡Creed a Aquél (...) que otorgará a los creyentes el premio de la vida eterna!”¹⁴⁹

3. Creer eclesialmente

Confesar la fe, en el fondo, no es otra cosa que “mostrarse cristiano”¹⁵⁰ y ser consciente de que la fe es un misterio de amor compartido. La adhesión a Dios no es un acto aislado de quienes desean forjar esa unión por sí solos; es, en el fondo, negarse a declarar desde el inflado orgullo lo que yo elevo como válido y verdadero. Quienes así piensan les agrada “no lo que es verdadero, mientras que la verdadera Sabiduría consiste en entender a veces lo que no deseamos”¹⁵¹.

Vivida, reflexionada y proclamada eclesialmente, la fe permite el auxilio de unos para con otros, a fin de realizar las obras que esta misma fe exige. Orígenes explicaba, en cierto sentido, todo lo anterior cuando en el *Comentario a San Juan* escribe:

“Supongamos que un cierto número de hombres dotados de una cierta fuerza logran arrastrar una nave al mar, pero no lo pueden hacer si falta uno de ellos o la fuerza de uno solo; así sucede con la plenitud de la fe necesaria para trasladar montañas: falta a esta capacidad lo que falta de fe a quien no la posee toda (...) Vemos, pues, qué gran virtud sea poseer toda la fe; cuán raramente se encuentra y en qué medida

discurso retórico. Clara y fácil es para nosotros la senda que conduce a la eternidad: ¡Creer que Jesús fue crucificado por Dios y confesar a la vez que él es el Señor!” Hilario de Poitiers, *La Trinidad X*, 70.

147 Cipriano de Cartago, *Epístola 69,7* en *Obras de san Cipriano* (Introducción, versión y notas de Julio Campos Sch. P. Madrid, 1964).

148 Cipriano de Cartago, *A Demetriano 20* en *Obras de san Cipriano... op. cit.*

149 Cipriano de Cartago, *A Demetriano 23*.

150 Cf. Justino, *Il Apol.* 13,2 en *Padres Apologetas* (Introducción y texto por Daniel Ruiz Bueno, Madrid, 1979)

151 Hilario de Poitiers, *La Trinidad VIII*, 1.

cada uno de nosotros no está lejos de poseer aquella totalidad de fe capaz de trasladar montañas”¹⁵².

La plenitud de la fe necesaria para trasladar montañas no es poseída por todos. Por eso, la misma comunidad sostiene el acto creyente de sus miembros: somos enseñados y animados por quienes hacen verdadero abandono de su vida en la Providencia divina; o también por quienes son fuertes en la esperanza de la vida eterna; lo mismo por aquellos que saben descubrir la acción de Espíritu en la complejidad de la Iglesia. Nadie puede creer que solitario sea capaz de responder a lo que la misma fe le pide.

* * *

En síntesis, el Credo, ante todo, ubica al hombre en su realidad profundamente humana, pues nadie puede vivir sin actos de confianza en los demás. Sin embargo, invita al hombre a dirigir su mirada en aquel Dios que le garantiza la posibilidad de abrirse hacia la verdadera confianza, con la garantía de que el hombre, cuando se dirige a Dios, no retorna decepcionado.

* * *

152 Orígenes, *Commentarius in Evangelium Joannis* 9 PG 14, 783-786.



PARTE I

**Creo en un
solo Dios,
Padre
todopoderoso,
Creador de
cielo y tierra,
de todo lo
visible y lo
invisible.**

I. Creo en un solo Dios

Nuestra vida, entonces, está determinada por la profesión de nuestra fe. Esto significa que en el Credo encontramos los motivos o las razones más grandes para edificar nuestra vida. Cuando recitamos la profesión de nuestra fe, cuando nos arriesgamos a enseñarla a niños y a adultos, estamos poniendo los fundamentos de toda una vida. Precisamente después de aprender a decir: *Padre nuestro*, lo que nuestra memoria conserva es: *Creo en un solo Dios*. Pero, ¿qué estamos, en el fondo, diciendo cuando confesamos *un solo Dios*? Al decir “*un solo Dios*” no estamos, de ningún modo, diciendo que nuestro Dios sea solitario. Creemos “en un solo Dios (...) no en un solo Dios como solitario”¹⁵³. Es decir, descartamos que nuestra fe sea solamente en una persona, en alguien incapaz de realizar todo un proyecto de salvación en compañía con otras; incapaz de entrar en plena comunión o de estar unida por vínculos que superan cualquier individualismo o formas de egoísmo.

La existencia en Dios de una comunidad perfecta permite confesar que entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no hay diferencias ni desigualdades, no hay luchas de poder, ni de gloria, ni de inmortalidad¹⁵⁴, no hay mayor ni menor¹⁵⁵. Toda diferencia o desigualdad es inexistente por el principio de Amor compartido: “todo lo que tiene el Padre, lo tiene el Hijo y también el Espíritu Santo. Nunca dejó de existir en esta Trinidad tal comunión, pues en ella tener es existir siempre”¹⁵⁶.

Así, entonces, ¿cómo pueden vivir juntos y eternamente tres? Humanamente, donde hay dos o tres, hay posibilidad de dispersión o división; de ahí que Dios sea uno porque es único y si no es único, entonces, no es Dios¹⁵⁷. La originalidad de la divinidad (eso único de Dios) se encuentra en que cada una de las personas realiza el misterio de la ‘originalidad divina’, tan radical y tan divina, que permite que en Dios no haya ninguna división, oposición o lucha, dispersión o aniquilamiento de la persona¹⁵⁸.

La Trinidad es una familia de verdad, una comunidad perfecta, cuya originalidad está en la realización de la unidad. Va la pregunta directa que nos interesa: ¿qué hay en la Paternidad divina, qué en la Filiación y qué en la Procedencia del Espíritu que permite la realización de tal Unidad perfecta? Responder a esta pregunta constituye el eje central de nuestra meditación sobre los tres artículos principales y, a partir de ellos, los otros artículos que provienen de los primeros.

153 *Fórmula de Dámaso* Dz 15.

154 Cf. León Magno *Homilía* 75,3 en *Homilías sobre el año litúrgico* (Edición preparada por Manuel Garrido Bonaño, Madrid, 1969).

155 “En esta Trinidad, ninguna cosa es mayor o menor que otra, no existe separación en el obrar ni desemejanza en la sustancia”. Agustín de Hipona, *Serm.* 214,10 en *Obras completas de san Agustín* XXIV (Traducción y notas de Pío de Luis, Madrid, 1983).

156 León Magno, *Hom.* 75,3.

157 Cf. Tertuliano, *Contre Marcion* I,III,1 (Introduction, texte critique, traduction et notes par R. Braun, Paris, 1990). En adelante, *Adv. Marc.*

158 Cf. Tertuliano, *Contro Prassea* III,1-5 (Edizione a cura di G. Scarpato, Torino, 1985). En adelante, *Adv. Prax.*

* * *

II. Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador de cielo y tierra

A. Dios es Padre.

Ante todo, vengamos al Padre; así lo enseña la profesión de fe: *Creo en Dios, Padre*. Nosotros no podríamos conocer el comportamiento del Padre al interno de tan divina, sublime y alta Familia si el Hijo no nos lo hubiera comunicado. Los hijos delatan a sus padres, también en nuestro caso. Sabemos que el Padre es “eterno, inmortal, omnipotente, rey, Dios, Señor, Creador (... porque existen) estas propiedades en su ‘Imagen’, a fin de que quien vea al Hijo vea al Padre (cf. Jn. 14,8)”¹⁵⁹.

Entonces lo primero que sabemos es que Dios es Padre perfecto porque engendró a un Hijo perfecto, “a quien entregó todas las cosas”¹⁶⁰. La generación es dar vida, y dar vida es signo de absoluta generosidad¹⁶¹. El Padre es generosidad porque da, comunica y entrega totalmente el poder, la grandeza, el conocimiento, la bondad a su Hijo y esto lo hace perfecto Padre¹⁶², de modo que “tal como Dios es Padre, sólo Él lo es”¹⁶³.

El nombre ‘Padre’ “no es ni un nombre de sustancia, ni un nombre de acción, sino un nombre de relación, un nombre que indica la manera en que el Padre está en relación con el Hijo o el Hijo en relación con el Padre”¹⁶⁴. El Padre, por esto, no únicamente dispone todo sino que Él es disposición total. Disposición que se manifiesta en el ofrecimiento de todo y por eso la donación absoluta de todas sus riquezas.

* * *

B. Dios Padre todopoderoso.

Lo propio del Padre es que genera, pues es generoso. Esta particularidad del Amor divino nos permite comprender que el Dios en quien nosotros creemos no tiene su fuerza en lo que es compatible con el egoísmo o el dominio que es intolerante. Lo que se opone a la generosidad es retener para sí las riquezas que se posee. La grandeza, por tanto, de Dios está en la donación (= generación) de todo el misterio de su vida.

“*Creo en Dios, Padre Omnipotente*”. La omnipotencia de Dios nada tiene que ver, según todo lo anterior, ni con la fuerza del músculo, ni del ejército, ni del poder. La radical oposición de los primeros cristianos a la

159 Atanasio de Alejandría, *Oratio contra Arianos*, I, 21 PG 26, 55.

160 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* VII, 5.

161 X. Pikaza, *Trinidad y comunidad cristiana. El principio social del cristianismo* (Salamanca, 1990) pp. 232, 233, 236.

162 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* VI,8.

163 Teodoro de Mopsuestia, *Les Homélie catéchétiques* II,5 (Traduction, introduction par R. Tonneau et R. Devreesse, città del Vaticano, 1949). En adelante *Hom. cateq.*

164 Gregorio Nacianceno, *Los cinco discursos teológicos* 29,16 (Traducción y notas de José Ramón Díaz- Sánchez, Madrid, 1995).

idolatría reflejaba a su vez la confesión que los “otros dioses” utilizaban el poder de la tiranía para destruir a los que dominaban¹⁶⁵. De manera que mientras los poderosos del mundo procuran subyugar, someter al hombre por la fuerza, el miedo y por el falso encanto, el Padre de Jesucristo es omnipotente porque su poder se encuentra en que nada le puede quitar la vida, en que no puede morir y que su poder no se ejerce ni por el temor, ni por la violencia ni por falsos encantos para con el hombre.

Llamar a Dios todopoderoso es confesar que no necesita ni del engaño, ni del fraude, ni de medidas fraudulentas para actuar, para ejercer su dominio. Dios no sería grande si engañara, si defraudara, si mintiera y si se negara a realizar con toda la fuerza de la vida lo que desea. No sería omnipotente si no obrara en la historia el bien, si se dejara llevar por los impulsos de la violencia o por los arrebatos del deseo. Dios es absolutamente poderoso por su Sabiduría.

Solamente a quien es limitado y débil lo agotan. Ni lo uno ni lo otro es el Padre, nada lo agota, nada lo abarca y nada lo acaba. La perfecta capacidad de no verse agotado por nada le permite ejercer su poder en la tolerancia de todos¹⁶⁶ y por la misma razón nada puede menguarle en la fuerza para dar la vida, entregar la gracia allí donde parece que el hombre se aferra a lo que no le trae Vida sino condena a la muerte.

* * *

C. Creador de cielo y tierra.

Dios es Omnipotente porque es generoso. La generosidad del Padre la manifiesta en la existencia de un Hijo, a quien le ha dado todo. De modo que alguien que es igual a Él vive esta vida divina. Siendo la omnipotencia divina la donación de sus riquezas, llama a la vida divina a lo que no es igual a Él, al mundo que crea. Es el colmo del amor. Fácil es entre iguales entenderse, entre aquellos que hablan igual. Muy difícil la comunicación entre quienes no son iguales o entre quienes no hablan el mismo lenguaje. Pero en esto radica la originalidad de Dios, en llamar consigo a la criatura a vivir la vida divina.

El tercer artículo de la primera parte nos permite entender más todavía lo que significa: *Creo en un solo Dios*. Creemos, como se ha señalado, en Dios, pero no como una persona aislada, o incapaz de tener junto a Él a otro igual, incapaz de realizar el proyecto de salvación con alguien igual a Él. Ahora, el artículo nos propone una realidad que nos toca de cerca: Dios no

165 Gregorio de Nisa, *La gran Catequesis* XXI, 6-XXII,1 (Introducción, notas de Mario Naldini, traducción de Argimio Velasco, Madrid, 1994).

166 “Pero la divina Escritura y los dogmas de la Verdad han conocido a un Dios único, él tiene muchas cosas sometidas al imperio de su poder, pero muchas cosas las permite porque quiere. Pues también ejerce su dominio sobre los adoradores de los ídolos, pero los soporta por su paciencia; a los herejes que le rechazan también los tiene bajo su poder, pero los tolera con su longanimidad. También, ha sometido al Diablo, pero lo acepta con su tolerancia.” Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* VIII, 4.

sólo es generoso para dar su vida, sus riquezas al generar un Hijo, sino que su generosidad ha hecho posible que alguien que no es igual a Él, que es menor, inferior infinitamente, que no tiene la misma capacidad de responder a lo que Él quiere y propone, sea llamado a vivir en esa vida divina.

En su Hijo, el Padre quiere hacer a alguien diferente, al hombre, objeto de sus riquezas, de su sabiduría, de su inmortalidad. Y, precisamente es por este hombre que prepara, adorna, crea delicadamente el universo:

“Contemplad la primavera: la variedad de las flores..., ¿quién es el que hace tales diferencias... de una sola agua y de una tierra? ¡Ved qué sabiduría!: De la única savia del árbol, parte se convierte en un follaje y parte en frutos; de una sola vid... brotan hojas, racimos; de una sola tierra salen reptiles, fieras. maderas, manjares, oro, plata... Y el espacioso mar...: ¿Quién puede explicar la belleza de sus peces, la grandeza de sus cetáceos, la naturaleza de sus anfibios? ¿Quién puede medir su profundidad y extensión, la fuerza de sus inmensas olas...? Y ¿quién puede comprender la naturaleza de las aves?: ¡Qué lengua tan musical tienen algunas! (...) ¿Qué cosa reprehensible hay en tu cuerpo? Domínate, y no te vendrá ningún mal en tus miembros. (...) ¿Quién preparó la cavidad del útero para la generación? ¿Quién anima allí el embrión inanimado? ¿Quién nos dio cohesión con los nervios y huesos, cubriéndonos luego de carne y piel? ¿Quién hace que, apenas nacido, el niño saque de los pechos fuentes de leches, asegurando su desarrollo en joven adulto, viejo...? (...) ¿Quién hace latir perennemente el corazón? (...) ‘¡Cuán admirable son tus obras, Señor! ¡Todo lo hiciste con sabiduría’ (Ps. 103, 24)”¹⁶⁷

Entre las grandes verdades que la fe confiesa, según el texto anterior de Cirilo de Jerusalén, se encuentran dos: el mundo que Dios preparó con sus manos y el hombre que Dios plasmó.

1. Las manos de Dios y el mundo.

Ha sido el Padre quien por sí mismo fundó, adornó y contiene todas las cosas “entre las cuales estamos también nosotros y el mundo entero”¹⁶⁸. Porque Dios ha tomado la creación de lo que nos rodea y la causa del hombre en sus manos, nada hay en el mundo que sea producto del azar, de la

167 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* IX, 10-16. Traducción de Santos Sabugal, *Credo. La fe de la Iglesia...* op. cit. pp. 189-190.

168 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* IV, 20,1. Traducción de Antonio Orbe, *Teología de san Ireneo IV. Traducción y comentario del Libro IV del ‘Adversus Haereses’* (Madrid, 1996).

casualidad, nada camina hacia un rumbo sin sentido. Y, si bien es cierto confesamos que Dios es diferente a lo creado, afirmamos que no es extraño, ni ajeno, ni alejado de Él¹⁶⁹. ¿Crees esto? Si lo crees, se ensanchará la mirada, se dilatará el corazón para elevarnos al nivel de una contemplación tal que nos mostrará la imagen de Dios¹⁷⁰ que no escapa a estar presente en ningún lugar y no permite que ningún lugar esté sin Él:

“Está en los cielos, está en el infierno, está más allá de los mares. Está dentro de todo como algo interior, todo lo trasciende como exterior. Del mismo modo que contiene es contenido; no hay ninguna cosa en la que está sin estar en todas”¹⁷¹.

2. “Para el hombre preparó Dios el mundo”¹⁷²

Si Dios por sí mismo preparó todo el mundo material, con mayor razón modeló con sus propias manos al hombre. Y “modeló Dios al hombre tomando el barro de la tierra y sopló en su rostro hálito de vida’. No nos hicieron, por tanto, ni nos modelaron los ángeles –pues tampoco los ángeles podían hacer la imagen de Dios (cf. Gén. 1,26), ni otro alguno fuera del Señor, ni una potencia muy alejada del Padre del universo. Porque Dios no necesitaba de ellos para hacer lo que en su interior había predefinido llevar a cabo, como si le faltaran manos. En efecto, siempre le asisten el Verbo y la Sabiduría, el Hijo y el Espíritu. Por su medio y en su virtud hizo libre y espontáneamente todas las cosas”¹⁷³.

Dios no necesita de otras manos para crear al hombre, ni para hacer lo que quiera. Él nos hizo... y, esto es de fe. Con la creación del hombre, Dios procura integrar a la vida comunitaria divina a alguien que sin ser Dios viene de Él; a alguien que sin ser omnipotente domina sobre todos los seres y que siendo el compendio del universo supera la belleza de las creaturas:

“Realmente deberíamos quedar absortos en muda contemplación, puesto que ahora Dios *descansa de todo el trabajo que hizo*. Él reposó en el santuario íntimo del hombre: en su espíritu, en su pensamiento (...) yo doy gracias al Señor, nuestro Dios, por haber hecho una tal creatura en la que encontró reposo. Él creó el cielo, pero no leo en la Escritura que se haya

169 Cf. Atanasio de Alejandría, *L'incarnazione del Verbo* 2-3 (Traduzione, introduzione e note a cura di Enzo Bellini, Roma, 1993). En delante, *De incarnat. Verbi*.

170 “No es posible contemplar a Dios con los ojos de la carne (...pero) es posible imaginarse la potencia divina del Creador a partir de sus obras. Lo dice Salomón: *‘De hecho de la grandeza y de la belleza de las creaturas, por analogía, se conoce el autor’* (Sab. 13,5). Dios se nos revelará tanto más grande cuanto más contemplativamente nosotros miremos a sus creaturas, y cuanto más nuestro corazón se eleve a la contemplación de Dios, tanto más alta será la imagen que nos haremos de Dios”. Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* IX, 1-2.

171 Hilario de Poitiers, *La Trinidad* I, 6.

172 Teófilo de Antioquía, *Los tres libros a Autólicos* II, 20 en *Padres Apologetas...op. cit.*

173 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* IV, 20,1.

reposado; creó la tierra no leo que haya descansado; creó el sol y la luna y las estrellas, ni siquiera leo se haya reposado. Pero leo que creó al hombre y entonces se reposó, teniendo en él a quien perdonar los pecados”¹⁷⁴.

Dios reposó en el corazón del hombre, de modo que “Aquel, a quien ‘no contienen los cielos’ (II Cron. 6,18), lo contiene la estrechez del corazón humano”¹⁷⁵.

La creación del hombre le permite a Dios buscar en todas las etapas de la historia humana la manera de entrar en comunicación con aquella creatura humana para conquistarla plenamente para sí e integrarla en plenitud a la perfecta comunión con Él, al interno de esta familia. Al involucrarse Dios, por su sola misericordia, a la historia de salvación, se comprometía a: *perdonar la(s) caída(s) del hombre; acompañarlo durante toda la historia y a tomar la carne que iba a elevar a la vida divina.*

* * *

La búsqueda que Dios hace del hombre se inicia ya en la etapa misma de su condición en el Paraíso. “El Jardín era tan bello y agradable que el Verbo de Dios se personaba con frecuencia en él; se paseaba y entretenía con el hombre prefigurando lo que había de suceder en el futuro; es decir, el Verbo de Dios se haría conciudadano del hombre y conversaría y habitaría con los hombres enseñándoles la justicia”¹⁷⁶.

Digámoslo de nuevo, Dios esperaba el momento en el que el hombre pudiera llegar a la madurez para el encuentro en la plenitud con Él. Sin embargo, el hombre se dejó seducir por el mal y desconfió de lo que Dios le ofrecía y de lo que le pedía; a pesar de ello, la “fuente abundantísima e indeficiente de todo bien, río de beneficios, luz eterna que brilla sin cesar, fuerza insuperable destinada a nuestras debilidades”¹⁷⁷, no se echó atrás en su proyecto.

A Dios no le espantaron las acciones fallidas del hombre, por eso, lo hizo “habitar entonces en el camino que conduce al jardín”¹⁷⁸. El proyecto de Dios continuaba con toda la fragilidad con la que el hombre ahora se encontraba. Más que contemplar, entonces, la historia de la salvación como ‘reconquista’ del Paraíso perdido por el pecado, es la continuación del proyecto de Dios que busca al hombre, el cual debe madurar para encontrarse con Aquél que lo hizo para sí¹⁷⁹. La omnipotencia divina no le permite dejarse vencer, ni agotarse por nada, está claro... que ni siquiera por el pecado ni por la culpa.

174 Ambrosio de Milán, *Hexameron* VI, IX, 75-76 PL 14, 288.

175 Quodvultdeus, *Serm. III de Symbolo II*. Traducción de Santo Sabugal, *El Credo. La fe de la iglesia...* op. cit. 107.

176 Ireneo de Lyon, *Demostración de la predicación apostólica* 12 (Introducción, traducción y notas –extractas de la obra de Antonio Orbe– de Eugenio Romero Pose, Madrid, 1992).

177 Cirilo de Jersalén, *Cateq.* VI,9.

178 Ireneo de Lyon, *Demostración de la predicación apostólica*, 16.

179 “Con todo, quiere alabarte en alabarte, porque nos has hecho parte de tu creación. Tú mismo lo excita a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”. Agustín de Hipona, *Confesiones* I,1 (Edición crítica de Ángel Custodio Vega, Madrid, 1974).

Por todo lo anterior, Dios continúa en la historia convocando al hombre a la familiaridad eterna con Él. A Abram le hizo pasar de la visión de los “fenómenos aéreos o de los movimientos celestes a elevar, ansiando su destino y el de toda la humanidad, los ojos al cielo”¹⁸⁰. De filósofo que era pasó a ser amigo del Señor. Pero no sólo a Abraham lo hizo pasar de lo temporal y terreno a lo eterno e invisible sino a todo Israel, a quien una vez sacado de la esclavitud no le permitió más esclavizarse.

No fue fácil entender lo que Dios quería, tampoco lo es actualmente; pero, si es difícil entenderlo, más lo será expresarlo. Dios lo sabía; era imposible incorporar plenamente a la vida divina, a la perfecta comunión al hombre, si no se incorporaba (asumía la carne) en la historia del hombre. Solamente se lograría una comunión tan noble, elevada y divina cuando lo humano asemejado y divinizado se uniera familiarmente con Dios¹⁸¹, cuando la imagen fuera como el modelo anhelado¹⁸².

* * *

En resumen. La ‘originalidad’ de Dios (“Dios es único o no es Dios”) se encuentra en su vida divina. Divina porque en ella no hay desigualdades, no hay mayor ni menor, y no hay solitarios inactivos. Divina porque en el misterio de esta vida el Padre es generosidad total y absoluta. Porque es generoso tiene un Hijo, uno igual a Él; sin embargo, la generosidad absoluta lo hace llamar a alguien que es distinto a ellos (= Padre e Hijo) a compartir su vida y a compartir con él (= el hombre) todas sus riquezas. Cuando el hombre falló a tales intenciones divinas, Dios no se echó atrás, y continuó elevando a la Imagen hasta lo que es el modelo y procurando que la carne llegará a vivir la comunión con Dios.

180 Clemente de Alejandría, *Strom.*V, I PG 9,19.

181 Gregorio Nacianceno, *Los cinco discursos teológicos* 28,4.17.

182 “En mi opinión, se podrá descubrir cuando esto, que es semejante a Dios y divino, me refiero a nuestra inteligencia y razón se mezcle con el ser al que está emparentado y cuando la imagen se haya remontado a su arquetipo hacia el cual ahora tiende”. Gregorio Nacianceno, *Los cinco discursos teológicos*, 28,4.



PARTE II

**Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios, nacido del Padre
antes de todos los siglos:
Dios de Dios, Luz de Luz, Dios
verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado, de la misma
naturaleza que el Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros los hombres
y por nuestra salvación
bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María, la Virgen,
y se hizo hombre;
y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato:
padebió y fue sepultado,
y resucitó al tercer día, según las
Escrituras,
y subió al cielo,
y está sentado a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.**

I. “Creo en Jesucristo”: Busca en el hombre al hombre y encontrarás la Imagen de Dios¹⁸³

La finalidad de toda la historia de Israel y de toda la historia humana era, por tanto, ilustrar la llegada de Dios al Hombre¹⁸⁴ y de comunicarnos la vida como misterio de comunión perfecta que no conoce desigualdades, ni confiesa que hay menores y mayores. El Padre nos ha dado a su Hijo y nos lo ha dado para “ser lo que el hombre es para que el hombre pueda ser lo que es Cristo”¹⁸⁵. El Hijo es conocido en el hombre, pues el hombre no podía conocer de otro modo a Dios. Así lo confesamos, así lo creemos: en la humanidad de Cristo se revela el Hijo del Eterno Padre.

Al confesar la presencia del Hijo entre los hombres, lo primero en lo que debemos detenernos es que Él tiene un nombre: Jesús. Jesús es “un vocablo hebreo y significa *salvador*; es decir, que ha tomado para sí una humanidad.”¹⁸⁶ Los nombres *Jesús* y *Cristo* son nombres de *hombre*¹⁸⁷ y designan el medio por el cual Dios puso en orden todas las cosas¹⁸⁸.

Al pronunciar en nuestra confesión de fe: *Creo en Jesucristo*, estamos confesando que los frutos que brotan de la humanidad del Nazareno delatan que la vida, los pensamientos y las acciones de Jesús están ‘enraizados’ en Dios. Así, aquel que recibió el bautismo, quitó los pecados (cf. Jn. 1,29); quien fue tentado, venció (Mt. 4, 2-11); quien sufrió hambre (Mt. 4,2) alimentó a muchos millares de hombres (Mt. 14,13-21) quien tuvo sed (cf. Jn. 4,6) prometió llegar a ser fuente de vida (Jn. 4,14); quien se cansó (Jn. 4,6) fue reposo para los fatigados (Mt. 11,28); aquel que durmió increpó a los vientos y elevó a Pedro que se hundía (Mt. 8,23-27; 14,30-31). “Ora, pero escucha los ruegos de los demás (cf. Mt. 8,13). Lloro (Jn. 11,35), pero hace cesar las lágrimas. Pregunta dónde ha sido puesto Lázaro (Jn. 11,34), porque era hombre; pero resucita a Lázaro (Jn. 11,43-44) pues era Dios. Es vendido a muy bajo precio (treinta monedas; Mt. 26,15) pero rescata al mundo, y a gran precio de su propia sangre (1 Pe. 1,19; 1 Cor. 6,20)”¹⁸⁹.

Es llamado ‘Hombre’ no sólo para ser comprendido por los corporales –su incomprensible naturaleza no podía de ser otro modo comprendida–, sino también para santificar al hombre: “Santificar la naturaleza humana, viniendo a ser como una levadura para toda la masa y uniendo a sí todo lo que había sido condenado para liberarlo de la condenación y haciéndose por el bien de todos todo cuanto somos nosotros –exceptuando el pecado– a saber: cuerpo, alma y mente”¹⁹⁰.

183 Agustín de Hipona, *Serm.* 229V, en *Obras completas de san Agustín XXIV... op. cit.*

184 “Cristo es el fin de la ley y de los profetas” Cirilo de Alejandría, *De adoratione in spiritu et veritate* III PG 68, 268A.

185 Cipriano de Cartago, *Los ídolos* 10-12, en *Obras de san Cipriano... op. cit.*

186 eodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* II,1. III,3

187 “Jesús’ en cambio, es nombre de hombre que tiene su propia significación de salvador”. Justino, *II Apol.* 5,4.

188 Justino, *II Apol.* 5, 3.

189 Gregorio Nacianceno, *Los cinco discursos teológicos*, 29,20.

190 Gregorio Nacianceno, *Los cinco discursos teológicos*, 30,21.

La humanidad de Jesús nos abre, como una puerta, el misterio de su persona. Los frutos que vemos en ‘el que es verdadero hombre’ son debido a que Él es Receptor de todo lo que la ‘santificante presencia del Espíritu’¹⁹¹ le otorga. Por eso, se le llama a Jesús el Cristo, porque a través de su vida ‘salva’ (=Jesús) y ‘santifica’ (= Cristo, constituido como Sacerdote):

“Análogamente el nombre ‘Jesús’ viene de salvación, pues nos infundió el unguento divino, para dar la salvación cierta a los enfermos y devolver a los perdidos la salud perpetua”¹⁹².

Jesucristo acoge los dones del Espíritu, lo que el Padre le entrega, le da y le participa. Si Jesús en la historia es apertura y recepción de lo que el Padre le ha confiado, es porque lo es así desde la eternidad. En la vida de Jesús llegamos a entender que a la total donación y generosidad del Padre, corresponde la total Recepción del Hijo¹⁹³. Ser Hijo es estar dispuesto a aceptar todo lo que viene del Padre.

* * *

II. “Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre por quien todo fue hecho”

“Tras haber mostrado quién es Jesús –que salva al pueblo– y quién es Cristo –el constituido ‘Sacerdote para siempre’ (Heb. 6,20)–, veamos ahora de quién se afirma estos nombres: ‘su único Hijo nuestro Señor’ Así se nos enseña que este Jesús (...) y Cristo (...) es el único Hijo, nuestro Señor. Para que no pienses que aquellos vocablos humanos te enseñan algo terreno, se añade que éste es el ‘único Hijo de Dios, nuestro Señor’”¹⁹⁴.

¿Qué significa, o cómo pensar, que Dios tenga un Hijo? ¿Cómo concebir a este Hijo? Ante todo, debemos decir lo que significa ser Hijo. Si el Padre es la total Generosidad, el Hijo es Aquel que en la Familia divina es la total Receptividad.¹⁹⁵ Recepción de la vida y de la verdad, de aquella Vida que no conoce la muerte, ni la debilidad, ni el fracaso ni la esclavitud. De la vida que es fuerza revestida de gloria; que es libertad inundada de luz¹⁹⁶.

191 “Es Cristo, por causa de su divinidad; ésta es, en efecto, la unción de la humanidad, una unción que santifica no por operación, como los demás ungidos (cf. Éx. 30,30; I Sam 10,1) sino su presencia del que todo entero unge”. Gregorio Nacianceno, *Los cinco discursos teológicos* 30,21.

192 Rufino de Aquileia, *Expos. Symb.* 6-7.

193 Cf. X. Pikaza, *Trinidad y comunidad cristiana... op. cit.* pp. 232.233.236-238.

194 Rufino de Aquileia, *Expos. Symb.* 6.

195 X. Pikaza, *Trinidad y comunidad cristiana... op. cit.* 232.

196 “En efecto, Uno nace de Uno, como único es el esplendor de la luz y única la palabra del

El Hijo recibe todo del Padre al punto de llegar a ser su Imagen. Esto es, llega a reproducir perfectamente los mismos gestos y movimientos de Aquel que lo engendra. Es Imagen perfecta o el Espejo inmaculado de Dios, en Él los mismos gestos, pensamientos, y deseos -sin la mínima diferencia- son los del Padre¹⁹⁷. Es Imagen, pero no una Imagen muda, pues es Palabra (Jn. 1,1) y en cuanto tal manifiesta “la intimidad del Padre a las almas”¹⁹⁸; no es insensible, pues es Sabiduría (I Cor. 1,24) por esto revela a todos el conocimiento de los misteriosos y ocultos contenidos del Padre¹⁹⁹. Es Imagen pero no inactiva, pues es Fuerza que transforma y pone todo en movimiento; no está vacía, pues es vida (Jn. 11,25; 14,6); no es Imagen ofuscada u opaca pues de su Luz hemos sido iluminados²⁰⁰; en fin, no está muerta, pues es la Resurrección (Jn. 11,25)²⁰¹.

* * *

Este Hijo es único, esto significa que aun cuando lo hayamos visto en la carne no podemos pensarlo perfectamente. Si el misterio del hombre es ya de por sí algo que nos supera, cuánto más si este misterio pertenece directamente a Dios. Por eso, al decir ‘único’ decimos que es ‘Omnipotente’²⁰², lo que es lo mismo decir que a este Hijo nada lo agota, ni nada lo acaba; pues es de Aquel a quien nada ni nadie no lo puede abarcar.

Es Hijo único de un Padre único; pues quien ha hecho que su Hijo sea único es el mismo Padre. Él le ha dado todo, lo ha generado, pero no lo pretende reducir a un esclavo suyo,²⁰³ ni quitarle lo suyo propio, de tal manera que uno sea el otro y que así formen solo una persona²⁰⁴. Por esta sencilla razón, “tras haber engendrado al Hijo, el Padre permaneció sin sufrir cambio alguno: engendró la Sabiduría, sin devenir ignorante, engendró al Poder, sin perder fuerza; engendró a Dios sin despojarse de la divinidad... ¡ Nada perdió por disminución o cambio! Tampoco falta nada al

corazón (...) Único, por tanto, es el Hijo. Y aunque en gloria, eternidad, señorío, poder es lo que el Padre es, tiene todo esto, sin embargo, no es autor –como el Padre– sino del Padre, en cuanto Hijo”. Rufino de Aquileia, *Expo. Symb.* 6.

197 Orígenes, *I Principi* (a cura di M. Simonetti, Torino, 1989). En adelante, *De princ.*

198 Agustín de Hipona, *La fe y el símbolo de los Apóstoles* III,3 –versión de Claudio Bovevi– en *Obras completas de san Agustín XXXIX* (Madrid, 1988).

199 Orígenes, *De princ.* Praef. 3-4.

200 Agustín de Hipona, *La fe y el símbolo de los Apóstoles* IV,6.

201 “Por medio de esta Imagen (=el Hijo de Dios) el Señor muestra al Padre a Felipe diciendo: ‘Felipe, quien me ve, ve al Padre; ¿cómo dices: ‘muéstranos al Padre’?, ¿no crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?’ (Jn. 14, 9-10). Ve pues, en la ‘Imagen’ al Padre, quien ve al Hijo. ¿Ves cuánto dice la Imagen? La Imagen es la ‘Verdad’, la Imagen es la ‘Justicia’ de Dios (cfr. I Cor. 1,30); la Imagen es la ‘Fuerza’ de Dios (I Cor. 1,24). No es ‘Imagen’ muda, pues es el Verbo (Jn. 1,1); no es insensible pues es ‘Sabiduría’ (I Cor 1,24); no es inactiva, pues es la Fuerza; no está vacía, pues es la ‘Vida’ (Jn. 11, 55; 14,16), no está muerta, pues es la Resurrección (Jn. 11,25)”. Ambrosio de Milán, *De Fide* I, VII,50 PL 16, 562BC.

202 Agustín de Hipona, *Sermón a los Catecúmenos* III,8 en *Obras completas de san Agustín XXXIX... op. cit.*

203 “El Padre es designado en la Sagrada Escritura omnipotente y Señor de todas las cosas. Pero no en el sentido de que el Hijo pertenezca a lo que está sometido a su Imperio y señorío universal: Aquel domina sobre los seres con el Padre siendo también por tanto todopoderoso y Señor”. Cirilo de Alejandría, *Thesaurus de sancta et consubstantiali Trinitate* I, PG 75, 26.

204 Tertuliano, *Adv. Prax.* X,3.

engendrado, siendo más bien perfecto y Dios como su genitor”²⁰⁵.

El Hijo es único porque aun cuando es engendrado de Dios Padre no lo hace sufrir, ni lo cambia, no le arrebató lo que le otorga, no disminuye la riqueza que posee. Ser engendrado no equivale en Dios a empobrecer la vida divina, ni a disminuir la fuerza del amor, mucho menos en alterar las relaciones de perfecta comunión... No significa que ahora el Hijo es Sabiduría y el Padre ignora que el Verbo sea poder y el Padre impotencia.

Esto es lo que hace al Hijo ser Luz de Luz, ‘Dios verdadero de Dios verdadero’, pues en el Hijo se revela, se ilumina, resplandece la grandeza de recibir sin arrebatar, de brillar sin opacar, de ser Fuerza sin disminuir, de ser Sabiduría sin hacer ignorantes.

En el Hijo se nos revela que en Dios no es más el que da que el que recibe, que no es mayor el que Engendra que el Engendrado, ni mayor el que otorga que el que recibe²⁰⁶. Cuán sublime, divino, es el Padre que es generoso como el Hijo que es acogida. Es esto y sólo esto lo que nos permite comprender que Dios haya llamado a la vida divina al hombre que sólo tiene que abrirle paso al don que Él le da. Y es el mismo Hijo del Eterno Padre que llega a demostrar al Hombre lo sublime de la vida divina, la cual se halla al abrirse al Padre que quiere hacer al Hombre partícipe de sus más sagradas, divinas y sublimes riquezas. En Cristo, Dios viene a enseñarnos que se es tan divino como lo es Él en la medida que se sea tan humano como Jesús, en la medida que no nos parezca vergonzoso ubicarnos en una vida en la que se experimente lo sublime de la donación, entrega y de la acogida.

* * *

III. “Por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen y se hizo hombre”

El proyecto de Dios consistió en hacer al hombre partícipe de la vida divina, de esa vida que consiste en la entrega total y de la total acogida. Para realizar tal proyecto, Dios debía no sólo esperar que el hombre tuviera una cierta preparación sino llegar también a Él. Por eso, para cumplir tal plan, vino el Hijo.

Cuando decimos que ‘bajó del cielo’, estamos confesando que Dios toma un camino para encontrarse con el hombre; un camino distinto, no opuesto, a aquella gloria y majestad que posee en cuanto Dios. No decimos que el Hijo cambia o se transforma o renuncia a lo que Él es²⁰⁷, sino que el Hijo que poseía la plenitud de las riquezas divinas, toma la carne y, sin

205 Cirilo de Jesurán, *Cateq.* XI,18.

206 “No es más el que da (Padre) ni menos el que recibe (Hijo); tan divino es dar como acoger”. X. Pikaza, *Trinidad y comunidad cristiana... op. cit.* 232.

207 Cirilo de Alejandría, *Epístola 4 a Nestorio* PG 77,46.

disminuirse ni aumentarse, sin quitar ni añadir nada, toma la condición humana para comunicarnos la plenitud de la vida: “en la palabra ‘carne’ hay que entender a todo el hombre, al que el Hijo de Dios se unió en el seno de la Virgen, cuando fue fecundada por el Espíritu Santo sin perder jamás su virginidad (...) Por eso, al nacer verdaderamente Hombre, sin dejar de ser verdaderamente Dios, nuestro Señor Jesucristo, ha realizado en sí el origen de ‘una nueva creatura’ (cf. Ef. 2,15; 4,14), y en el modo de su nacimiento ha dado a la humanidad un principio espiritual”²⁰⁸.

Así como el Hijo no dañó ni disminuyó en nada al Padre al ser engendrado, así tampoco cuando toma el camino de unir a sí perfectamente la condición humana no pierde nada de lo que posee, ni disminuye en nada al hombre del cual toma la condición humana. Propio del Hijo es tomar sin disminuir y recibir sin arrebatar: lo que se ha realizado en la gloria divina se nos pone ante nuestros ojos con toda claridad en la realidad humana. Y así cuando “asumió una carne de órganos humanos (femeninos) no avergonzó a quien los creó...¡Nada hay de impuro en la gestación del hombre (...)! Pues, fueron manos divinas las que hicieron al hombre y a la mujer! Ningún miembro del cuerpo es originalmente impuro (...)”²⁰⁹.

Toma todo de la Madre sin disminuir en nada su integridad: “esta novedad fue antiguamente prefigurada por aquella disposición divina, que hizo nacer al hombre de una virgen: la tierra, no violada aún por la obra humana, ni sometida a la semilla, era virgen, cuando el hombre fue formado por Dios como ‘alma viviente’ (cf. Gén. 2,5-7; I Cor. 15,45a)²¹⁰. De este modo, “como la palabra que daba la muerte penetró en la virgen Eva, así la Palabra de Dios, constructora de la Vida, debía penetrar en una Virgen, a fin de que lo perdido fuese salvado por medio del mismo sexo: había creído Eva a la serpiente (Gén. 3,1-7), creyó María a Gabriel, cancelando la fe de esta (=María) el pecado cometido por la incredulidad de aquella (=Eva)”²¹¹.

Al tomar la carne de María, el Hijo acepta hacerse uno como nosotros: ser llevado de la mano por el hombre; mamar del pecho de su madre; callar en las noches de Nazareth, someterse a un nacimiento, a una generación como la nuestra²¹²:

“¿Te maravilla esto? ¡Maravíllate aún! Da a luz la Madre y Virgen, fecunda e intacta; es engendrado sin padre, quien

208 León Magno, *Hom.* 27,2.

209 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XII, 26. Traducción de Santos Sabugal, *Credo. La fe de la Iglesia... op. cit.* 364.

210 Tertuliano, *La chair du Christ* 17,2 (Introduction, texte critique, traduction et commentaire de Jean-Pierre Mahé, Paris, 1975). En adelante, *De carn. Christ.*

211 Tertuliano, *De carn. Christ.* VII,5.

212 “Se sometió, pues a una generación como la nuestra y en cuanto hombre, procedió de mujer sin renunciar a lo que era, continuando siendo lo que era –Dios por naturaleza y de verdad– cuando se hizo hombre y tomó carne y sangre”. Cirilo de Alejandría, *Epístola a Nestorio* XVII PG 77, 110C.

hizo a la Madre; el Hacedor de todo se hace uno entre todos; es llevado en las manos de la Madre el Rector del Universo. Mama el pecho quien gobierna los astros; calla, quien es el Verbo”²¹³.

Tomar el camino de la carne significaba elegir el camino de la fragilidad, al colmo de necesitar pañales; de experimentar la pobreza y toda indigencia propia de la fragilidad humana; en fin, saberse débil. Todo lo hizo para que nosotros llegáramos a ser adultos: “Él ha sido pequeño, Él ha sido niño, para que tú puedas ser varón perfecto; Él ha sido ligado con pañales, para que tú puedas ser desligado de los lazos de la muerte; Él ha sido puesto en un pesebre, para que tú puedas ser colocado sobre los altares. Él ha sido puesto en tierra, para que tú puedas estar entre estrellas; Él no tuvo lugar en el Mesón para que tú tengas muchas mansiones en el cielo (cf. Jn. 14,2). Él, siendo rico, se ha hecho pobre por vosotros, a fin de que su pobreza os enriquezca (II Cor. 8,9). Luego mi patrimonio es aquella pobreza y la debilidad del Señor es mi fortaleza. Prefirió para sí la indigencia, a fin de ser pródigo para todos. Te purifican los llantos de aquella infancia que da vagidos, aquellas lágrimas han sido mis delitos. Soy pues Señor Jesús más deudor tuyo por las injurias que has sufrido por redimirme que por las obras que has realizado al crearme. ¡De nada serviría nacer, si nouviésemos el beneficio de la Redención!”²¹⁴.

De este modo, toma la humana naturaleza, sus facultades, las del cuerpo y las del alma²¹⁵, acepta pasar por la experiencia del hambre, del sueño, del dolor, de la ignorancia; acepta poseer una voluntad y una capacidad humanas para comunicar la vida de Dios. En Cristo hecho carne Dios nos amó con un corazón, con sentimientos y con voluntad de hombre para que el hombre encuentre en el camino humano el medio para llegar a ser Dios:

“Sí, la Palabra de Dios llegó a ser hombre, a fin de que tú, siendo hombre puedas aprender, con arte, cómo el hombre llega a ser Dios”²¹⁶.

Ha sido el amor por la humanidad tan característico de la naturaleza divina el único motivo de la presencia de Dios en la humanidad²¹⁷. Y así el hombre se va introduciendo en los beneficios de la vida divina que recibe

213 Quodvultdeus, *Serm. III de Symb.* IV. Traducción de Santos Sabugal, El Credo. La fe de la Iglesia... *op. cit.*, 388.

214 Ambrosio de Milán, *Tratado sobre el Evangelio de san Lucas* II, 4

215 “Por nuestra salvación aceptó devenir hombre y manifestarse a todos, tomando sobre sí cuanto pertenece a la naturaleza del hombre para, probado en todas sus facultades, perfeccionarla con su poder”. Teodoro de Mopsuestia, *Hom. Cateq.* V, 5.

216 Clemente de Alejandría, *Cohortatio ad gentes* I PG 8,66.

217 “Si pues el amor a la humanidad es una marca propia de la naturaleza divina, ya tienes la razón que buscabas, ya tienes la causa de la presencia de Dios entre los hombres”. Gregorio de Nisa, *La gran catequesis* XV, 2.

de Cristo mismo. En Él, Dios busca que la historia se encuentre en movimiento, en el dinamismo de la vida divina. Dios mismo ha podido experimentar que las relaciones de los hombres no se mueven dentro de ese ritmo de perfección. Los hombres y las mujeres poseen los límites propios de la historia; la introducción del pecado por el primer hombre dejó a la humanidad en esta condición.

Al introducir al hombre en un nuevo ritmo, la vida humana se tiene que liberar de todas aquellas manifestaciones egoístas, a nivel social, religioso y personal, que hacen al hombre un esclavo de sí mismo, un incapaz de dar y de recibir, un esclavo de lo inmóvil (=contrario al dinamismo divino), y de la impotencia (=contraria a la fuerza de Dios)²¹⁸. La esclavitud de la que el hombre es rescatado es el pecado de querer someterlo todo a sí mismo; el impulso del egoísmo que lo hace actuar contra lo que significa el amor compartido.

Las relaciones de los hombres con Dios y de los hombres entre sí se alteraron por la avaricia, la ira, la impiedad; esto produjo heridas profundas en el hombre y entre los hombres. El pecado enfermó al hombre y sus relaciones se desviaron pues no había quién obrara el bien (Ps. 13,2; Rom. 3,12): “¡Gravísima era la herida de la humanidad, toda ella enferma y sin adecuada medicina! De ahí la voz de los profetas: ¿Quién traerá desde Sión la Salvación? (Ps. 13,7); y otra vez ‘ ¡Que tu mano esté sobre el varón de tu diestra y sobre el Hijo del hombre, a quien fortaleciste para no nos apartemos de ti !’ (Ps. 79,18), otro profeta clamaba: ‘¡Inclina los cielos, Señor, y baja!’ (Ps. 143,5). Como las heridas de la humanidad supuraban todos nuestros remedios (...) el Señor oyó las súplicas de los profetas. El Padre no despreció nuestra raza perdida sino que envió al mundo a su propio Hijo como médico y Señor...”²¹⁹

Jesús ha introducido al hombre en la vida según Dios: curándolo, sanándolo de todo lo que enferma al hombre, de lo que mengua y lo hace menos capaz de Dios pues es menos capaz de sí mismo: “¡Para eso el Hijo de Dios asumió al hombre y en Él padeció los achaques humanos! Esta medicina de los hombres es tan alta, que no podemos ni imaginarla. ¿Qué orgullo podrá curarse si no se cura con la humildad del Dios? ¿Qué avaricia podrá curarse, si no se cura con la pobreza del Hijo de Dios? ¿Qué iracundia podrá curarse si no se cura con la paciencia del Hijo de Dios ? ¿Qué impiedad podrá curarse si no se cura con la caridad del Hijo de Dios? (...)

218 “Quien, pues, debía matar el pecado y redimir al hombre, –reo de muerte–, tenía que devenir lo que era el hombre –reducido a la esclavitud por el pecado y sometido al poder de la muerte–, a fin que el pecado fuese matado por el hombre y éste fuese librado (cf. Gál. 5,15; Rom. 8,13; Hebr. 2,14) Como por la desobediencia de un solo hombre –quien fue plasmado al principio de la tierra virgen (cfr. Gén. 2, 5.7)– devinieron muchos pecadores, así, por la obediencia de un solo Hombre –quien al principio fue engendrado de la tierra virgen, debían muchos ser justificados y recibir la salvación”. Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* III, 18,7 PG 7, 938. Hay traducción en español Ireneo de Lyon, *Contra las herejías* (Traducción de Jesús Garitaonandia Ch., Sevilla, sin fecha)

219 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XII, 7-8.

¡Levante su esperanza el género humano y reconozca su naturaleza, viendo que alto puesto ocupa entre las creaturas de Dios!: ¡No os menospreciéis, varones, pues el Hijo de Dios asumió el varón! ¡No os menospreciéis, mujeres, pues el Hijo de Dios nació ‘de mujer’ (Gál. 4,4)”²²⁰.

Con justa razón se dice que la muerte, que es el máximo grado de imposibilidad para que la Vida fuera posible, ha sido eliminada. La muerte, en efecto, no permitía ni dar, ni recibir, pues con ella el hombre vivía en corrupción. La corrupción significaba no únicamente la descomposición física sino también la desorientación en las relaciones y por tanto la condena del hombre al abandono, con el peligro de desaparecer.

Dios no soportó “que la muerte nos dominara, que pereciese su creatura y fuese inútil la obra realizada por el Padre, creando a los hombres”²²¹. La muerte fue vencida por la vida, por la ‘fuerza de la vida’²²², por la comunión que ahora se realiza con Dios y con los hombres²²³.

La invitación a esta vida, que el mismo Cristo nos ha traído, la realiza no con la fuerza, ni con la violencia; no la provoca con el temor ni con la imposición; Dios obra la vida procurando el diálogo, uniendo a sí lo que quiere salvar, pues “¡lo que no ha sido asumido no ha sido curado! Sólo lo que está unido a la Divinidad ha sido salvado”²²⁴, bendiciendo al hombre que en su debilidad se siente condenado, no ruborizando al frágil sino extendiendo la mano para que el caído se levante, no hiriendo sino sanando, no humillándolo sin inclinándose al hombre²²⁵. San Basilio Magno con gran elegancia y verdad exclamaba en una de sus homilías:

“¡Dios sobre la tierra! ¡Dios entre los hombres! Y no dictando leyes y aterrorizando a los oyentes mediante el fuego, la trompeta, el monte humeante, la nube y la tempestad (Ex. 20,16-24), sino dialogando mansa y suavemente con los que tienen la misma naturaleza que la suya. ¡Dios en la carne! Y no obrando a intervalos, como en los profetas, sino uniendo

220 Agustín de Hipona, *El combate cristiano* XI, 12 –versión e introducción de P. Lope Silleruelo– en *Obras completas de san Agustín* XII (Madrid, 1973).

221 Atanasio, *De incarnat. Verbi* 8.

222 “Pues el Logos que era Dios se hizo carne, para que, muriendo en la carne, nos devolviese la vida con su fuerza”. Atanasio, *Oratio I contra Arianos* 44 PG 26,103.

223 “Cristo unió, pues, al hombre con Dios, realizando la comunión y el acuerdo entre Dios y el hombre, porque no habríamos podido, en absoluto, obtener la participación segura en la incorruptibilidad, sino hubiera venido el Verbo a habitar entre nosotros”. Ireneo de Lyon, *Demostración de la predicación apostólica* 31.

224 Gregorio Nacianceno, *Epist.* 101 PG 37, 182-183.

225 “El que es un Dios igual al Padre, nació humilde del Espíritu santo y de la Virgen María, para sanar a los soberbios. El hombre se ensoberbeció y cayó. Dios se humilló y lo levantó. ¿Qué es la humildad de Cristo? Dios que alargó su mano al hombre caído. Nosotros caímos, pero se abajó a nosotros; nosotros yacíamos y Él se inclina: ¡Agarrémonos a Él y levantémonos para no incurrir en el castigo. Luego su humillación consiste en que ‘Nació del Espíritu Santo y de la Virgen María’. Su mismo nacimiento humano es humilde y excelso. ¿Por qué humilde? Porque nació de Hombre de los hombres. ¿Por qué excelso? Porque nació de la Virgen. Una Virgen lo concibió, una Virgen lo dio a luz y después del parto permaneció Virgen” Agustín, *Sermón a los Catecúmenos sobre el símbolo de los Apóstoles* III, 6 –versión de Teodoro Madrid– en *Obras completas de san Agustín* XXXIX... *op. cit.*

a sí la humanidad y, mediante su carne, atrayendo a sí todos los hombres...(...) Dios está en la carne: para santificar esta carne, maldecida, ruborizar la carne débil, unir con Dios la carne alejada de Él, llevar al cielo la carne caída”²²⁶.

* * *

Por medio del camino humano Dios incorpora al hombre a la comunión, a esa dinámica del Dar y Recibir; a ese ritmo que vence todo egoísmo e imposibilidad de entregarse y de entregar. En pocas palabras, “Él se ha incorporado a nosotros, y a nosotros nos ha incorporado a Él, de modo que el descenso de Dios al mundo de los hombres fue una elevación del hombre hasta el mundo de Dios”²²⁷.

La misión de Cristo fundamentalmente consistía en hacer entrar al hombre en la comunión con el Padre y por eso entra en comunión con nosotros; por ello, vive cada edad a fin de que el hombre en cada edad²²⁸ pueda saber que es integrado no disperso, liberado no esclavizado, sano no enfermo, incorporado no marginado.

La solidaridad radical con nosotros lo lleva a tener la experiencia de la muerte: “El nacimiento implica la muerte. Quien decidió formar parte de la humanidad, debía atravesar necesariamente los momentos propios de nuestra naturaleza. Por tanto, y dado que la vida humana está comprendida entre dos límites, si Dios hubiese entrado en el primero –nacimiento– sin alcanzar el segundo –muerte– límite, su diseño habría quedado incompleto por haber asumido sólo uno de los dos estados que caracterizan nuestra naturaleza. Quizá expresáramos con más exactitud el misterio, diciendo que el nacimiento (del Señor) no causó su muerte, sino al contrario: a causa de la muerte, Dios asumió el nacimiento.²²⁹ El eterno se sometió, pues, al nacimiento corporal, no por la necesidad de vivir sino por el deseo de reclamarnos de la muerte a la vida”²³⁰.

Gregorio de Nisa ve la muerte de Cristo como nacimiento. Esto quiere decir que la humanidad de Cristo fue ‘gestándose’ en una historia completa y que finalmente nació desde el seno de una tumba que no había sido usada por nadie.

Sin embargo, más que ubicar la muerte dentro del largo proceso de llegar a ser hombre en plenitud hay que situarla en el misterio de su misión. Una misión que se caracterizó por una vida en beneficio de los demás, en

226 Basilio Magno, *Homilía in sanctam Christi generationem*, 2 PG 31, 1459.

227 León Magno, *Hom.* 27,2.

228 “Pues, ¿cómo podríamos participar de la filiación divina si no hubiéramos recibido, mediante el Hijo, la comunión con el Padre, si no hubiese entrado en comunión con nosotros el Logos, haciéndose carne? ¡Por eso pasó Él por toda edad, restituyéndonos a todos la comunión con Dios!”. Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* III, 18,7 PG 7,937.

229 “El Hijo de Dios no tuvo otra razón de nacer que la de poder ser clavado en la cruz. En el seno de la Virgen María, en efecto, tomó la carne mortal en la que se realizó la economía de la pasión”. León Magno, *Hom.* 48,1.

230 Gregorio de Nisa, *La gran catequesis* XXXII,2-3.

una existencia por el hombre. Porque su vida fue una vida para los demás, es que Jesús encadena lo que encadenaba al hombre; libra a los débiles, expulsa a los demonios de aquellos que están poseídos; limpia a los leprosos, da luz a los ciegos, hace andar a los cojos, reanima a los muertos (Mt. 11,5), somete a su Reinado a los elementos naturales (cf. Mc. 4, 39-41 par); obliga a humillarse a los infiernos²³¹. Por el hombre, Cristo luchó y por él venció.

En la realización de este proyecto experimentó la oposición. Los judíos, en efecto, creían que actuaba como un mero hombre movido por el poder de la magia (cf. Mc. 3,22.30; 6, 2-3 par); se opusieron abiertamente a la Sabiduría que venía de su doctrina y condujeron a Jesús a un proceso.

La oposición de los adversarios hacía a Jesús asumir con mayor radicalidad su vida en beneficio de los demás. Su muerte se iba anunciando como el acto de beneficio más radical de Dios en el complejo drama humano. Con justa razón se anunciaba en los personajes del Antiguo Testamento que quien es justo termina perseguido por sus hermanos: "Quien fue matado en Abel; atado en Isaac; siervo en Jacob; vendido en José, abandonado en Moisés; inmolado en el Cordero; perseguido en David y deshonrado en los profetas (...) Él es quien fue colgado en un madero, sepultado en la tierra. Él es el Cordero sin voz y degollado –nacido de María, la inocente Cordera–, el elegido del rebaño, el arrastrado a la inmolación, el sacrificio al atardecer, el sepultado al anochecer. Él es quien fue muerto en Jerusalén, porque curó a los cojos, limpió a los leprosos, llevó a la luz a los ciegos, resucitó a los muertos: ¡Por eso padeció!"²³²

* * *

IV. "Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, padeció, murió y fue sepultado ..."

1. Cristo padeció

A pesar de que toda la vida de Cristo fue de total donación; sin embargo, en su pasión y su muerte se hacen plenas sus anteriores acciones y les dan sentido a éstas, pues en la pasión, libre y voluntariamente, Jesús entrega su vida al Padre. Cristo no sufre la pasión por la avaricia, ni por el homicidio, ni por despreciar la Ley; no sufre porque insulta a las autoridades o por pecar con palabras, obras o deseos, pues " *'no hizo pecado ni se encontró engaño en su boca'* (Is. 53,9). Fue a la pasión no forzado sino voluntariamente (cf. Jn. 10,18); y si alguno dijera aún ahora: '¡Lejos de ti eso Señor!'

231 Cipriano de Cartago, *Los ídolos no son dioses* 13.

232 Melitón de Sardes, *Homilía sobre la Pascua* 59. 70-72 en *I più antichi testi pasquali della Chiesa. Le omelie di Melitone di Sardi dell'anonimo quatordecimano e altri testi* (Introduzione, traduzione e commento di R. Cantalamessa, Roma, 1991).

le respondería como entonces a Pedro: 'Lejos de mí, Satanás!' (Mt. 16,22s). ¿Quieres persuadirte, que fue voluntariamente a la pasión?... ¡Él mismo la predijo reiteradamente ! (cfr. Mt. 26,2; 16,21 par; 17, 22-23 par; 20, 18-19 par)"²³³.

La mirada humana contempla la venta de un hermano (Mt. 26,15), el recorrido de una oveja llevada al matadero (Is. 53,7); la carga que ahora es puesta sobre sus hombros y las heridas que le han hecho en su cuerpo... pero mientras el drama lo organiza el hombre, Dios estaba transmitiendo sus mayores riquezas y, más todavía, se estaba comprometiendo radicalmente con el camino humano. Por esto decimos que 'en la propia carne padeció humanamente quien es impasible por ser Dios'²³⁴. Al afirmar entonces que padeció en la carne, no confesamos que sufriera la naturaleza divina; esto es, no fue menguada la riqueza que Dios comunicaba, no fue disminuida la fuerza de Dios.

La naturaleza divina no sufrió disminución, pues Dios no puede ser agotado aun cuando humanamente lo sea; no es acabado aun cuando se esté confesando que su vida es quitada en la tierra. Esto es lo que nos permite decir que si bien es cierto fue vendido por el "vil precio de treinta monedas; sin embargo, redimió al mundo 'con el gran precio' de su sangre; 'fue conducido como oveja al matadero' (Is. 53,7), pero pastoreó a Israel antes (cf. Ps. 77,71.34) y, ahora, al universo entero; enmudeció 'como un Cordero' (Is. 53,7b), siendo, sin embargo, la Palabra anunciada por 'la voz que clama en el desierto' (Jn. 1,23); fue cargado y herido con dolencias (Is. 53,4ss) pero arrojó la verdadera enfermedad y dolencia (cf. Mt. 8, 16-17), fue llevado a la cruz y clavado en ella, pero nos redimió con el 'árbol de la vida' (Ps. 14,7), salvó al ladrón que pendía también en ella (cf. Lc. 23, 42-43) y entenebreció todo lo visible; se le dio a beber vinagre e hiel (Mt. 27, 34.48) a quien había convertido el agua en vino (Jn. 2, 1-11) y quitó el gusto amargo por ser Él la misma 'dulzura y encanto (de la amada)' (Cant. 5,16); entregó el alma (Jn. 10,18), pero tiene 'el poder de recibirla nuevamente' (Jn. 10,18); se rasga el velo del Templo –¡quedan manifiestas las cosas de arriba!– y las piedras se rasgan (Mt. 27,51) y resucitan los muertos (Mt. 27,52-53)"²³⁵.

Digámoslo de nuevo: "No murió en cuanto Dios" para que por medio de sus heridas, de su cuerpo roto, llagado, crucificado, Dios vertiera para todo el género humano la salvación.²³⁶ Es la paradoja, lo maravilloso, lo que nos confunde, pero lo que todo lo explica: allí donde se veía la muerte, allí donde una víctima inocente dejó de respirar, experimentó la noche

233 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XIII, 5-6.

234 Cirilio de Alejandría, *Epístola* 55 PG 77, 312.

235 Gregorio Nacianceno, *Los cinco discursos teológicos* 20.

236 "Y no tienes por qué avergonzarte, si comprendes bajo qué misterio padeció Cristo: padeció no en la divinidad, sino en la carne. En efecto, Dios es siempre impasible. Ahora bien padeció en la carne, como enseña el Apóstol (I Ped. 4,1), de modo que de su herida manase la salvación del género humano". Nicetas de Remesiana, *El símbolo de la fe en Catecumenado de adultos* (Introducción, traducción de latín y notas de Carmelo Granado, Madrid, 1992).

del abandono, Dios Padre, más que en ningún otro momento estaba comunicando la Vida y el Hijo Encarnado recibéndola.

“No murió en cuanto Dios”, pues el Hijo que había tomado la naturaleza del hombre no se separó de ella, no la dejó abandonada, “ni siquiera cuando murió; al contrario, permaneciendo con Él por la operación de la gracia la arrancó a la muerte y a la corrupción de la tumba, lo resucitó”²³⁷.

Fue roto a jirones su cuerpo, para que ahora todo espacio del mismo pudiera comunicar la Vida que recibe. Orígenes comprendió muy bien que el anonadarse de Dios ha venido a colmar de su suave olor al mundo. De modo que “si no hubiera hecho desvanecerse el perfume, esto es la plenitud del espíritu divino, y no se hubiera humillado hasta la condición de esclavo, nadie hubiera podido acogerlo en aquella plenitud de la divinidad”²³⁸. La muerte de Cristo se asemeja al rompimiento de un frasco aromático en una habitación, que permitió que el olor de la divinidad pudiera ser percibido por todo el mundo creado.

Confesamos, entonces, que “quien murió –en la cruz– no fue sólo un Hombre sino el Hijo de Dios humanizado” (Cirilo de Jerusalén). Esto significa dos cosas; por un lado, que el Hijo del Eterno Padre se apropia, hace suya la experiencia del sufrimiento humano al punto que quien sufre, quien llora, quien agoniza es el Hijo²³⁹; pero, por otra parte, debemos confesar que el Hijo, al apropiarse la muerte, no deja de comunicarnos la Vida, de sostener aquella humanidad que había sostenido siempre.

El beneficio que trajo su muerte no está dirigido a algunos pocos como lo realizado en su vida terrena, sino que ahora los beneficios son para todos los hombres: “Gloria de la Iglesia ciertamente es toda la obra de Cristo: ¡pero la gloria de las glorias es la Cruz! Sabiendo bien esto, decía Pablo: ‘Lejos de mi gloriarme de otra cosa que no sea la Cruz de Cristo’ (Gál. 6,14). Cosa admirable fue la curación del ciego de nacimiento en Siloé (cf. Jn. 9,1ss), pero, ¿qué es esto comparado con los ‘ciegos del orbe’? Grandísimo milagro fue la resurrección del cuatridiano difunto Lázaro (cf. Jn. 11,17ss) pero, ¿qué es esto en comparación con los muertos por el pecado en todo el orbe? (...) Fue grande portento el que una mujer fuera liberada del demonio tras haber sido dieciocho años por él tiranizada (cf. Lc. 13,11-13), pero ¿qué es esto si nos miramos a nosotros mismos, amarrados por las cadenas de nuestros pecados? Pues bien: ¡La brillante corona de la Cruz ilumina a los ‘ciegos’ por la incredulidad, libró a los ‘presos’ por el pecado y redimió a todo el mundo de los hombre! No te sorprenda que todo el mundo fuera redimido, pues Quien murió en la Cruz no fue un mero

237 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. Cateq.* V,5.

238 Orígenes, *Comentario al cantar de los cantares* I, 4,28 (Introd. y notas de M. Simonetti, traducción de A. Velasco.)

239 “Siendo el Hijo único de Dios, nuestro Señor Jesucristo, en su totalidad la Palabra y en el Hombre, para decirlo más claramente, Palabra, alma y cuerpo, se aplica a la totalidad el que en su alma estuvo triste hasta la muerte, puesto que quien estuvo triste fue Cristo, el Hijo único de Dios”. Agustín de Hipona, *Serm.* 214,7 en *Obras completas de san Agustín* XXIV... *op. cit.*

hombre sino el Hijo Unigénito de Dios (...); y si entonces fueron arrojados del Paraíso por haber comido del árbol, ¿no entrarán ahora más fácilmente en el Paraíso los creyentes por medio del árbol de Jesús?"²⁴⁰

Las riquezas de la Cruz que brotaron para todos los hombres se nos han dado en el misterio del costado abierto de Cristo. Aquel que muere abre su costado y al abrirlo se forma la Iglesia, se abren los tesoros de la divinidad: "Pues, fue herido su costado, como afirma el Evangelio, y al instante 'brotó sangre y agua' (cf. Jn. 19,34); los sacramentos gemelos de la Iglesia: el agua en que fue purificada la esposa; la sangre, por la que se halló ser dotada"²⁴¹.

En Cristo, los hombres poseídos por la riqueza de su gracia, se abrazan y se reconcilian, la figura de la Cruz lo explica; pues ella "se divide en cuatro partes, de modo que a partir del centro –al que todo el mundo converge–, se cuentan cuatro prolongaciones; y sabemos que Quien se extendió sobre la Cruz en el momento designado por el plan salvífico, es Aquél que abraza y une a sí el Universo, reuniendo mediante su persona las diversas naturalezas de los seres en una sola concordia y armonía. Los seres del mundo existen arriba, abajo o en los confines transversales. Considerando, pues, la composición de los seres celestes, de los subterráneos o de los existentes en los dos confines del Universo, donde quiera se presenta a tu pensamiento la Divinidad, por encontrarse en cada parte de la existencia y abrazar todas las cosas en el ser (...) Puesto que toda la creación le mira y gira en torno a Él; puesto que gracias a Él permanece compacta en sí misma al unirse por obra suya los seres de arriba con los de abajo y los de los lados entre sí"²⁴².

La Cruz elevada sobre los pueblos hace visible la posibilidad real del ritmo de la vida divina en la historia. La Cruz es 'la originalidad de Dios' que nos dice que quien a ella se acerca debe ser consciente de que tan grandes y dignos son los de arriba como los de abajo; los de la izquierda como los de la derecha; ante ella no hay menor ni mayor. En la cruz se le pide al creyente la total generosidad del Padre que con el fin de conservarnos y darnos la Vida, envió a su Hijo para que nos redimiera (cf. Jn. 3,16; 1Jn 4, 9-10; Gál. 4,4-5) y la total disposición del Hijo, que aceptó hacerse hombre, ser llagado, recibir una carga de esclavo y soportar una muerte de Cruz²⁴³.

240 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XIII, 1-2.

241 Quodvultdeus *Serm.* I de *Symbol.* VII. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe de la Iglesia...* *op. cit.*, 479.

242 Gregorio de Nisa, *La gran catequesis* XXXII, 6-8.

243 "(...)Muchas y grandes son, hermanos carísimos, los beneficios que para nuestra salvación ha obrado y sigue obrando la generosa y liberal misericordia de Dios Padre y de Cristo. Pues el Padre, con el fin de conservarnos y darnos 'la vida', envió a su Hijo para que nos redimiera. Y este Hijo quiso ser y hacerse Hombre, para hacernos hijos de Dios, se humilló, para levantar al pueblo caído por tierra; fue llagado, para curar nuestras llagas; se redujo a esclavo para librar a los que estaban en esclavitud, soportó la muerte, para dar la inmortalidad a los mortales". Cipriano, *Sobre las buenas obras y la limosna I en Obras de san Cipriano.*

Por eso, Idelfonso de Toledo con gran precisión ha descrito el signo de la Cruz como el lugar donde se describe “toda la acción cristiana: en la anchura, las buenas obras realizadas en Cristo; en la altura la esperanza de los misterios celestes (...); la profundidad, el estar arraigados y cimentados en la caridad. La anchura de la Cruz es, pues, la práctica de las buenas obras, figurada por la extensión de las manos. La anchura es la perseverancia de las buenas obras, figurada por la extensión de las manos. La anchura es la perseverancia en las acciones buenas, la cual por la paciencia conserva la fuerza del padecer. La altura de la Cruz es la esperanza de los bienes futuros, por medio de la cual (...) se permanece inmutable tanto para perseverar en el sufrimiento como para la numeración por la esperanza verdadera”²⁴⁴.

En torno al misterio de la Cruz, se va realizando el misterio de la integración al dinamismo trinitario. Esta integración se realiza gracias a los efectos que se derivan de la muerte de Cristo:

A) Reconciliación.

En la Cruz se encuentra la reconciliación. Si la vida divina es amor compartido, debe ser vencido lo que impide ese amor. Por esta razón, lo primero que el misterio de la muerte nos otorga es la reconciliación. Destruyó la desobediencia con su obediencia, en la cruz “hizo del ladrón un confesor.”²⁴⁵ Del siguiente modo precisa León Magno lo anterior:

“¿Qué ha hecho, pues ahora, y qué hace en efecto, la Cruz de Cristo sino reconciliar el mundo con Dios, después de haber destruido lo que les oponía el uno al otro (Ef. 2,16), y llamar a todas las cosas a la verdadera paz por el sacrificio del Cordero Inmaculado ?”²⁴⁶

Y en esta lucha para que nadie se oponga a nadie sino que el Hombre pueda reconciliarse con su hermano, Cristo ha esclavizado al Devastador, al Diablo, al que engaña, para que nada obstaculice el camino que conduce a la reconciliación y la paz.

B) Sanación.

Curó las heridas que por el pecado nos hemos hecho personal y socialmente. “¿Pero qué hizo el Médico ? Derribó a un soberbio y levantó a un creyente (Act. 9,1-8); derribó a un perseguidor y levantó a un Apóstol (Act. 9, 18-22).”²⁴⁷ De este modo, Él tomó sobre los hombros la causa del

244 Idelfonso de Toledo, *Liber de cognitione Baptismi* XLVII PL 96,132.

245 Quodvultdeus, *Serm. I de Symbol.* VI. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe la Iglesia...* op. cit., 480.

246 León Magno, *Hom.* 66,3.

247 Quodvultdeus, *Serm II de Symbol.* VI. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe la Iglesia...*

género humano y restableció en su integridad la naturaleza antes perdida; en Él fue suprimida toda debilidad y toda herida fue curada²⁴⁸.

En fin, en la Cruz fue destruido todo egoísmo que no nos ayuda a abrirnos a lo que Dios y los hombres nos puedan comunicar y a lo que nosotros podemos dar.

Si ha sido fundamentalmente el gesto de la muerte de Cristo el que nos ha demostrado lo que significa la vida divina, la Cruz, en vez de avergonzarnos, es motivo de orgullo. Por esto, “nuestros dedos graban atrevidamente su sello en la frente (y hacemos) su señal en toda circunstancia: sobre el pan que comemos y la bebida que bebemos, al entrar en casa y al salir, antes de morir, acostados y levantados, al viajar y durante el reposo. La Cruz (de Cristo) es gran defensa: gratuita para los pobres y ligera para los débiles. La fuerza de la Cruz viene de Dios. Es señal de los creyentes y terror de los demonios. Por medio de ella, en efecto, los derrotó Cristo, exhibiéndolos públicamente”²⁴⁹.

Desde que Cristo fue clavado en la Cruz, la Cruz se elevó entre nosotros para que con nosotros estuviera, caminara y viviera. Agustín de Hipona ha señalado esta verdad en pocas palabras cuando dice: “Él, que entonces fue crucificado por un solo pueblo, está ahora clavado en los corazones de todos los pueblos”²⁵⁰.

* * *

2. Fue sepultado.

Junto a la confesión, “*Fue crucificado, muerto*” añadimos ‘*Fue sepultado*’. ¿Qué estamos confesando cuando hablamos de su sepultura? Agustín de Hipona lo explica así:

“Si alguien te desgarrar el vestido te agravia aunque no te hiera en la carne; y no le reprocharías diciendo: ‘Has desgarrado mi ropa’ sino: ‘¡Me has hecho jirones!’”, diciendo la verdad a pesar de estar ileso en tus miembros. De modo análogo fue crucificado nuestro Señor Jesucristo: es el Señor, Unigénito del Padre Salvador nuestro y Señor de la gloria; sin embargo, ‘fue crucificado’ en su carne; ‘fue sepultado’ sólo en su carne; pues ni cuando lo sepultaron ni en el sepulcro lo acompañaba su alma yaciendo en la sepultura por su carne y solamente. Sin embargo, en ella reconoces tú a ‘Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor...’: ¡Él fue crucificado y sepultado! ¡Cómo! –dirá alguien– ¿Cómo yace allí su carne y dices que es nuestro Señor? Lo digo y lo proclamo, pues aunque mis ojos no vean más que la vestidura, yo adoro a quien la lleva.

op. cit., 480.

248 León Magno, *Hom.* 57,4.

249 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XIII, 36.

250 Agustín de Hipona, *Serm.* 215,5 en *Obras completas de san Agustín XXIV... op. cit.*

Vestidura suya fue su carne, porque ‘teniendo naturaleza de Dios, sin juzgar una usurpación el igualarse a Dios, Él se anonadó tomando naturaleza de esclavo; sin perder su naturaleza divina y ‘se hizo semejante a los hombres, siendo en lo exterior considerado como un hombre’ (cf. Filip. 2, 6-7)”²⁵¹.

¿Cómo es esto, veo a un muerto y lo adoro? La muerte es llevada por la Vida. No nos engañemos, Dios no se avergüenza de haber llevado sobre sí y de ser considerado como un fracasado. Pero si no hubo ningún momento de la vida de Cristo que no fuera salvífico: ¿Cómo decir que el cuerpo muerto transmite salvación? He aquí lo paradójico... lo que nos es difícil entender, pero lo que es fundamental y lo sublime: Dios transmite la Vida aun cuando el hombre contemple muerte; Dios está en Jesucristo; el Hijo no ha abandonado el Cuerpo muerto y está con Él y en Él viviendo la separación, la soledad, el abandono: la muerte.

Por esta razón, cuando te preguntes: ‘¿cómo es posible que el Señor estuvo a la vez en el sepulcro, en los Infiernos y en el Paraíso?’ “Respondemos, diciendo que no hay lugar alejado o inaccesible al Dios, en quien todo tiene consistencia. Otra respuesta: Dios, que había cambiado a todo el Hombre en su naturaleza divina uniéndolo a Él, no se alejó durante su muerte de quien asumió, –pues nunca se arrepiente de sus dones (cf. Rom. 11,29)–; la Divinidad separó voluntariamente –es cierto– el alma del cuerpo, pero mostró permanecer en ambos: pues, por medio del cuerpo que no conoció la corrupción (cf. Act. 2,37.31; 13,35-37), destruyó ‘a quien (el diablo) tenía el señorío de la muerte’ (Hebr. 2,14); y mediante el alma dio al ladrón acceso al paraíso. Realizó, pues ambas cosas al mismo tiempo”²⁵². En el momento de la muerte, la carne muerta la lleva el Hijo del Eterno Padre, lo mismo que el alma en su descenso a los infiernos.

Al Señor no lo sepultaron sus discípulos sino sus admiradores que terminan siendo testigos. El Sepulcro no era del Maestro, pues ni en esto pensó el Señor para sí mismo. A pesar de no poseerlo como propio, era nuevo, pues José, su dueño, no había hecho uso de éste. “Y es que Cristo no tenía un lugar propio para descansar después de la muerte, pues la tumba es algo propio de quienes, por ley, están sujetos a la muerte; el vencedor de la muerte, por consiguiente, no puede tener tumba propia”²⁵³. Su vida humana se inicia en el seno de una Virgen y su humanidad nació para siempre en el ‘nuevo sepulcro’ (Mt. 27, 60)²⁵⁴. Aquel sepulcro también anunciará como lo anunció el seno virginal de María que el que de él iba a manifestarse era el Emmanuel, ‘el Dios con nosotros’.

251 Agustín de Hipona, *Serm.* 213, 4. Traducción de Santos de Sabugal, *El Credo. La fe de la Iglesia...* op. cit. pp. 473-474.

252 Gregorio de Nisa, *In Christi Resurrectionem Oratio I* PG 46, 615D.618A.

253 Ambrosio de Milán, *Tratado sobre el Evangelio de san Lucas* X,140.

254 “Cuando creemos en ser sepultado, eso nos trae a la memoria el sepulcro nuevo, que daría testimonio de que había resucitado a una vida nueva del mismo modo que había nacido de un seno virginal”. Agustín de Hipona, *La fe y el símbolo de los Apóstoles* V,11.

Pero antes de que el corazón de la tierra recibiera el cuerpo del Hijo del Eterno Padre, su cuerpo fue perfumado: “Fue también Nicodemo –aquel que anteriormente había ido a verle de noche– con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas con los aromas, conforme a la costumbre de sepultar (Jn. 19, 39).”

Fue perfumado el Cuerpo del Hijo. El Salmo 44,9 lo había anunciado: ‘*Mirra y áloe y casia exhalan de tus vestidos*’. La profecía permitía entender qué significa un cuerpo así aromatizado. Del modo siguiente lo explica el Gran Basilio: “La ‘mirra’ es símbolo de la sepultura como nos lo enseñó el evangelista Juan diciendo que Él (Cristo) fue sepultado por José de Arimatea con mirra y áloe (...) Exhala, pues de Cristo un perfume bueno: de ‘mirra’, por su pasión; de áloe, porque a aquellos tres días y tres noches no permaneció inmóvil e inoperante, sino que descendió a los infiernos a causa del diseño salvífico de la Resurrección, para llevar a plenitud todo lo concerniente a Él. Cristo exhala también ‘casia’ (...), indicando probablemente así la Escritura –con sabiduría profunda– la pasión de la Cruz, sufrida por el bien de todas las creaturas. La ‘mirra’ significa, pues, la sepultura, el ‘áloe’ designa el descenso a los infiernos –puesto que las gotas caen hacia abajo–, indicando la ‘casia’ la pasión de la carne en la Cruz”²⁵⁵.

* * *

3. Y descendió a los infiernos.

“Al interrogante sobre cómo el Señor estuvo a la vez en los infiernos y en Paraíso, respondemos (...) la Divinidad separó voluntariamente –es cierto– al alma del Cuerpo, pero mostró permanecer, en ambos (...) mediante el alma, dio al ladrón acceso al Paraíso”²⁵⁶.

Una cosa es el Paraíso y otra los Infiernos y, no obstante, no hay lugar alejado e inaccesible al Dios en quien todo tiene su consistencia. ¿Qué es lo que sucede el Sábado Santo?²⁵⁷. Debido a que hay verdades que explican mejor el arte que la palabra, podemos dirigir nuestra mirada a un icono del siglo XVI²⁵⁸ que explica el sentido del descenso del Señor a los infiernos. En la imagen Cristo llega donde están los muertos y les anuncia la aurora de un nuevo día. En la imagen se ve: las puertas del infierno rotas, como queriendo significar que si una piedra se corrió de la tumba era porque se había corrido la piedra donde estaban todos los difuntos. Luego se ve que Jesús toma de una mano a Adán mientras con la otra mano sostiene la Cruz, trofeo de victoria. Al sostener a Adán de la mano lo arranca de la muerte y le anuncia la Buena Noticia, la Buena Nueva de pasar de una vida de soledad, aislada a la gozosa experiencia de vivir en comunión con Dios

255 Basilio de Cesarea, *Homilia in Psalmum XLIV,9* PG 29, 406-407.

256 Gregorio de Nisa, *In Christi Resurrectionem Orat. I* PG 46, 615D.618A.

257 Anónimo, *Homilía sobre el Gran Sábado santo* en Liturgia de las Horas II (Barcelona, 1984), también en PG 43, 439-464.

258 La explicación de este icono la tomamos de Michel Quenot, *El Icono* (Bilbao, 1990) 179-180.

y con los hermanos.

Por esta razón aunque Adán se ve fatigado, cansado, su mirada es alegre y sus manos extendidas hacia Cristo, como se extiende una flor hacia el sol. Eva, arrodillada, eleva sus manos, en actitud de oración. Ella aparece totalmente cubierta. Detrás de Eva aparecen Moisés y los justos del Antiguo Testamento y al frente de todo ellos: David y Salomón con ornamentos reales, Juan el Bautista señalando al Dueño de la Vida... El lugar inmóvil donde yacían los muertos se estremeció ante la llegada del Señor de la Historia.

Hizo el Señor una asamblea de vivos entre los muertos²⁵⁹ y les habló con labios vivos. Todos, empezando desde Adán, corrieron a escuchar su Palabra y “exclamaron a gritos y dijeron: *‘Ten piedad de nosotros, Hijo de Dios, haz de nosotros según tu benignidad y sácanos de las ataduras, de las tinieblas. Y ábrenos las puertas, para que por ella salgamos hacia ti, pues hemos visto que nuestra mente no se te aproxima! (...)*”²⁶⁰.

Ante la multitud de toda la historia que pedía -pide- ser sacada de las tinieblas, el Divino Salvador con una invitación a salir, a levantarse, a despertarse del sueño en que se ha visto condenada, la vida por mucho tiempo. El Hijo llama del Infierno al hombre, a todo hombre, a salir de ahí donde lo ha condenado la historia, el olvido, el anonimato... esa soledad y aislamiento que mata. No podía Dios abandonar el proyecto de integrar todo hombre a la vida divina que no es olvido de nadie sino presencia viva de todos; que no es anonimato y soledad sino comunicación y personalización: “ Levántate, salgamos de aquí, porque tú en mí y yo en ti formamos una sola e indivisible persona”²⁶¹.

Dios no sólo baja a la tierra... Dios llega a lo más hondo de la humana miseria, que es la muerte. Llega allí donde se encuentran las miserias más grandes; donde no había podido llegar en los días de su vida en la tierra. Y baja para anunciar también en los infiernos, donde está la oscuridad total y absoluta y el desánimo radical, donde habitan los no justificados, que Dios se solidariza y que hay posibilidad de salvación para todos. Cristo llega al abismo, y toca fondo para que ya nadie más toque fondo. Puede ser encontrado por los que se sienten excluidos totalmente porque al encontrarse entre ellos pueden verlo como expulsado del huerto, con salivazos en la cara y golpeada la mejilla, pueden verle las espaldas azotadas y las heridas de los clavos.

Allí, entre los no justificados, reconocieron al que los justificaba. Debido a que nadie podía justificar a Adán, Dios logró arrebatarlo de la

259 “Y por eso –según el Presbítero– bajó el Señor a las regiones subterráneas (Eph.4,9) para evangelizar también ellas. Su advenimiento, remisión de pecados para los creyentes en Él. Creyeron en Él todos los que esperaban en Él (cf. Ef. 1,12), a saber los que anunciaron de antemano su venida y cooperaron a sus disposiciones –justos y profetas y patriarcas–, a los cuales, igual que a nosotros, remitió los pecados”. Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* IV, 27,2.

260 Anónimo, *Odas de Salomón*, 42 –Introducción y texto de A. Peral- X Alegre– en *Apócrifos del Antiguo Testamento III* (dirigida por Díez Macho, Madrid, 1982).

261 Anónimo, *Homilía sobre el gran sábado santo*, PG 43, 462.

muerte, para levantarlo, curar el dolor, sacar, elevar al hombre desde las profundidades del abismo a las alturas del cielo: “El enemigo te sacó del paraíso, yo te coloco no ya en el Paraíso sino en el trono celeste; te prohibí que comieras ‘del árbol de la vida’ (cf. Gén. 3,22), imagen del verdadero árbol: ‘Yo soy el verdadero árbol!’ (...) el tálamo (está) construido y prestos los alimentos, se han embellecido los eternos tabernáculos y moradas, ha abierto los tesoros de todos los bienes y el Reino de los cielos está preparado desde la eternidad”²⁶².

Dios integra a su vida a los que parecen estar condenados a vivir separados de Él. Por esto, la confesión de fe: ‘descendió a los infiernos’ mantiene hoy su gran utilidad, pues con ella estamos robusteciendo nuestra esperanza en Dios, que nos hace siempre fuertes en cualquier aflicción; pues si el Hombre fue librado de las garras del infierno, mucho más debe confiar de serlo de cualquier angustia²⁶³. Hay que aprender a esperar y permanecer firmes en tiempos de Sábado Santo.

Santo Tomás de Aquino señala que el descenso de Cristo nos “es un ejemplo de amor. En efecto, Él bajó a los infiernos para liberar a los suyos, y por lo tanto nosotros debemos descender allí para ayudar a los nuestros”²⁶⁴. Ayudar a los demás que se ven afectados por los infiernos de nuestro tiempo, por los que se encuentran en los lugares más bajos. En un mundo donde lo que interesa es el triunfo y el ascenso²⁶⁵, los lugares prestigiosos y notables, Dios quiere que le imitemos bajando hasta los más bajos para levantarlos: “Debemos estar alerta. Precisamente porque Cristo descendió a los infiernos por nuestra salvación, nosotros debemos preocuparnos por descender allí frecuentemente, considerando aquellas penas”²⁶⁶.

Hablar del descenso a los infiernos es confesar, nombrar, decir que existen lugares (físicos, psicológicos, morales) que son de muerte. Es afirmar que en la actual sociedad hay focos donde la oscuridad y el desánimo amenazan al punto de querer atraparnos sin permitir vislumbrar la luz de Cristo que vive.

Al mundo le fascina descartar y hablar de esos lugares de sufrimiento porque solamente valora el triunfo, la belleza, el éxito y el ascenso. En el Credo no nos avergonzamos de decir que hay regiones que están atrapadas por el individualismo y por lo inmediato, por una felicidad que excluye. Pero que a pesar de ello y con todo ello Dios abre infinitas posibilidades de subida, de vida... de Resurrección.

* * *

262 Anónimo, *Homilía sobre el gran sábado santo* PG 43, 463.

263 Santo Tomás de Aquino, *Explicación del Credo* art. 5, 81 (Traducción de Salvador Abascal, México, 1981).

264 Santo Tomás de Aquino, *Explicación del Credo* art. 5, 85.

265 Sigo de cerca a Dolores Aleixandre, “Descendió a los infiernos’ El médico debe estar junto a los enfermos”, en *Sal Terrae*, tomo 87/5, 1988, pp. 407-422.

266 Santo Tomás de Aquino, *Explicación del Credo* art. 5, 84.

V. Resucitó al tercer día según las Escrituras.

Hemos confesado en el Credo que el Hijo de Dios humanado fue crucificado bajo Poncio Pilato, esto para que reconozcamos el tiempo de la pasión; también hemos proclamado que “fue crucificado” para que reconozcamos que, si por medio del árbol del Paraíso nuestra salvación había perecido, fue reparada allí donde colgaba la muerte de los malvados; a la vez, proclamamos que “fue sepultado” para que la muerte no se considerase imaginaria. “Esto es lo extraordinario de la fuerza divina: la muerte muere con la muerte, el autor de la muerte es tajado por la propia espada, el ladrón es capturado por su propio botín, el infierno es destruido por la vida destrozada”²⁶⁷.

Sin embargo, confesamos la Cruz porque nos consta la resurrección; si Jesús hubiera quedado colgado en el patíbulo de la Cruz, muy probablemente no la hubiéramos confesado²⁶⁸.

Al Maestro lo vieron muerto los hombres vivos y huyeron, se dispersaron por todas partes; pero, era en este momento de muerte que la vida de Dios se apoderaba de toda la humanidad de Jesús de Nazareth. Ahora, la vida inmortal da a la mortal y corruptible la eterna e incorruptible. Dios se da a conocer perfectamente en la humanidad del Jesús, aquélla que una vez tomó, y en la que ahora se manifiesta el misterio de la vida inmortal.

Pero, ¿cuál es el gran misterio que celebramos cuando confesamos que resucitó al tercer día? Confesamos, ante todo, que el Señor entró en la región de sombra de muerte (cf. Ps. 22,4) donde estaban las almas de los difuntos y arrebató desde el abismo a los condenados, llevando al cielo a las almas cautivas. Esto, que sucedió en las zonas de la muerte, sucedió también entre los vivos, los discípulos son testigos. A ellos se les aparece, los libera de sus miedos y cobardías, esto porque fueron arrancados del poder y de los lazos de la muerte. Con ello, el Resucitado demostraba, de un modo portentoso, que podía ahora, sin las limitaciones de la vida mortal, llegar al corazón de todo hombre y continuar realizando los prodigios hasta el confín de la tierra. Jesús está vivo, así lo demuestran los hechos:

“Un muerto no puede hacer nada; solamente los vivos actúan. Entonces, puesto que el Señor obra de tal modo en los hombres, que cada día y en todas partes persuade a una multitud a creer en Él y a escuchar su Palabra, ¿cómo puede aún dudar e interrogarse si resucitó el Salvador, si Cristo está vivo o, más bien, si Él es la vida? ¿Es acaso un muerto capaz de entrar en el corazón de los hombres, haciéndoles renegar de las leyes de sus padres y abrazar la doctrina de Cristo? Si no está vivo, ¿cómo puede hacer que el adúltero abandone sus adulterios,

267 Pedro Crisólogo, *Serm.* 57 PL 52, 359B.

268 “¡Confieso la Cruz porque me consta la Resurrección! Si (Jesús) hubiera quedado colgado de aquella, tal vez no la confesara (...) pero habiendo seguido la Resurrección a la Cruz, no me avergüenzo confesarla”. Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XIII,4.

el homicida sus crímenes, el injusto sus injusticias y que el impío se convierta en piadoso? Si no ha resucitado y está muerto, ¿cómo puede expulsar, perseguir y derribar a los falsos dioses, así como a los demonios? Con sólo pronunciar el nombre de Cristo con fe, es destruida la idolatría, refutado el engaño de los demonios que no soportan oír su nombre y huyen apenas lo oyen (Lc. 4,34; Mc. 5,7). Todo eso no es obra de un muerto, sino de un viviente..."²⁶⁹

En síntesis, ¿se puede decir que está muerto quien suscita el deseo del cielo en la tierra? ¿Por qué tantos llegan a conocer los misterios de Dios y a destruir las falsas imágenes de la idolatría? El ciego que no ve el sol, pero experimenta su calor, cree en él y sabe que el sol existe, así la fe en la Resurrección: Cristo está vivo porque desde que Él se levantó de entre los muertos, el mundo continúa experimentando el calor de la Resurrección y la fuerza de quienes lo experimentan vivo, cercano... presente. La fuerza que levantó a Cristo de entre los muertos, lo levanta del sepulcro. Recordemos, sin embargo, que no se mostró a todo el pueblo a fin de que "la fe, destinada a un no mediocre premio, se mantuviera firme en la dificultad"²⁷⁰.

* * *

¿Y por qué tuvo que esperar tres días el Hijo del eterno Padre para mostrar la victoria sobre la muerte?: "Si la muerte y la Resurrección se hubiesen seguido sin intervalo alguno, la gloria de la incorruptibilidad no habría sido evidente. Así, para mostrar, pues, que su cuerpo estaba realmente muerto, el Verbo esperó hasta el tercer día y lo mostró a todos incorruptible. Resucitó al tercer día para mostrar la muerte en su cuerpo"²⁷¹.

Pedro Crisólogo ve en la figura de los tres días no sólo la confesión de la verdadera muerte de Cristo, sino también la posibilidad de contemplar la fuerza, el poder y el beneficio "de toda la Trinidad"²⁷². Hay en esto una maravillosa confesión: la victoria de la Resurrección es la victoria de la Trinidad. Este es el triunfo de la vida divina, de la integración frente a la dispersión, de la vida frente a la muerte, de la comunidad frente al aislamiento. En efecto, si la muerte del hombre es la separación, no solamente del alma del cuerpo, sino también de los demás; si es la incapacidad de construir relaciones constantes permanentes con los demás, la incapacidad de dar y recibir en actitud de amor compartido; la Resurrección es, por el contrario, la manifestación en la historia de un Dios que integra al hombre y, ahora definitivamente, a la vida, a la comunicación, a la donación, a la entrega con los demás y consigo mismo.

En Cristo contemplamos que ahora el hombre es objeto, en plenitud, de los dones que el Padre desde siempre ha entregado a su Hijo. La

269 Atanasio de Alejandría, *De incarnat Verbi* 30.

270 Tertuliano, *Apolog.* 21,22.

271 Atanasio de Alejandría, *De incarnat. Verbi* 26.

272 Pedro Crisólogo, *Sermón* 62 PL 52, 375A.

generosidad del Padre en la acogida del Hijo cumple la promesa de integrar, de hacer partícipe a alguien distinto a Él de los beneficios propios. La familia humana dispersada por toda la tierra es convocada y reunida en una sola, así los pecados que nos han separado²⁷³ quedan suprimidos. ¿Qué más podemos esperar de Él? Por nosotros fue crucificado y resucitado al tercer día de entre los muertos, y nos hizo hijos de Dios. ¿Qué más esperamos? “Nos hizo antes de ser, nos dio la vida, la salud, la voluntad libre, el dinero, el ingenio, la razón, la ciencia: te dio todo lo suyo, para que fuese tuyo. Pero hicimos mal uso de todos esos bienes, llegando a ser soberbios: ¡ofendimos a tan generoso Creador! Y, sin embargo, nos libró de la muerte perpetua (...) (...) ¿Dudas que te dará su vida, quien contigo comulgó en tu muerte? ¿Qué le daremos a cambio? (...) Esto quiere Cristo de ti: “Lo que hice por ti, hazlo tú por mí; di mi vida por ti, da tú la tuya por tus hermanos; no temas la muerte, pues yo morí para que pudieses vencerla por medio de mí. Ama al resucitado, creyendo, para que resucites por medio de Él!”²⁷⁴

* * *

Por un lado, la Resurrección nos ha vuelto herederos de los dones de Cristo antes los cuales es inevitable no volverse peregrino de la tierra para ser conciudadano del cielo; pero, por otra parte, nos plantea la responsabilidad que implica volvernos miembros de la familia divina: Dios nos da la Vida, nosotros la hemos recibido, a cambio demos la nuestra, pues la Familia Trinitaria no solamente es Dar y Recibir, sino que en el misterio de la total donación y de la total acogida se da el Amor compartido.

Por lo anterior, si queremos mantenernos como miembros de la Familia por la gracia de la Resurrección, nuestras responsabilidades se vuelven más serias, más encaminadas a hacer presente la vida de la Trinidad entre los hombres. Por esta razón, nuestra Resurrección ha comenzado en Él, puesto que la forma de nuestra esperanza nos precedió en Cristo. En Cristo vivo reconocemos que es posible una humanidad nueva y transformada; que en cuanto nueva y transformada se ha de luchar para no recaer en los vicios de los que hemos sido levantados del egoísmo; que nos hace aislarnos y marginarnos de los demás, que nos impide darnos desde nuestras propias limitaciones y que nos hace incapaces de recibir, aceptar de los otros sus riquezas.

A esta responsabilidad estamos llamados. Es la responsabilidad que tuvo que escuchar la Magdalena en labios del mismo Maestro. A ella el Señor le prohibió abrazar sus pies y le ordenó anunciar “la alegría de la resurrección a los discípulos: ¡Quería con ello que la mujer, devenida para Adán, ministra de la tristeza, llegase a ser mensajera del gozo pascual para los varones!”²⁷⁵

273 “Venid, pues, familias todas inmersas en el pecado. Recibid la remisión de los pecados!” Melitón de Sardes, *Homilía sobre la Pascua* 103.

274 *Quodvultdeus*, *Serm. I. de Symbolo VI*. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe la Iglesia...* op. cit. 573.

275 Gregorio de Nisa, *In Christi Resurrectionem Oratio*, II PG 46, 632D.

Cada vez que logramos dar el paso del egoísmo a la comunión, de la tristeza al gozo, del rechazo a la aceptación, celebramos el misterio pas-cual, y renovamos el misterio del paso de Cristo entre los hombres, entre los muertos y el paso definitivo al Padre:

“Por eso esta fiesta que nosotros llamamos Pascua, los hebreos la nombran *Phase*; es decir, paso, como lo indica el Evangelio: *Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre. Mas, ¿a cuál de las dos naturalezas se reserva este paso, si no a la nuestra, puesto que el Padre estaba inseparablemente en el Hijo y el Hijo en el Padre? (...) El mismo Señor preparaba a sus fieles, haciéndolos partícipes de su don inefable cuando, poco antes de la pasión, suplicaba al Padre no sólo por sus apóstoles y discípulos, sino por toda la Iglesia*”²⁷⁶.

Celebrar la Pascua cada momento, cada día, es estar preparado a la purificación auténtica y, por tanto, conviene que no se encierre en el corazón un sentimiento contrario a la fe,²⁷⁷ esto es contrario a la vida, a la comunión, a la donación y recepción de la Gracia que obra en nosotros el proyecto mismo de Dios.

* * *

VI. Y subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre

La resurrección nos hizo ver que la carne, que el ser hombre, no debilita en lo mínimo a la divinidad; que es totalmente posible ser auténticamente hombre y vivir como Dios,²⁷⁸ que es posible vivir en la tierra y estar elevado y abierto a lo eterno.

Esta es la razón por la cual, cuando confesamos que Cristo subió a los cielos, proclamamos:

1. Ante todo, la sublime condición a la cual ha sido elevado cada hombre: ser hombre es más que ser ángel, es más sublime que ser metal precioso, es más noble que cualquier riqueza creada. Si con el Hijo del Eterno Padre la condición humana ha sido divinizada, esto explica cuál es nuestra última y definitiva vocación. El hombre no ha sido creado para lo meramente histórico, ni para lo temporal como última y definitiva llamada, sino para residir (= estar sentado), vivir²⁷⁹ en una condición que no puede ser una mera prolongación de nuestra existencia terrena: “Había ciertamente motivo de extraordinaria e

276 León Magno, *Hom.* 72,6.

277 León Magno, *Hom.* 46,1.

278 “Nullum ergo potuit offerre caro divinitatis gloriae detrimentum”. Ambrosio de Milán, *Explan. Symb.* PL 17, 1194-1195.

279 “De ahí que al lugar de residencia se le llame también asiento, como cuanto preguntamos dónde está Fulano y se nos responde ‘En su asiento’. Agustín de Hipona, *Serm.* 214,8 en *Obras completas de san Agustín XXIV... op. cit.*

inefable exultación al ver cómo, en presencia de aquella santa multitud, una naturaleza humana subía sobre la dignidad de todas las creaturas celestiales, elevándose sobre los órdenes de los ángeles y a más altura que a los arcángeles (...) La ascensión de Cristo, por lo demás, constituye nuestra elevación, abrigando al cuerpo la esperanza de estar un día, donde le ha precedido la cabeza gloriosa. Por eso, alegrémonos (...), pues hoy no sólo hemos sido constituidos poseedores del Paraíso, sino con Cristo hemos ascendido a lo más elevado de los cielos”²⁸⁰.

Nuestra condición ha sido elevada, es decir, posibilitada a estar ante Dios recibiendo de Él todas sus riquezas y entregándole plenamente a Dios lo que de Él ha recibido.

2. Al contemplar a Cristo sentado a la “derecha del Padre”, el hombre no sólo mira “el inmenso honor que este hombre asunto recibió de su comunión con Dios Verbo, del cual se revistió”²⁸¹, sino que mira elevada hasta el mismo cielo su dignidad, grandeza debida a la comunión que el Hombre tiene con Dios.

* * *

Al darse cuenta de su dignidad tan excelsa, el hombre logra comprender la grandeza de la libertad del hombre, de la vida humana y el triunfo de la verdadera comunión.

1. La grandeza de su libertad

“Elevemos libremente las miradas de nuestros corazones hacia las alturas donde se encuentra Cristo”.²⁸² Esta invitación nos hace tomar conciencia de que toda persona está convocada a subir, ascender hacia la libertad, hacia lo alto. Esta libertad hace conquistar al hombre el gozo por encima de los deseos terrenos; y lo hace adquirir la verdad como camino que salva de las falsedades.²⁸³ En otras palabras, el ser libre se va alcanzando en la medida en que se es peregrino; cuando se es consciente de que nuestra morada definitiva es la Jerusalén de arriba y la Jerusalén de arriba es libre, libre de los atropellos, de la violencia, de las aflicciones con las cuales es tan fácil tropezar en la historia.

* * *

280 León Magno, *Hom.* 73,4.

281 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* VII,10.

282 León Magno, *Hom.* 74,5.

283 León Magno, *Hom.* 74,5.

2. El gozo por la vida

Nadie que haya contemplado, que haya tenido la experiencia de ver, desde la fe, aquí, en la tierra, el cielo abierto, quedará con el sabor de la derrota. Los cielos abiertos muestran que no existe violencia que tarde o temprano no cese; que no hay tristeza que no llegue a cambiarse en alegría, ni esclavitud que no llegue a ver la liberación; que no hay aflicción que se perpetúe. Los cielos abiertos arrancan del creyente una de las confesiones de fe más propias del cristianismo: la esperanza cristiana:

“También dice el Apóstol que *la Jerusalén de arriba es libre y es nuestra Madre* (Gál. 4,27), significando con la *Jerusalén de arriba* la morada celeste, donde por la resurrección naceremos y nos haremos inmortales, gozando verdaderamente de la libertad con plena alegría. Ninguna violencia ni tristeza nos afligirá, sino que viviremos en la más inefable felicidad entre las delicias sin fin. Puesto que esperamos estos bienes (...), la Escritura nos enseña que no sólo resucitó de entre los muertos, sino que subió a los cielos, afirmando: ‘También a vosotros, que estabais muertos por vuestros pecados y delitos, os vivificó Dios por medio de Cristo. Con Él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús (Eph. 2,1-10), indicándonos así la gran comunión que tendremos con Él’²⁸⁴.

* * *

3. El triunfo de la comunión

La ascensión al cielo pone al cristiano ante la certeza de que un día se realizará la comunión perfecta y plena de todos los hombres entre sí y con Dios. Sin embargo, mientras llega a la plenitud de la perfecta comunión, el creyente debe construir la comunión, edificar la sociedad como verdadera familia. Seguirá, por tanto, escuchando la advertencia de que los hombres vestidos de blanco le hicieron a los testigos de la ascensión del Señor “*Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo.*” (Act. 1,10-11).

La contemplación del Cristo que sube al cielo no nos abstrae de la construcción de la sociedad como signo de la plena comunión con Dios. Para construir el mundo y cada rincón de esta tierra, será necesario, sobre todo, elevarse sobre las “comodidades terrenas”;²⁸⁵ elevar de este modo la mirada y el corazón al cielo para edificar la familia humana.

Nadie edificará la ciudad sin buscar el material en las cosas de arriba y superar; esto es, ir más allá de los meros intereses de riqueza y de

284 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* VII, 9

285 Agustín de Hipona, *Serm.* 214,8.

poder.²⁸⁶ Cuando persisten intereses muy concretos, la sociedad se inmoviliza, detiene la vida, impide el movimiento y esto contradice abierta y claramente la confesión de que sentarse a la derecha no es, de ningún modo, confesar que Cristo está “inmóvil en algún asiento, sin que le esté permitido ni levantarse ni caminar”²⁸⁷.

Cristo vivo no está ausente de la historia. Él, elevado sobre toda potestad y de pie a la derecha del Padre, se ha constituido en el valor absoluto ante el cual se disciernen y se juzgan nuestras acciones, nuestros valores, nuestras fortalezas para la construcción de una nueva humanidad.

Cristo subió a la derecha del Padre; sin embargo, los cielos quedaron abiertos. Solamente quien tiene los “ojos abiertos, mira a Jesús a la derecha de Dios, no pudiéndolo ver quien tiene los ojos cerrados. Confesemos, pues, a Jesús a la derecha de Dios, para que también a nosotros se nos abra el cielo”²⁸⁸.

La apertura del cielo y la posibilidad de ver al Señor juzgan todo valor, toda acción, todo movimiento del hombre. Por eso, Él está a la derecha, posición que indica que la felicidad suprema se alcanzará únicamente con la justicia que supera toda acción que excluye a unos en ventaja de los otros; con la paz que excluye abiertamente la violencia, el músculo, el arma como valores que no son capaces de crear comunión; y con el gozo que no acepta que el dolor por el hambre, la cobardía, y la ausencia de lo que es justo y digno se apodere del hombre²⁸⁹.

Cristo a la derecha del Padre es juez. Es cierto que en el Juicio Final se manifestará con mucho más fulgor el Hijo de Dios en calidad de Juez de vivos y muertos;²⁹⁰ sin embargo, aquel Hombre, asumido por Dios, fue sentado para ser juez hasta que llegue el juicio de las naciones.

Quodvultdeus dice:

“Por otra parte, que el ‘Hijo’ se sienta a la derecha del Padre significa, que el mismo Hombre asumido por Cristo recibió la potestad de juzgar”²⁹¹.

Cristo es Juez para el actuar del hombre; para indicar cuándo y por qué la desgracia, a causa de la iniquidad, de los sufrimientos y tormentos, asoma su presencia en el mundo. De modo que mientras están los cielos abiertos, allí donde haya una desgracia hay un juicio del cielo.

286 “¡Sentarse con Cristo supera toda riqueza y poder!”. Juan Crisóstomo, *In Epist. Ad Ephes. Cap. II. Homil.* IV,2 PG 62,33.

287 Agustín de Hipona, *Serm.* 214,8.

288 Ambrosio de Milán, *De Fide lib.* III, XVII,138 PL16,642B.

289 “Al decir a la derecha hay que entender lo siguiente: en la suma felicidad, donde están la justicia y la paz y la alegría. Del mismo modo se dice que los cabritos son puestos a la izquierda; esto es, en la miseria, llenos de penas y tormentos por sus pecados”. Agustín de Hipona, *La fe y el símbolo de los Apóstoles*, VII,14.

290 Agustín de Hipona, *La fe y el símbolo de los Apóstoles*, VII,14.

291 Quodvultdeus, *Serm. II, de Symb. VII.* Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe la Iglesia...* op. cit. 652.

Por eso, podemos decir que el Señor está sentado como Juez de vivos y muertos y está de pie como abogado de los suyos. Abogado de quienes debe defender, apoyar y liberar. Está también de pie como sacerdote, ofreciendo al Padre “la hostia del Mártir”,²⁹² de quienes en la tierra ofrecen al Padre el sacrificio de cada día. El carácter sacerdotal de Cristo consiste, también, en la entrega al Padre del sacrificio del hombre que es la actualización de la vida de Cristo.

Lo hemos dicho ya; ver el cielo abierto es abrir a la familia humana la posibilidad de vivir y de existir con los criterios de arriba; por eso, desde el cielo otorga, da al hombre los dones (el don del Espíritu) que hacen posible el misterio del amor compartido en toda la historia.

* * *

VII. Volverá para juzgar a vivos y a muertos

El papa León Magno resume, de este modo, los anteriores artículos:

“El hombre asumido en el Hijo de Dios ha entrado en comunión con la única persona de Cristo desde principio de su existencia corporal: no ha sido concebido sin la divinidad. El mismo estaba en los milagros y en las humillaciones: crucificado, muerto y sepultado, según la debilidad de su humanidad: resucitado al tercer día según el poder de su divinidad, ha subido al cielo y se sienta a la derecha de Dios Padre, y ha recibido de Dios Padre en su naturaleza humana lo que Él mismo había dado en su naturaleza divina”²⁹³.

La segunda parte de la profesión de nuestra fe termina con la confesión del retorno de Cristo para juzgar a vivos y a muertos. Teodoro de Mopsuestia precisa: “Es, pues, un hombre el que debe ser el Juez de toda la Creación (...) recibiendo tal dignidad de la divinidad del (Hijo) único, que existe en Él. En efecto, este Hombre verdadero, que fue asunto de entre nosotros, vendrá desde el cielo, como se dijo: ‘Este Jesús, que de entre los hombres fue elevado al cielo, vendrá como lo habéis visto subir al cielo’ (Act. 1,11); indicando así, que quien se les apareció, estuvo con ellos y de ellos ahora se separa, vendrá de nuevo y será visto por los hombres. Pero como no fue este hombre, sino la divinidad la que vino del cielo (...) a beneficio nuestro. Ella vendrá también en este Hombre, que por nosotros asumió. De modo que, en la primera venida, la naturaleza divina vino del cielo por

292 Ambrosio de Milán, *De Fide Lib.III*, XVII, 137 PL 16,642B.

293 León Magno, *Hom.* 28,6.

medio de este Hombre, debiendo venir aún en el mismo Hombre asunto, a causa de la inefable unión del Hombre con Dios. También el bienaventurado Pablo, tras afirmar que *'esperamos la manifestación del gran Dios, añadió: Y Salvador Jesucristo'* (Tit. 2,13), indicando con ello que por medio de este Hombre corporal se manifestará la naturaleza divina de quien *'juzgará la tierra entera'* (2Tim. 4,1)²⁹⁴.

Según esto, Cristo, que es Dios, “vendrá en la forma, en que fue juzgado, para que vean a quien traspasaron, conozcan los judíos a quien negaron y los convenza el hombre asumido, a quien crucificaron. (...) ¡He aquí al hombre, a quien crucificasteis! ¡He aquí a Dios y al Hombre, en quien no quisisteis creer! ¡Ved las heridas que me hicisteis y el costado que traspasasteis!”²⁹⁵

Si Cristo ha sido constituido por Dios por encima de los hombres a quienes salvó “según la misma naturaleza humana, en la cual consumó los misterios de la humana salvación”²⁹⁶, se manifestará ante todo hombre para que de esta manera resplandezca la justicia divina. Así, nuestra naturaleza humana que sólo puede ser juzgada ante una naturaleza que ha vivido en plenitud el misterio de lo que significa ser hombre, reciba el premio justo. No podemos ser juzgados ante ángeles ni ante la naturaleza divina, si no de frente a una humanidad que, como la nuestra, sabe y entiende lo que es ser hombre en verdad:

“(...En efecto) entonces, todos los hombres verán al Señor sentado en su trono, y todo el género humano se presentará ante Él, y Él pronunciará por sí mismo sobre cada uno la sentencia. A unos dirá: *'Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer...'* (cfr. Mt. 25,34-35). A otros: *'Bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te constituiré en lo mucho'* (Mt. 25,23). Mas con sentencia contraria a unos los condenará diciendo: *'Id al fuego, que está aparejado para Satanás y sus ángeles'*. Y a otros: *'Siervo malo y perezoso...'* (Mt. 25,16) (...) Entonces *'los justos brillarán como el sol'* (Mt. 13,43). O por mejor decir, más que el mismo sol (...) Allí no habrá ni rico ni pobre, ni poderoso ni débil, ni sabio ni ignorante, ni esclavo ni libre. No, todas estas caretas y sólo examinarán las obras”²⁹⁷.

Dios juzgará al hombre sólo en las obras que Él mismo ha realizado actuando como hombre. El juicio no será acerca de las acciones propias de Dios, por ejemplo, a nadie se le preguntará si fue capaz de crear mundos nuevos, o de haber revelado una nueva doctrina sobre Dios o de haber redimido por mérito propio a los hombres, o santificador, al modo que lo hace el Espíritu Santo; el juicio será acerca de lo que Dios ha realizado en cuanto hombre²⁹⁸.

294 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* VII,14.

295 Quodvultdeus, *Serm. I de Symb.* VIII. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe la Iglesia...* op. cit. 719.

296 Santo Tomás de Aquino, *Compendio de Teología* CCXLI (Buenos Aires, 1943).

297 Juan Crisóstomo, *Homilía sobre san Mateo* 56,4, en *Obras de san Juan Crisóstomo* (Prólogo, versión española y notas de Daniel Ruiz Bueno, Madrid, 1955).

298 “En la segunda venida su aspecto será de honor y magnificencia, superior a la de los hijos de los hombres (...) Entonces, quienes lo hicieron se golpearán el pecho por no haberlo reconocido

* * *

En este artículo de fe hay una doble confesión. Por un lado, se proclama abiertamente que cada hombre, individualmente, será juzgado por Dios y, por otra parte, la humanidad, en juicio universal, también será juzgada.

1. El Hijo humanado vendrá a juzgar a cada hombre: juicio particular.

“Entre las verdades que de modo claro han sido transmitidas (...) que el alma, dotada de sustancia y vida propia, cuando sea alejada de este mundo, será retribuida según sus méritos: obtendrá el premio prometido de la vida eterna y felicidad, si lo han merecido sus acciones; pero será entregada al fuego eterno y a los suplicios, si a ello la ha impulsado la culpa de sus delitos”²⁹⁹.

También nosotros seremos “arrebatados sobre las nubes” (I Tes. 4,15); es decir, tendremos la experiencia de la muerte y de la subida al cielo. El subir al cielo no debe entristecer a nadie. Lo que nos debe hacer llorar es perder los bienes eternos por no habernos empeñado desde ahora en la vida cristiana:

“¿O es que soy sólo a quien eso pasa, y vosotros os alegráis de oírlo? Porque a mí, cierto, cuando esto digo, un estremecimiento me entra por todo mi ser y amargamente me lamento y suspiro de lo más profundo de mi corazón. Porque poco me importa todo esto; lo que me hace temblar es lo que luego sigue en el Evangelio: la parábola de las vírgenes (cfr. Mt. 25,1-13), la del que enterró el talento (cfr. Mt. 25,14-30) y la del mayordomo malo (cfr. Mt. 2,45-51). Lo que me hace llorar es cuánta gloria y cuánta esperanza de bienes, y eso eternamente y para siempre, vamos a perder para siempre, por no poner ahora un poco de empeño”³⁰⁰.

Quien ahora no pone un poco de empeño en el seguimiento, perderá desde ya la gloria y la esperanza. Alguno puede sentir miedo cuando escucha el nombre de Juez. Para evitar este temor debemos confesarlo ahora como Salvador, para no temerle entonces como Juez: “Quien ahora cree en Él, cumple sus preceptos, no temerá cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos (cfr. 2 Tim. 4,1; 1Ped. 4,5; cfr. Mt. 24,31; 25,31-46); no sólo temerá sino que deseará que venga. ¿Hay cosa que nos haga más feliz que la llegada de Aquel que deseamos y a quien amamos? Pero temamos, puesto que será nuestro Juez quien ahora es nuestro ‘Abogado’ (1Jn. 2,1; cfr. Hebr. 7,25; 9,24) (...) Si tuvieses que sostener algún pleito ante un juez y te

antes en la humildad de su condición humana”. Tertuliano, *Adv. Marc.* III, 7, 8.

299 Orígenes, *De princip.* I Proef. 5.

300 Juan Crisóstomo, *Homil. sobre san Mateo* 76,4.

proveyeses de un abogado, serías recibido por él, que trataría de ventilar la causa en cuanto pudiera; pero, si no la hubiese a término y escuchases que iba a ser él el juez, ¿cuál no sería tu alegría, porque pudo ser tu juez quien poco antes fue tu abogado? También ahora ruega e intercede Él por nosotros; le tememos como abogado, ¿y le tememos como juez? Más aún, puesto que le enviamos delante como abogado, esperemos con confianza su venida como juez³⁰¹.

Aquel que tiene presente el día en el que se descubrirá el esfuerzo que hizo por no menospreciar al Señor,³⁰² no vivirá deprimido con preocupaciones innecesarias; su única preocupación es la de saber “dar cuenta –sin angustia alguna– de la propia vida en aquel gran día (...) Pues quien tiene siempre ante la vista aquel día y aquella hora, quien piensa siempre en la propia defensa ante aquel Tribunal insobornable, ése no pecará jamás o lo hará sólo venialmente. La ausencia del temor a Dios es causa de que pequemos³⁰³.

El hoy vive en tensión hacia su propia hora, y mientras caminamos al encuentro en plenitud con su Señor, la oración nos es de ayuda insustituible, constituyéndose en “viático para la vida eterna”³⁰⁴. Hacia el Señor se debe caminar experimentando momentos de abandono, de retiro, de soledad, alejando de sí el desánimo, la falta de confianza o la desesperación de la propia salvación que es lo más pernicioso para el alma. En todo caso, nadie puede caminar al encuentro con Cristo sin la esperanza, sin la confianza en su bondad y en la recompensa que de Él recibirá.

* * *

2. Juicio universal

La fe nos enseña a la vez que “desde los cielos nuestro Señor Jesucristo, vendrá con gloria hacia el fin de este mundo, en el último día. Pues tendrá un fin este mundo”³⁰⁵. Hablar del fin del mundo es meditar en un doble aspecto: la renovación de lo creado y la aniquilación del mal.

Este mundo creado por Dios participará, en el hombre, de la victoria de Cristo; será, entonces, la renovación de los elementos creados. En este sentido, es la “prueba de que todas las cosas han llegado a su plena realización”³⁰⁶:

301 Agustín de Hipona, *Serm.* 213,6.

302 “Quien ama, tiene también algo de qué temer: ‘De donde vendrá a juzgar a vivos y a muertos.’ Él mismo nos juzgará a nosotros. ¡Guárdate, pues, de menospreciar al juez! ¿Por qué este misterio? ¿Acaso no es uno solo el juicio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? ¿Acaso los tres no son una misma voluntad y una misma majestad? ¿Por qué se dice que el Hijo vendrá a juzgar, sino para que entiendas que no debes menospreciar al Hijo?” Ambrosio de Milán, *Expla. Symbol.* PL 17,1195.

303 Basilio Magno, *Epístola* 174 a una viuda, PG 32, 650D-651A.

304 Basilio Magno, *Epístola* 174 a una viuda, PG 32, 651A.

305 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XV,3.

306 Orígenes, *De princip.* I, 6,1.

“No nos aflijamos, como si sólo muriésemos nosotros: ¡También los astros morirán! Pero tal vez serán resucitados: Plegará el Señor los cielos, no para destruirlos sino para resucitarlos más hermosos. Oye lo que dice David: (Sal. 101,26-28) ‘Al principio, Tú, Señor, fundaste la tierra, y obra de tus manos son los cielos; ellos perecerán, Tú permanecerás’; veis cómo dice claramente, que ‘perecerán’; oíd en qué sentido lo dice: ‘todos envejecerán como vestidura, y como manto los doblarás y serán cambiados’. Como se dice que perece el hombre (Is. 57,1) (...) aún esperando la resurrección, también esperamos –por así decirlo– una resurrección de los cielos”³⁰⁷.

Sin embargo, el juicio universal será, ante todo, la afirmación de que llegó el tiempo final para la contradicción, para el escándalo, para todo lo que nos aflige. Todo aquello que fue motivo de escándalo será eliminado de su Reino: “En la consumación del tiempo se eliminarán de su reino los escándalos. Tenemos, por tanto, al Señor que reina en la gloria de su cuerpo hasta que se quiten los pecados”³⁰⁸.

La corrupción, el robo, el adulterio, la injusticia, que tantas veces parecen tener ventaja sobre lo que es justo y noble, tendrán tarde o temprano su fin, y su fin para siempre. La humanidad verá que el mundo donde se mezcló sangre con sangre, y que se llenó de iniquidades pasará, y a ése le sucederá otro más hermoso. Será el momento de la respuesta a los cuestionamientos de muchos hombres que han visto al justo sufriendo y han mirado feliz al malo: “Así, lo que la Iglesia universal del Dios verdadero confiesa y afirma, a saber, que Cristo ‘ha de venir del cielo a juzgar a los vivos y a los muertos’, a eso llamamos nosotros último día del juicio, es decir, el último tiempo (...) porque entonces allí no habrá ya lugar a ignorantes quejas, preguntando por qué tal injusto es feliz, y tal justo infeliz. Entonces, aparecerá la felicidad auténtica de los buenos y la infelicidad irrevocable y merecida de los malos”³⁰⁹.

* * *

La venida personal (= juicio individual) y la universal (= juicio universal) de Cristo estarán precedidas por acontecimientos comunes: la cruz y la vigilancia cristiana.

1. La Cruz.

¿Qué signo aparecerá en el alma y en el cielo que resplandecerá y nos pondrá de frente a su inminente llegada? “Entonces, aparecerá la señal

307 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XV,3.

308 Hilario de Poitiers, *La Trinidad* XI, 38.

309 Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios* XX, 1,2.

del Hijo del hombre en el 'cielo' (Mt. 24,30); es decir, la cruz, que resplandecerá más que el mismo sol (...) y se manifestará (...): ¡Ninguna justificación mejor que la Cruz, para sentarse Cristo en su tribunal, mostrando no sólo sus llagas, sino también la ignominiosa muerte a que fue condenado! (...) ha levantado los pensamientos de sus discípulos (...) Y nuevamente les recuerda su pasión y resurrección y hace mención de la cruz en forma más brillante, a fin de que ellos no se avergonzaran ni tuvieran pena, pues Él había de venir llevando por delante la cruz misma por estandarte"³¹⁰.

Dios sale al encuentro del hombre siempre con la Cruz en la mano; por esta razón, lo primero en lo que hay que ser consciente es en la inevitable presencia de la Cruz ante el misterio final de nuestra vida en la historia y de la vida de la humanidad.

Esto implica que cada dolor, cada sufrimiento, nuestras muertes cotidianas, los sacrificios de la gran humanidad tensan, jalonan, al misterio de la última hora: de la nuestra y la del mundo.

Cuando el mundo y el hombre abrazan el misterio del Trofeo de Cristo que anuncia su hora, este signo se convierte en terror para los enemigos del Evangelio; se condenan para siempre los crímenes, y se regocijan quienes por la fe han llegado a ser amigos de Dios³¹¹.

La Cruz que verá la humanidad brillar antes de que el Hijo del hombre llegue; la Cruz que cada uno de nosotros contemple antes de ver a Aquél que esperamos, nos hace tomar conciencia de que este signo no es motivo de vergüenza sino de esperanza. Sabedores de ello, la recordamos cada vez que grabamos atrevidamente su sello en la frente y hacemos su señal en toda circunstancia: "sobre el pan que comemos y la bebida que bebemos, al entrar en casa y al salir, antes de dormir, acostados y levantados, al viajar y durante el reposo. ¡Su Cruz es gran defensa! Gratuita para los pobres y ligera para los débiles. La fuerza de la Cruz viene de Dios. Es señal de los creyentes y terror de los demonios. Por medio de ella, en efecto, los derrotó Cristo, exhibiéndolos públicamente (Col. 2,15). Por eso, cuando ven la Cruz se acuerdan del Crucificado: ¡Temen a Quien 'quebrantó la cabeza del dragón'! (Sal. 73,4)"³¹².

Si la Cruz precede la llegada del Vencedor, todo acontecimiento personal y social que haga visible tal misterio debe interpretarse, valorarse y verse como acontecimientos de la inminente cercanía del Señor. Frente a la cruz debemos congratularnos y adorar al Señor que nos la envió³¹³.

2. Vivir el hoy.

La "trompeta angélica nos convocará, y acudiremos con nuestras

310 Juan Crisóstomo, *Homil. Sobre san Mateo* 76,3.

311 Juan Crisóstomo. *Homil. sobre san Mateo* 76,3.

312 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XIII, 36.

313 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XIII, 22.

obras. ¿No debemos desde ahora, trabajar con diligencia y temor?”³¹⁴ Trabajar con diligencia consta de varios aspectos. Ante todo, significa que estemos preparados para que el día de partir “no nos coja impedidos y embarazados. Debe lucir y resplandecer nuestra luz en las ‘buenas obras’, para que ella nos conduzca de la noche de este mundo a los resplandores eternos”³¹⁵. Las buenas obras deben resplandecer: “¡Da aquí limosna, para que de aquél recibas la corona! ¡Otorga el perdón, para que allí te lo conceda tu Señor!”³¹⁶

El hombre individual y los hombres socialmente deben prepararse al juicio de Dios con el ejercicio de las buenas acciones en beneficio de los que necesitan de nuestras manos y palabras: “¿Cómo –dirá alguno– evitar el fuego eterno y entrar en los Reinos de los Cielos? Aprende el camino: ‘Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui huésped, y me recogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme’ (Mt. 25,35-36). Si haces esto, reinarás con Cristo; si no lo haces, serás condenado (...)”³¹⁷.

Una vez que se ha aclarado la cualidad de nuestras obras con respecto a los pobres, todo estará preparado para que los buenos vayan a reinar con Cristo. Vivir el momento presente es vivir con la conciencia de que “la misericordia será exaltada por encima del juicio, y los dones –inspirados por la clemencia– sobrepasarán toda retribución exigida por la justicia, la vida entera de los mortales y sus actos más diversos serán apreciados según una norma única; es decir, no se hará mención de la menor falta allí donde, por confesión del Creador, se encuentren obras de bondad”³¹⁸.

Quienes no lucharon para que la sociedad fuera más signo de la vida divina, a ellos se les llamará a ponerse a la izquierda de Dios. Los que no se conmovieron por las miserias del hermano o de los pueblos sufrientes, y “teniendo medios para ayudar” (León Magno) no salieron a socorrer al afligido, se asemejan a uno que oprime al enfermo. Por esto, también serán llamados a perder la Bienaventuranza del Reino eterno:

“¿Qué esperanza quedará al pecador, si no es misericordioso para que sean misericordiosos con él? Por eso, quien no es bueno con los otros, antes es malo, consigue lo mismo: ¡Daña su alma, quien no socorre la ajena! (...Pero) quien quite la miseria temporal de los que sufren, escapa al suplicio eterno del pecador”³¹⁹.

314 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XV, 24.

315 Cipriano, *De la unidad de la Iglesia* 26.

316 Quodvultdeus, *Serm III de Symbol VII*. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe la Iglesia...* op. cit., 720.

317 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XV, 26.

318 León Magno, *Hom.* XI,1 PL 54,167A.

319 León Magno, *Hom.* XI,1 PL 54,167BC.

Mientras nos apresuramos al encuentro definitivo con Cristo, necesitamos vivir como lo que somos: redimidos por la Sangre preciosa. “¡Ahora es el tiempo de la fe!”³²⁰ La fe tiene que hacerse visible a través de los cambios de costumbres: “Pongamos nuestra atención, por tanto, en aquel día, enmendemos nuestra vida y cambiemos nuestras costumbres, venzamos las malas tentaciones resistiéndolas, y castigemos con lágrimas los pecados cometidos: algún día veremos la venida del Juez eterno, tanto más seguros cuanto más hayamos prevenido su severidad con el temor!”³²¹

La fe se llega a hacer visible por el esfuerzo en poner los dones recibidos en beneficio de los demás, con un gran sentido de responsabilidad, sabiendo que entregamos a los demás los frutos cosechados de aquellas semillas que ha puesto Dios en nosotros. Entonces, nos acercaremos al momento en que, si hemos luchado y procurado el bien, recibiremos el premio y recompensa del mismo Señor:

“Esperamos que Cristo venga del cielo con los santos ángeles, sentándose en el trono de su gloria, para distribuir a cada uno dignos premios y recompensar con honores las obras justas. Por eso nos dice el sabio Isaías sobre Cristo: *‘sobre muchos y repartirá el botín de los fuertes, por haber sido entregada su alma a la muerte y ser contado entre los impíos’* (Is. 53,12). Por medio de Cristo tendrá lugar, pues, la distribución de los premios. Él está prefigurado en Moisés y Eleazar. Cristo es a la vez Legislador y Pontífice”³²².

320 *Quodvultdeus, Sermones I de Symbolo VIII. Traducción de Santos Sabugal, El Credo. La fe la Iglesia... op. cit., 720.*

321 Gregorio Magno, *Homiliarum in Evangelica I, Homil. I, 6 PL 76,1081C.*

322 Cirilo de Alejandría, *De adoratione in spiritu et veritate IV PG 68, 335C.*



PARTE III

**Creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre y el
Hijo
que con el Padre y el Hijo
recibe una misma adoración y
gloria,
y que habló por los profetas.**

**Creo en la Iglesia,
que es una, santa, católica y
apostólica.**

**Confieso que hay un solo
Bautismo
para el perdón de los
pecados.**

**Espero la resurrección de los
muertos
y la vida del mundo futuro.**

Amén.

I. Creo en el Espíritu Santo

Cristo ha salvado al hombre revelándole el misterio de Dios en plenitud. Un misterio que se ha manifestado en la perfecta generosidad del Padre y también en la plena acogida del Hijo. Es en esta relación de Dar-Recibir, en la que se establece un misterio de amor para compartir.

El Hijo lo recibe todo del Padre y da a los hombres –según lo podemos mirar en su humanidad– el don del Espíritu. Don que contiene en sí todos los dones: “Pero el Hijo, según la bondad del Padre, dispensa como ministro al Espíritu Santo a quien quiere y como el Padre quiere (...) Por eso es múltiple la presencia interior del Espíritu de Dios, y el profeta Isaías la enumera en siete formas de ministerio, que han descansado en el Hijo de Dios, a saber, el Verbo en su venida humana”³²³.

Convenía, por tanto, que las “primicias del Espíritu Santo de los bautizados se dieran primero a la humanidad del Salvador, quien da tan gran gracia.”³²⁴ El Espíritu es, en la humanidad de Cristo, Don que se derrama. La humanidad del Verbo lo da porque lo posee en sí. Podemos reconocer que Jesús antes de su Resurrección y Ascensión al cielo, concedía esos dones del Espíritu a quienes entraban en contacto con Él, un contacto determinado por el espacio y el tiempo. Después de su Resurrección y propiamente después de la Ascensión de Jesús al cielo, vemos la plena manifestación del Espíritu Santo. Con la venida del Espíritu Santo se cumplía lo profetizado por Joel: ‘*Sucedará en los últimos días que infundiré mi Espíritu sobre toda carne y profetizarán*’ (Act. 2, 16s (= Jl. 3,1)). “Por el don del Espíritu Santo sucedió también, entre otras cosas, esta maravilla: mientras antes, sólo pocos (...) podían comprender más allá del sentido literal lo escrito en Moisés y los Profetas, ahora son innumerables los creyentes que, aunque no logren entender el significado espiritual en toda su extensión y plenitud, sí están convencidos (de él,...) siendo esta convicción indudablemente inspirada en todos por la potencia del Espíritu Santo”³²⁵.

* * *

Todo lo anterior junto nos dice que el Espíritu se define en relación con el Padre y con el Hijo: “para distinguir a las Personas se distinguen los vocablos de las relaciones (divinas), por los que se entiende como Padre a Aquél de quien todo proviene sin que Él tenga Padre; se dice Hijo, en cuanto nacido del Padre; y se dice Espíritu Santo, por proceder de la boca de Dios y santificarlo todo”³²⁶. Esta manera de definirse le permite estar siempre en movimiento, por un lado, y además poseer lo que el Padre da al Hijo

323 Ireneo de Lyon, *Demostración de la predicación apostólica* 7.9.

324 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVII, 9.

325 Orígenes, *De princíp.* II,7, 2.

326 Rufino de Aquileia, *Expositio Symb.* 33. Y en el mismo número agrega: “Y para demostrar que una y la misma es la divinidad de la Trinidad, como decimos creer *en* Dios Padre, esto es añadiendo la preposición *en*, así también decimos creer también *en* Cristo, su Hijo, así como también *en* el Espíritu Santo.”

y lo que Él posee y entrega al Padre. Diríamos que es el que da de lo que el Padre entrega. No es mayor el Padre porque da, que el Hijo porque recibe; en las relaciones al interno de la Trinidad no hay mayor ni menor; tampoco será menor el amor compartido. Tan grande, tan sublime y tan divino es el dar y el recibir como el compartir:

“El Espíritu Santo es Dios, no menor que el Padre y el Hijo, sino que uno es una majestad y la potestad, inseparable la Trinidad, indivisible la Santidad, toda ella simultáneamente y dondequiera: Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. No tres dioses, sino que la Trinidad es un solo Dios. El Hijo no está separado temporalmente del Padre, pues es la Eterna Palabra del Padre. Ni el Padre es mayor que el Hijo, pues Dios engendró sin tiempo al Dios igual, por medio del cual hizo el tiempo. Tampoco el Espíritu Santo es menor que el Padre y el Hijo, pues es la caridad y la concordia del Padre y del Hijo”³²⁷.

Digámoslo de nuevo. La Trinidad es comunidad perfecta por el hecho de que no existe el dominio de uno sobre el otro; no hay uno que sea menor y el otro mayor, pues se realiza la plena concordia entre sus miembros. Si en el seno de la Familia Divina, el Espíritu es concordia, esto significa que el Espíritu es quien realiza la comunidad de creyentes como un signo de aquella vida que manifiesta la comunidad perfecta; y, realiza esta comunidad haciendo al hombre una nueva creatura.

Esta nueva creatura para el nuevo mundo la crea el Espíritu en el Bautismo. El Bautismo logra la transformación del hombre, pues mientras el “agua rodea exteriormente (al cuerpo), (...) el Espíritu bautiza interiormente el alma (...): ¡Como el fuego penetra en el espesor del hierro y lo convierte en fuego, calentando lo antes frío y abillantando lo antes negro!”³²⁸. Al atender no a la cara del ministro sino al Espíritu Santo,³²⁹ el creyente comienza a familiarizarse con Él. La familiaridad que establece con Dios lo lleva a desprenderse de las pasiones que, si invaden al hombre, terminan alejándolo de la amistad con Dios; lo lleva también a elevar los corazones, al punto de que los débiles son guiados y los adelantados alcanzan la perfección.

Cada bautizado, por tanto, gracias al Espíritu se inserta en el misterio de la comunión divina: “(El Espíritu Santo) iluminando los ojos ya purificados de toda mancha, los torna espirituales por su comunión con Él (... de quien reciben) el conocimiento del futuro, la inteligencia de los misterios y la captación de lo oculto, la distribución de los carismas, la ciudadanía

327 Quodvultdeus, *Serm. III de Symb.* IX. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe la Iglesia...* op. cit., 842.

328 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVII,14.

329 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVII, 15.

celestial, la danza con los ángeles, la alegría interminable, la permanencia en Dios, la asimilación a Él y el deseo supremo: hacerse Dios³³⁰.

Insistamos, el Espíritu hace posible la familiaridad del hombre con Dios y, por eso, la creatura puede invocar a Dios con el nombre 'Abba, Padre' (cf. Gál. 4,4-6; Rom. 8, 14-16);³³¹ practicar todas las virtudes y afrontar "con valentía todas las asechanzas del diablo y las persecuciones de los hombres, contando con la poderosa fuerza del Espíritu. Es Él quien transforma y traslada a una forma de vida a los fieles, en quienes habita (cfr. 1 Cor. 3,16; 6,19; Rom. 8,11) (...) no es ciertamente difícil percibir cómo transforma el Espíritu la imagen de aquellos en los que habita: del amor a las cosas terrenas, el Espíritu nos conduce a la esperanza de las cosas celestes; de la cobardía y timidez, nos guía hasta la valentía y generosa intrepidez del Espíritu"³³².

El Espíritu de Cristo no solamente obra una nueva creatura sino también una nueva comunidad. La realiza, en efecto, pues es el único que posibilita con una habilidad incomparable que nos entendamos, que sean vencidas esas barreras del "idioma", de la comunicación; mueve a que muchos logren expresar lo que sienten, creen o sueñan: "Los galileos Pedro y Andrés hablaban persa o medo, Juan y los demás apóstoles hablaban en cualquier lengua a los gentiles... ¿qué Maestro hay tan hábil que en un instante enseñe a sus oyentes lo que ignoran?... el Espíritu Santo les enseñó a la vez muchas lenguas que aquellos no hubieran aprendido en toda su vida: ¡Esta es ciertamente sabiduría grande, fuerza divina!"³³³

Las confusiones entre los hermanos son eliminadas, las divisiones ocasionadas por la voluntad o por el pensamiento que se oponían a Dios las transforma el Espíritu en "unidad e igualdad de pareceres, porque lo que se pretendía (en Pentecostés) era piadoso; lo que allí produjo dispersión (= Babilonia) realizó aquí el retorno (= Pentecostés)"³³⁴. Él consuela, anima y socorre las flaquezas de los miembros de la comunidad, pues es Paráclito; esto es, Consolador. Con su poder de intercesión, Él es Abogado, procura que se superen los conflictos que nacen de los yerros de los que se equivocan en la comunidad; consuela a los entristecidos por haber provocado rupturas en la vida de la comunidad; cuando ésta se ve desmoronada, desesperanzada, el Paráclito la alienta y le da alivio y esperanza.

El Espíritu santo crea la comunidad al conducir a los hombres a la familiaridad con Dios, al eliminar los límites en las relaciones fraternales. Este es el modo de provocar la comunión; por tanto, no es una comunidad

330 Basilio de Cesarea, *El Espíritu Santo* IX, 23 (Introducción y notas de Giovanna Azzali Bernardelli. Traducción y notas de Argimiro Velasco Delgado, Madrid, 1996).

331 "Por el Espíritu tenemos el restablecimiento en el Paraíso, la subida al Reino de Dios y la vuelta a la adopción filial, la confiada libertad de llamar Padre a nuestro Dios...". Basilio de Cesarea, *El Espíritu Santo* XV, 36.

332 Cirilo de Alejandría *In Ioannis Evangelium* Lib X PG 74, 434CD.

333 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVII,16.

334 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVII, 17.

que se crea con la fuerza o con el temor: “Por lo demás, el Espíritu Santo no viene violenta y sanguinariamente, como el ‘Espíritu’ inmundo lo hace, sino que su venida es dulce, de fragante olor su percepción, suavísimo su yugo; rayos brillantes de luz y conocimiento delatan su presencia, viniendo con entrañas de bienhechor a salvar y a curar, a enseñar y corregir, a fortalecer, aconsejar e iluminar la mente de quien le recibe y mediante él, de otros muchos (...) Quien posee el Espíritu Santo tiene iluminada el alma y ve sobrehumanamente lo que no conocía: ¡Con los pies en la tierra, su alma escudriña el cielo!”³³⁵

Por las anteriores razones, al Espíritu Santo se le llama Fuego y Agua. Es fuego “que no quema sino salva, consumiendo las espinas de los pecados y dejando brillantísima el alma”³³⁶. El alma de los creyentes brilla por las virtudes que florecen en ella y que hacen posible una comunidad enriquecida en todos sus aspectos: el Espíritu es agua. Y ¿por qué al gratuito don del Espíritu le llamó ‘agua’? (cfr. Jn. 4,10.14), “porque el agua todo lo conserva, produce la hierba y la vida, desciende de los cielos en las lluvias y, bajo una forma única, realiza obras diversas: un solo manantial regaba todo el ‘jardín’ (Gén. 2,10); una misma lluvia cae sobre todo el mundo, deviniendo blanca en la azucena, roja en la rosa, purpúrea en la violeta y en el jacinto... ¡distinta y variada en las diversas clases de flores! (...el agua) se acomoda a la constitución de los seres, que la reciben y para cada uno es lo que le conviene: ¡Así es el Espíritu Santo!: siendo uno simple, e indivisible, ‘a cada uno distribuye la Gracia como quiere’ (1 Cor. 12,11). Y como un árbol marchito brota si se le siega, así el alma pecadora introduce racimos de justicia, si por la penitencia se hace digna del Espíritu Santo. Aunque simple, por la voluntad de Dios (Padre) y en nombre de Cristo el Espíritu Santo produce muchas virtudes: usa la lengua de cada uno para la sabiduría, ilumina el alma de otro para la profecía, a uno le da el poder de expulsar demonios, a otro el don de interpretar las Sagradas Escrituras, robustece la castidad y enseña a otro a dar limosna, a uno instruye a practicar el ayuno y a otro enseña a despreciar las cosas corporales, preparando a otro para el martirio. Siendo (sus dones) diferentes en los hombres diversos, no es el diverso de sí mismo como está escrito: a cada uno se le da la manifestación del Espíritu Santo (1 Cor. 12,7)”³³⁷.

Esta riqueza de dones con los que se manifiesta el Espíritu Santo, se tocan, se contemplan en la vida de los miembros de la comunidad. La comunidad se crea cuando alargamos la mirada y reconocemos que los dones se hacen presentes en personas concretas:

“¡Grande omnipotente es en sus dones! Piensa cuántos estamos aquí: en cada uno obra como le conviene. A los cristia-

335 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVI,16.

336 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVII,15.

337 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVI,12.

nos de toda esta Diócesis, los de todo el mundo...: Mira a los obispos, presbíteros y diáconos; monjes, vírgenes y laicos (...) como da a uno la castidad y a otro da la virginidad perpetua, a éste el don de dar limosna, a aquél la pobreza voluntaria, y a otro el don de expulsar los espíritus enemigos, iluminando asimismo los ojos de los 'ciegos' no culpables por su incredulidad. ¡Tal es el poder ejercido por el Espíritu Santo en todo el mundo!"³³⁸

A este Espíritu se le reconoce de una manera especial por su actuación en el corazón de los fieles y en la comunidad. Él ha hecho posible que una comunidad (=la Iglesia) inicie en la historia un tipo de relaciones que nos anticipa la vida Divina en plenitud. Ella es germen del Reino, de la Familia divina que sólo en el cielo la veremos en plenitud. "A la Iglesia, en efecto, fue confiado el 'Don de Dios' (Gén. 4,10), como el soplo a la creatura plasmada (cfr. Gén. 2,7), a fin de que todos los miembros sean vivificados mediante su participación; en ella fue depositada la comunión con Dios; es decir, el Espíritu Santo arra de incorrupción (cfr. Ef. 1,14 a 2Cor. 1,22) confirmación de nuestra fe y escala de nuestro ascenso a Dios. En efecto, en la Iglesia puso Dios 'apóstoles, profetas y Maestro' (1Cor. 12,28), así como la restante operación del Espíritu (cfr. 1 Cor. 12,11) no participando de Él quienes no van a la Iglesia y se privan de 'la vida' por sus falsas doctrinas y acciones perversas. Pues, donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia. (*ubi enim Ecclesia, ibi et Spiritus Dei, ibi Ecclesia et omnis gratia*)"³³⁹

Dios quiere que la comunidad humana, que todos los hombres, no entremos ya en familiaridad por las insoportables cargas de una ley o por la disciplina de no comer tales o cuales manjares impuros o por las prácticas de una religión de ritos y formas externas (= El sábado, los nubilunios, la circuncisión, los lavatorios, los sacrificios); Dios crea esa comunidad por la inhabilitación en ella del Espíritu, por la riqueza de sus dones, la abundancia de sus bienes. Todo esto nos lleva a confesar que "la Iglesia Católica pertenece al Espíritu Santo, que en ella habita"³⁴⁰.

* * *

II. Creo en la Iglesia

Dentro de la confesión de fe en el Espíritu Santo, ubicamos los últimos artículos del Credo: la Iglesia, el Bautismo, la Resurrección de la Carne y la vida eterna.

Rufino de Aquileia con bastante precisión distingue entre la confe-

338 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVI, 22.

339 Ireneo, *Adv. Haer.* III, 24,1 PG7, 966.

340 II Conc. Nicea 787, Dz. 302.

sión de fe en lo divino y en las obras que de Dios se derivan. En efecto, no se puede creer en las creaturas como si fuera Dios. Para él, el movimiento que el hombre hace para unirse a las verdades absolutas debe dirigirse sólo a Dios. Por eso creemos en Dios Padre, en el Hijo y el Espíritu Santo. Sin embargo, cuando llegamos a la Iglesia y a los otros artículos hacemos la confesión de que existe la Iglesia, el perdón, la resurrección y la vida eterna, sin proclamarla como objeto culminante de adoración. Es decir, la confesamos no como si fuera Dios sino como obras realizadas por Él. De este modo, a la vez que se distingue la Creatura del Creador y lo divino de lo humano, se reconoce su mutua compenetración³⁴¹.

Lo anterior lo sintetiza el *Catecismo de la Iglesia Católica* 750 así:

“Creer que la Iglesia es ‘Santa’ y ‘Católica’, y que es ‘Una’ ‘Apostólica’ (como añade el Símbolo Nicenoconstantinopolitano) es inseparable de la fe en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el Símbolo de los Apóstoles, hacemos profesión de creer que existe una Iglesia Santa (‘Credo... Ecclesiam’), y no de creer en la Iglesia para no confundir a Dios con sus obras y para atribuir claramente a la bondad de Dios todos los dones que ha puesto en su Iglesia (cf. Catech. R. 1,10,22).”

No debemos creer en la Iglesia como si fuera Dios, pero sí debemos situarla dentro de las obras del Espíritu Santo, lo que significa confesar que ella es el lugar ‘donde florece el Espíritu’³⁴². Por esto, la Iglesia debe ser creída, pues ‘el que cree en el Creador, cree también en la obra del Creador’³⁴³, según la misma advertencia del Señor: ‘Si a mí no me creéis, creed al menos a mis obras’ (Jn. 10,38)

La Iglesia es obra del Espíritu y por ser su obra está marcada por aquello que es propio del Espíritu: el ser vínculo de caridad. La Iglesia es la comunidad de hombres y mujeres que se han vinculado para entrar en aquellas relaciones divinas de generosidad, acogida y comunión; sus miembros, dentro de las limitaciones humanas, logran ser sacramento de la Trinidad. Por este motivo, con justa razón, se le llama a la Iglesia con las denominaciones “Madre de todos nosotros” y “el Cuerpo de Cristo”.

* * *

341 “En efecto, los siguientes artículos del símbolo (...) no dicen: ‘En la Santa Iglesia’ (en latín: *in sanctam Ecclesiam*) ni en el perdón de los pecados ‘ni en la resurrección de la carne’. Pues si hubiese añadido la preposición ‘en’, uno y el mismo habría sido el significado con los artículos precedentes. Por el contrario, mientras que en los artículos que tratan de la fe en la divinidad, se dice: ‘En Dios Padre’ (*In Deo Pater*) y ‘en Jesucristo su Hijo’ (*in Jesu Christo Filio*) y en el Espíritu Santo, en los referentes no a la divinidad sino a las creaturas y a los misterios de salvación, no se añade la preposición ‘en’, para decir ‘en la santa Iglesia’, sino que hay que creer en la Iglesia no como si fuera Dios sino como Iglesia congregada por Dios; así se debe creer ‘el perdón de los pecados’, no ‘en el de la carne’. Así, mediante esta preposición se distingue al Creador de las creaturas y lo divino se separa de lo humano”. Rufino de Aquileia, *Exp. Symb.* 34

342 Hipólito de Roma, *La tradición apostólica* 35 (Traducción hecha por el grupo de traductores de la Editorial Lumen, Buenos Aires, 1990).

343 Ambrosio de Milán, *Expla. Symb.* PL17,1195.

1. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo

La figura del Cuerpo para referirla a la Iglesia es bíblica: “las divinas letras dicen que la Iglesia entera es el Cuerpo de Cristo”³⁴⁴. La expresión nos ayuda a comprender muchas verdades de la fe. La Iglesia es llamada Cuerpo por ser Misterio de la unidad; esto es, porque sus miembros están unidos entre sí comunicándose vida y fuerza; no hay miembro que no tenga en la complejidad del cuerpo el poder de dar y de recibir: “No busquen el Espíritu Santo, sino el Cuerpo de Cristo (...) El Pan es sacramento de la unidad, pues dice el Apóstol: ‘Porque aun siendo muchos, un solo pan y un cuerpo somos’ (1 Cor. 10,17). Sólo la Iglesia Católica es el Cuerpo de Cristo, y Cristo es la cabeza y el Salvador de su Cuerpo. Fuera de este Cuerpo, a nadie vivifica el Espíritu Santo; ya que, como dice el mismo Apóstol: ‘La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado’ (Rom. 5,5). No será partícipe de la divina caridad, quien es enemigo de la unidad. Y así no tienen el Espíritu Santo, los que están fuera de la Iglesia (...) Luego, quien quiera tener el Espíritu Santo, que entre en la Iglesia”³⁴⁵.

La unidad de este Cuerpo está activada por la vida de Cristo Resucitado; y así como el alma vivifica y mueve al cuerpo “el cual por naturaleza no puede moverse por sí mismo de manera viva, así el Logos, moviendo y activando hacia el cumplimiento de sus deberes el Cuerpo entero que es la Iglesia, mueve a cada uno de los miembros de ella, los cuales nada hacen fuera del Logos”³⁴⁶.

Y decimos que es el Logos quien vivifica el Cuerpo de Cristo, pues la Gracia (=Espíritu Santo) que se difundió en los labios del Maestro se derramó, a modo de herencia, en todos sus miembros³⁴⁷. Esta riqueza que desciende de la cabeza posibilita que aun cuando haya muchos hombres, hay un solo hombre; que aún cuando haya muchos cristianos, hay un solo Cristo: “Estos cristianos, con su cabeza que subió al cielo son un solo Cristo. No es uno y nosotros muchos, sino que, siendo muchos en Aquél que es uno, somos uno”³⁴⁸.

Tertuliano explica esta unidad de la Iglesia como un cuerpo así:

“Los cristianos somos un cuerpo, por la conciencia de religión, por la unidad de disciplina y por la asociación de la esperanza”³⁴⁹.

344 Orígenes, *Contra Celso* VI, 48.

345 Agustín de Hipona, *Epístola a Bonifacio* 185,50 en *Obras completas de san Agustín* XI (Edición preparada por F. Lope Cilleruelo, Madrid, 1963)

346 Orígenes, *Contra Celso* VI,48.

347 Procopio de Gaza, *Commentarium in Isaiam* XI PG 87,2042.

348 Agustín de Hipona, *Enarraciones sobre los salmos* 127,3 en *Obras completas de san Agustín* XXII... *op. cit.*

349 Tertuliano, *Apológ.* 39,1.

La unidad así vista se puede explicitar de esta manera: unidad de la religión, unidad de la disciplina y unidad de la esperanza.

a. La unidad de la religión

La comunión entre los miembros de la Iglesia se pone en evidencia en las expresiones de su religión, por esto se dice, con toda razón, que “se designa a ‘Iglesia’ a toda la asamblea de los fieles, que sirven ortodoxamente a Dios”³⁵⁰. En la Iglesia creemos y profesamos una misma doctrina, realizamos una misma celebración cultural, y procuramos ir de acuerdo en el actuar pastoral; todo esto como expresión de aquel misterio de unidad al cual estamos llamados y el cual veremos realizado en la eternidad.

b. La unidad de la disciplina

Cuando en la Iglesia se habla de unidad en la disciplina, no se trata de una disciplina, al modo militar, sino de un tipo de comportamiento que nos hace creíbles en el mundo, sin violentar a nadie:

“Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres (ni por su tierra ni por su habla, ni por sus costumbres) (...) habitan sus propias patrias, pero, como forasteros, toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. Se casan como todos, como todos engendran hijos, pero no exponen a los que les nacen; ponen mesa común, pero no lecho. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas, pero con su vida sobrepasan las leyes”³⁵¹.

c. La unidad por el vínculo de la esperanza

La pertenencia a una comunidad en la que habita el Espíritu de Cristo se realiza por el Bautismo: “he sido bautizado para llegar a ser miembro del gran Cuerpo de la Iglesia”³⁵². Desde que el hombre se incorpora al misterio de la Iglesia, está llamado “gozosamente, según sus fuerzas y conocimiento, a la construcción de la Iglesia”³⁵³. La construcción gozosa lo compromete a llenar de entusiasmo a sus miembros. Cuando entre los miembros se experimenta la comunión, se unen en la caridad y se alegran del nombre y de la fe católica, se experimenta la fuerza misteriosa del Espíritu que en esperanza alimenta su fe:

“Que formen parte del Cuerpo de Cristo, si quieren vivir del Espíritu de Cristo”³⁵⁴. “También nosotros recibimos el Espíritu Santo si amamos a la

350 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* X, 15.

351 *Discurso a Diogneto* V, 1-10.

352 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* X, 15.

353 Cirilo de Alejandría, *De adoratione in spiritu et veritate* IX, PG 63, 594D.

354 Agustín de Hipona, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan* 26,3 en *Obras completas de san*

Iglesia, y si estamos unidos por la caridad, y si nos gozamos del nombre y fe católicos. Creámoslo así hermanos; en el mismo grado que ama alguien a la Iglesia, en ese mismo grado posee el Espíritu Santo”³⁵⁵. Nada debe ser tan temible al cristiano como el separarse del Cuerpo de Cristo, porque, si se separa del Cuerpo de Cristo, ya no es miembro suyo; y si no es miembro suyo, no vive de su Espíritu. ‘El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo’. (Rom. 8,9)”³⁵⁶

* * *

2. La Iglesia es Madre

Junto a la figura del Cuerpo para contemplar a la Iglesia como misterio de comunión, está la de considerarla como una Madre.

No cualquier comunidad puede hacer presente el misterio de la Vida divina. La Iglesia hace posible que entre sus miembros se viva la familiaridad y esto porque en ella se nace, se crece, se vive. Se establecen vínculos de pertenencia y de beneficios, pero, sobre todo, se experimenta el amor que nos permite sentirnos en casa. De pertenencia, porque el nacer de ella nos hace miembros de su cuerpo: “puesto que los bautizados son miembros suyos, (cfr. 1 Cor. 12,27). Si, pues, da a luz a los miembros de Cristo, la semejanza con María es grandísima”³⁵⁷. De beneficios porque al refugiarse en ella mamamos de la leche de su seno y somos nutridos de las Escrituras, “porque en este mundo ha sido plantada la Iglesia como jardín”³⁵⁸. Pero sobre todo la Iglesia debe reunir a sus hijos por la fuerza de la caridad: “Pues esto es lo propio de la Iglesia: vencer, cuando es herida; ser reconocida cuando se la ataca, ganar cuando es abandonada. Ella querría ciertamente que todos permanecieran con ella y dentro de ella, no expulsar a ninguno de su regazo lleno de paz, ni perderlo cuando se hace indigno de la hospitalidad de una madre tan sublime (...) La felicidad sólo se puede obtener en ella”³⁵⁹.

La Iglesia es Madre y el amor de la maternidad lo manifiesta en su atractivo y en la belleza de Virgen. La hermosura de la Iglesia que la hace atractiva para que los hombres y mujeres se sientan misteriosamente unidos en torno a su belleza, radica en la pulcritud de su doctrina, en la integridad de la fe y de la piedad, a ejemplo de la Virgen Madre:

Agustín XIII (Versión, introducción y notas de Teófilo Prieto, Madrid, 1955).

355 Agustín de Hipona, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan* 32,8.

356 Agustín de Hipona, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan* 27,6.

357 Agustín de Hipona, *Serm. 213,8 en Obras completas de san Agustín XXIV... op. cit.* “(Cristo) tiene por esposa a la Iglesia de la que nacerían hijos espirituales” Cipriano, *Testim. II*, 19 en *Obras de san Cipriano... op. cit.* “Amad lo que vais a ser. Vais a ser hijos de Dios e hijos de adopción. Reconoce, oh cristiano, aquel otro Padre que, al abandonarte ellos, te recogió desde el seno de tu madre, y a quien cierto hombre creyente dice con verdad: ‘tú eres mi protector desde el seno de mi madre’. El Padre es Dios; la Madre, la Iglesia” Agustín de Hipona, *Serm. 216,8 en Obras completas de san Agustín XXIV... op. cit.*

358 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer. V*, 20,2.

359 Hilario de Poitiers, *La Trinidad VII*, 4.

“Lo que hizo el seno de María respecto a la carne de Cristo, lo haga vuestro corazón respecto a la ley de Cristo. ¿Pues cómo vais a estar excluidos del parto de la Virgen si sois miembros de Cristo? María dio a luz a vuestra Cabeza y la Iglesia a vosotros. También ésta es Madre y Virgen: Madre por las entrañas de la caridad, Virgen por la integridad de la fe y de la piedad. Engendra a los pueblos, pero todos son miembros de uno solo, de la que ella es Cuerpo y Esposa. Siendo también en esto semejante a María Virgen, que también es madre de la unidad entre muchos”³⁶⁰.

La adúltera tiene belleza fugaz, la Esposa belleza permanente. Se sufre cuando se ama la adúltera sabiendo que es buena la Esposa, pero el sufrimiento es aún mayor si la que se ama es esposa ‘virginal’ que sólo conoce el tálamo de su único amor. La virginidad que hace estar con ella consiste en su sinceridad y en su fe: “¿Dónde está la virginidad? (...) La virginidad es la integridad de la fe católica”³⁶¹. La Esposa no engaña aunque deje sentir la fuerza de sus palabras. Ella no engaña pues conoce bien a su Esposo³⁶². Si hay verdad, fe y piedad hay motivos para mantenerse unidos. La Virginidad de la Iglesia descansa en su fe y en virtud de su fe ‘las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella’; “ésta es la fe, que tiene las llaves del Reino de los cielos; lo que esta fe ate o desate en la tierra quedará atado o desatado en el cielo. Esta fe es el don de la revelación del Padre (...) Sea otra la fe si otras son las llaves del reino de los cielos. Sea otra la fe si otra ha de ser la Iglesia contra la que no han de prevalecer las puertas del Infierno. Sea otra la fe si ha de haber otros apóstoles que aten y desaten en el cielo lo que han atado o desatado en la tierra. Sea otra la fe si se ha de predicar a Cristo como otro Hijo de Dios distinto al que es”³⁶³.

* * *

Llamar a la Iglesia Madre y Cuerpo es reconocer que es el signo, sacramento o misterio de la Familia de Dios. Esta Iglesia de Cristo se caracteriza por:

- a. La unidad
- b. La catolicidad
- c. La santidad
- d. La apostolicidad

Estas notas características nos permiten comprender mejor en qué sentido la Iglesia es imagen de la vida Trinitaria y germen de la vida que realizaremos en la eternidad.

360 Agustín, *Serm.* 192,2 en *Obras completas de san Agustín XXIV... op. cit.*

361 Agustín de Hipona, *Serm. Dennis* 5,8 en *Obras completas de san Agustín VII... op. cit.*

362 “La esposa de Cristo (...) sólo conoce una casa, guarda la inviolabilidad de un solo tálamo (...) todo el que se separa de la Iglesia, se une a una adúltera, se aleja de las promesas de la Iglesia y no logrará las recompensas de Cristo”. Cipriano, *De la unidad de la Iglesia* 6.

363 Hilario de Poitiers, *La Trinidad* VI, 37.

A. La Iglesia es una.

Cuando confesamos que la Iglesia es ‘una’ queremos proclamar, ante todo, que ella es la casa de Dios, donde los hombres lo encuentran; que la Iglesia busca y escucha y es escuchada. Se trata de aquella unidad que se celebra, y que se mantiene gracias a la responsabilidad de sus miembros.

1. Es la casa de todos.

La Iglesia no excluye a nadie sino que abraza a todos aquellos que “en cualquier lugar creen y esperan recibir la vida celestial”³⁶⁴. En ella están reunidos los que por la fe creen que es posible unirse en la medida en que seamos cada vez más acogedores de los dones de Dios; aquellos que creen que no es la fuerza o la violencia, la guerra o el músculo, sino el don de Dios que nos convierte en una familia:

“La unidad nos junta para que podamos ser sus miembros; y la unidad es realizada por la caridad. ¿Y cuál es la fuente de la caridad? *‘La caridad ha sido derramada en nuestros corazones, por medio del Espíritu Santo, que nos ha sido dado’* (Rom. 5,5) (...) Se dicen estas cosas para que nos enamoremos de la unidad y temamos la división. Nada debe ser tan temible al cristiano, como el separarse del Cuerpo de Cristo, porque si se separa del Cuerpo de Cristo ya no es miembro suyo; y si no es miembro suyo, no vive de su Espíritu (cfr. Rom. 8,9)”³⁶⁵.

2. Iglesia quiere entender y quiere ser comprendida.

El mundo ha experimentado las lamentables consecuencias a las que se puede llegar si los hombres no se comprenden. Cuando no se tiene la generosidad de dar ni la capacidad de acoger, se produce la confusión. La Iglesia ha nacido como una comunidad en la que es posible entenderse, aceptarse, ser de provecho, donde se deja a un lado la soberbia que impide que nos unamos por motivos perversos. Si la soberbia, el afán de unos de estar sobre otros, ha creado las divisiones, la comunidad cristiana trata de que los hombres unificados por el Espíritu se entiendan, pues ahora se habla la lengua de todos (= cfr. Act. 2,4-11. 6b-11b): “Las lenguas divididas se reunieron en una. Luego si todavía se ensañan y son gentiles, les conviene tener lenguas diversas. Desean tener una sola lengua, vengan a la Iglesia,

364 Teodoro de Mopuestia. *Hom. cateq.* X, 19.

365 Agustín de Hipona, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan* 27,6.

porque en medio de las lenguas de carne existe una sola en la fe del corazón”³⁶⁶. “Un solo hombre hablaba las lenguas de todos los pueblos: he aquí simbolizada la unidad en los idiomas de todas las naciones. También aquí se nos intima la unidad de la Iglesia Católica difusa por todo el orbe!”³⁶⁷

La unidad, entonces, en la Iglesia no es uniformidad; pues, “en la diversidad de las lenguas de carne existe una sola en la fe del corazón.” Por esta razón, el gozo de la Iglesia es saberse madre de los hombres que vienen de diversas partes; con sus formas de expresarse, de reaccionar y de celebrar. Todo esto enriquece y favorece: “Ovejas multicolores eran el salario de Jacob (Gén. 30,32); y salario de Cristo, los hombres de abigarradas y diferentes naciones se congregan en único redil de la fe; según se lo prometió el Padre al decir: *‘Pídeme y te daré las naciones por herencia tuya y los confines de la tierra por dominio tuyo’* (Ps. 2,8)”³⁶⁸.

3. Unidad cultural.

La Iglesia congregada manifiesta que es un solo corazón y una sola alma en el culto a Dios: “Porque la Iglesia es una y uno el misterio de Cristo, no hay sacrificio legítimo ni agrada a Dios si no se hace en la Iglesia”³⁶⁹. “(En la noche de Pascua) cada familia toma una oveja y los participantes se reúnen por tribus en una casa. También nosotros, como divididos por subsistir en una naturaleza individual, nos reunimos en Cristo en una unidad espiritual: ¡Tenemos una sola alma y un solo corazón! (Cfr. Act. 4,32)”³⁷⁰.

* * *

En este artículo de nuestra fe proclamamos, además, que la unidad eclesial está promovida, orientada y garantizada por cada uno de los miembros de esta comunidad.

1. Por la persona del Papa y de los Obispos

Los principales responsables de congregar a la comunidad son aquellos asignados por Dios para ser principio de unidad. Principio que se hace visible en la figura de Pedro: “Las palabras del Señor a Pedro (cfr. Mt. 16,18s) (...Muestran, que Cristo) edifica su Iglesia sobre uno, encomendándole que apaciente sus ovejas. Y aunque después de la resurrección confiere el mismo poder a todos los apóstoles (cfr. Jn. 20,21-23) (...); sin embargo, para manifestar la unidad (estableció una cátedra y) decidió con su autoridad, que el origen de la unidad proviniese de uno solo. Cierto que los demás apóstoles eran lo que era Pedro: estaban dotados como Pedro de la misma

366 Agustín de Hipona, *Enarraciones sobre los Salmos* 54,11-12.

367 Agustín de Hipona, *Serm.* 268,1 en *Obras completas de san Agustín XXIV... op. cit.*

368 Ireneo de Lyon. *Adv. Haer.* IV, 21,3.

369 Cirilo de Alejandría, *De adoracione in spiritu et veritate* Lib. XIII, PG 68, 879B.

370 Cirilo de Alejandría, *De adoracione in spiritu et veritate* Lib. XVII, PG 68, 1067B.

dignidad y poder. Pero el principio nace de la unidad y la cátedra de Jesucristo (...). Esta unidad de la Iglesia está prefigurada por el Espíritu Santo, cuando dice: *‘una sola es mi paloma, mi hermosa es única de su madre, la elegida de ella.’* (Cant. 6,8) Quien no guarda esta unidad de la Iglesia, ¿va a creer que guarda la fe? Quien resiste obstinadamente a la Iglesia, quien abandona la cátedra de Pedro sobre la cual está cimentada la Iglesia, ¿puede confiar que está en la Iglesia?³⁷¹

La principal y suprema función de Pedro está en ser un signo de unidad. Confirmar a la Iglesia como una familia, capaz de superar divisiones y separaciones; convocar a los hombres para que no llamen impuro lo que Dios ha santificado³⁷². Junto a esta función de unificar a la familia cristiana, Pedro representa en su persona la comunión de la Iglesia y su pluralidad; él debe ser capaz de que sus posiciones no se vean parcializadas, perjudicando la unidad de la comunidad cristiana:

“El relato evangélico (...) sobre el Señor caminando sobre las aguas del mar y sobre Pedro caminando sobre las mismas, el cual, temiendo, vaciló, hundiéndose por desconfiar, salió a flote por confesar (cf. Mt. 14,22-33), nos invita a entender por el mar el mundo presente, viendo más bien en Pedro a la figura de la Iglesia única. Pues, el mismo Pedro, primero en la jerarquía de los apóstoles y prontísimo en el amor de Cristo, responde muchas veces él solo por todos. Preguntando el Señor Jesucristo por quién le tenían los hombres, y respondiendo los discípulos las variadas respuestas de aquellos, interrogó de nuevo el Señor: *‘Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?’* Pedro contestó: *‘Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo’*; él solo responde en nombre de todos. La unidad en la pluralidad (...) Pedro es el pueblo cristiano³⁷³.

Pedro une en la medida que él sea figura de los fuertes y de los débiles; de aquellos que confían, y de los que tiemblan, de los que flaquean y de los que no temen a la muerte. En todo caso, ser un signo de quienes encuentran en Cristo la Piedra sobre la cual fundamentar su propia vida y su historia: “...y añadió después: *‘Yo te digo...’* como diciendo: Por haberme dicho: *‘Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo’*. Yo a mi vez te digo: *‘Tú eres Pedro’* antes se llamaba Simón, dándole el Señor el nombre de *‘Pedro’*, para que pudiera figurar y representar a la Iglesia; porque Cristo es la *‘Piedra’* (cfr.

371 Cipriano, *De la unidad de la Iglesia* 4.

372 “¿Quieres ver ahora una casa bien amueblada? Sigue a Pedro, que se dirige a la parte alta de la casa, cuando siente hambre (cfr. Act. 10,9-10). Allí conoció el misterio de la formación de la Iglesia, con lo que entendió que no era inmundo, como él creía, aquel pueblo gentil, al que la fe puede limpiar de toda mancha”. Ambrosio de Milán, *Tratado sobre el Evangelio de san Lucas* VIII, 42.

373 Agustín de Hipona, *Serm. 76*. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe la Iglesia... op. cit.* 910. También se encuentra el texto en *Obras completas de san Agustín X* (Edición preparada por Amador del Fueyo, Madrid, 1952).

Mt. 22,42; Rom. 9,32-33; 1Pe. 2,4-8), Pedro es el pueblo cristiano. 'Piedra' es el nombre principal, luego 'Pedro' se deriva de 'Piedra', no al revés, como 'cristiano' se deriva de 'Cristo', no viceversa. 'Tú eres Pedro' –le dice–, y sobre la Piedra que has confesado, 'sobre esta Piedra –cuya naturaleza proclamaste al decir: 'Tú eres el Mesías, el Hijo vivo'– edificaré Yo mi Iglesia' (Mt. 13-18); es decir: sobre mí mismo, el Hijo de Dios vivo edificaré yo mi Iglesia. Te edificaré a ti sobre Mí, no a Mí sobre ti (...) Este mismo Pedro, a quien la 'Piedra' acaba de llamar 'bienaventurado', figura de la Iglesia y poseedor del principado del apostolado (...) se disgustó al oír al Señor predecir su pasión (...): 'lejos de ti, Señor, no te suceda esto' (...) pero el Señor reprochó a quien antes había alabado y, al que un poco antes dijo: 'bienaventurado', ahora le llama 'Satanás' (cfr. Mt. 16,21-23) (...) Considerando todo esto, aprendamos nosotros –miembros de la Iglesia– a distinguir lo que viene de Dios y de nosotros: ¡Sólo así no vacilaremos, teniendo por cimientito a la 'Piedra' (...) Mirad, sin embargo, a Pedro, quien entonces era figura nuestra: ora confía, ora titubea, ya le confiesa inmortal, ya teme su muerte. Habiendo en la Iglesia hombres fuertes y débiles (...), cuando Pedro dijo: 'Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo' es figura de los fuertes; cuando tiembla y flaquea, cuando no quiere que Cristo sufra, por temer a la muerte y no reconocer a 'la vida' (Jn. 14,6), es figura de los débiles de la Iglesia. En el apóstol Pedro, por tanto, el primero y principal en la jerarquía de los apóstoles y en el que estaba prefigurada la Iglesia, se dio el signo de las dos clases de hombres –los fuertes y los débiles–, pues ¡sin ambos no existe la Iglesia!"³⁷⁴

* * *

Unidos a Pedro, los demás pastores³⁷⁵ han de procurar que nunca la familia se disgregue, que todos lleguen a experimentar la acogida, la vida, la grandeza de la donación y la real y al mismo tiempo dura certeza de que somos una extraña unión de fortaleza y debilidad.

La caridad de los pastores logra, de un modo eficaz, la comunión de toda la grey. El Pastor debe ser cálido para que la comunidad arda en el alma y en el cuerpo: "Se nos hace casi necesario atender con más diligencia al porqué, cuando le preguntó el Señor: '¿Me quieres?', él (= Pedro) respondió: 'Tú, Señor, sabes que te amo' (Cfr. Jn. 20,15-17). Me parece que, en este texto, el amor lleva consigo la caridad de espíritu; en otras palabras, el amor está entendido aquí como una especie de calor que procede del ardor del alma y del cuerpo, y pienso que Pedro ardía en deseos no sólo espirituales, sino también, corporales de servir a Dios. Por eso el Señor, la tercera vez ya no le preguntó: '¿Me quieres?', sino '¿Me amas?' Ni le manda tampoco –como lo hizo la primera vez– apacentar a 'los corderos', a los que había que ali-

374 Agustín de Hipona, *Serm.* 76. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe la Iglesia...* op. cit., 910-911. pp.

375 Agustín de Hipona, *Serm.* 76. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe la Iglesia...* op. cit., 910-911. pp.

mentar con *'leche'*; ni tampoco a las ovejas jóvenes –como lo hizo la segunda– sino a las *'ovejas'*, para indicar que el más perfecto debe gobernar a los más perfectos³⁷⁶.

* * *

Los pastores son quienes gobiernan, quienes “presiden”. Su ministerio es ante todo un don del Espíritu. De la misma manera que hay “diferencia entre los guiados por su educación, ejercicio y edad, también existe entre los que guían³⁷⁷.”

Al guiar a las comunidades, los pastores prestan el servicio más modesto, pero de gran utilidad y de iluminación, pues “Dios puso en la Iglesia a algunos primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como pastores y maestros.” (1 Cor. 12,28^a)³⁷⁸. San Gregorio Nacianceno interpreta este texto así: “el primer lugar es reservado a la verdad, el segundo a la sombra, el tercero a una más modesta medida de utilidad y de iluminación³⁷⁹. Dicho de otro modo, el que preside debe ser consciente de que su servicio en la Iglesia es hacer descubrir, resaltar y estimular lo que por su medio Dios sigue dando a los demás. La particular experiencia de fe que tuvieron los apóstoles de entrar en comunión con la vida de Cristo Resucitado es ahora disfrutada por todos los creyentes. El encuentro con Cristo significó la posesión de riquezas por parte de todos; hay quienes están llamados de un modo especial a dinamizar esas riquezas carismáticas de la misma comunidad. Por esta razón, Pablo sitúa a los pastores en un tercer lugar: “¡Respetemos este orden, hermanos, y observémoslo! Que uno sea oído y otro lengua, uno mano y otro cualquier parte del cuerpo, uno enseñe y otro aprenda. (...)”³⁸⁰

Si los pastores han de promover con todas sus fuerzas la unidad de la familia, han de ser ellos primero quienes vivan la comunión: “Debemos mantener y defender con toda energía esta unidad, mayormente los obispos, que estamos al frente de la Iglesia, a fin de probar que el mismo episcopado es uno e indivisible, (...) del cual participa cada uno por entero³⁸¹.”

Por lo demás, la unidad de los pastores hace visible, de un modo especial, la unidad de las comunidades cristianas de las cuales ellos son la cabeza: “como son muchos los rayos del sol, pero una sola es la luz, y muchas son las ramas del árbol, pero uno solo es el tronco clavado en tierra con fuerte raíz; (... como son) muchas las corrientes desparramadas por la abundancia de agua, con todo, (...) del mismo modo la Iglesia del Señor esparce sus rayos difundiendo la luz por todo el mundo. La luz que se expande por todas las partes es, sin embargo, una. Extiende con frondosidad

376 Ambrosio de Milán, *Tratado sobre el Evangelio de san Lucas X*, 176.

377 Gregorio Nacianceno, *Orat.* XXXII,10 PG 36,187A.

378 Gregorio Nacianceno, *Orat.* XXXII,10 PG 36, 187A.

379 Gregorio Nacianceno, *Orat.* XXXII,10 PG 36, 187A.

380 Gregorio Nacianceno, *Orat.* XXXII,11 PG 36, 187A.

381 Cipriano, *De la unidad de la Iglesia* 5.

sus ramas por toda la tierra, y fluyen sus abundosos arroyos en todas direcciones. Con todo, uno solo es el principio y una la fuente y una sola la Madre exuberante de fecundidad. De su seno nacemos, de su leche nos alimentamos, de su espíritu vivimos”³⁸².

* * *

El misterio de la unidad “se pone de manifiesto, cuando en el Evangelio no se descose ni se desgarran en manera alguna la túnica de nuestro Señor Jesucristo, sino que la recibe íntegra y la posee intacta e indivisa quien, después de echar suertes sobre ella, se ha vestido de la prenda de Cristo”³⁸³. Aquella túnica sin costura que estaba tejida de arriba abajo (cf. Jn. 19,23b) no fue dividida por los perseguidores de Cristo. Sin embargo, cada cristiano debe vigilar, velar para que nunca el descaro divida a los miembros de la Iglesia³⁸⁴.

En efecto, la promoción de la unidad no es solamente un asunto de pastores, a tal vocación hemos sido llamados todos, por tanto, también los laicos. A Israel se le echó en cara haber llegado a ser una tribu separada, cuando el único pueblo se dividió en los reinos de Israel y Judá. La Iglesia debe cuidarse mucho, pues si su grandeza se encuentra en estar integrada por toda clase de hombres convocados por la Palabra divina, su máxima preocupación estará en las tentaciones de la división. La comunidad cristiana ha de evitar las fracciones en familias, en asociaciones cerradas y, por decirlo, en individuos. El día en que todos pretendan mandar, caeremos en la anarquía; en el momento en que nos dejemos llevar, en las discusiones por el fervor sin freno, sin razonamiento, sin sabiduría, sin la fe, entonces veremos cómo se introduce el desorden.

La unidad es responsabilidad de todos los miembros, pues el orden reúne, mientras que el desorden crea confusión y perturbación. “El orden estableció que también en las Iglesias existan la grey y los pastores: Que algunos gobiernan y otros son gobernados; que alguien sea la Cabeza y otros sean pues, manos, ojos (...) y como en los cuerpos no están los miembros separados unos de otros, sino que todos forman un solo Cuerpo, compuesto de partes diversas, ni todos ejercen la misma función aunque uno tiene necesidad de los otros (...) así debe ser entre nosotros, que formamos el común Cuerpo de Cristo”³⁸⁵.

* * *

B. La Iglesia es santa.

Al igual que la unidad, la santidad es un modo o nota que tiene la Iglesia como servicio a la humanidad. Esto significa que la vida divina “brilla

382 Cipriano, *De la unidad de la Iglesia* 5.

383 Cipriano, *De la unidad de la Iglesia* 7.

384 Gregorio Nacianceno, *Orat.* XXXII, 4 PG 36, 178B.

385 Gregorio Nacianceno, *Orat.* XXXII,10 PG 36, 186B.

en la Iglesia y en los que en ella permanecen”³⁸⁶. Es santuario que tienen columnas de oro que resplandece para que los hombres que están dispersos contemplen que es posible vivir al menos en germen al modo cómo vive Dios. Ella puede dar este testimonio, pues ha experimentado cómo Dios la convocó de una vida disoluta, dispersa, en la que vivíamos bajo los criterios “carnales”, de la fuerza, del músculo, a una vida donde se experimenta la comunión según los criterios de la Familia Trinitaria. En efecto, en cuanto ella fue llamada desde la gentilidad, por esta razón, la prostituta Rahab “cuyo nombre significa ‘latitud’ es la Iglesia de Cristo, reunida entre los pecadores”³⁸⁷.

Cada vez que el hombre se aleja del Señor, se prostituye la tierra (cfr. Os. 1,2); es decir, los hombres que la habitan alteran, adulteran sus relaciones. Razón suficiente para decir que quienes experimentan una convivencia humana sin incorporar aquellos supremos criterios propios de Dios se hacen reos de la dispersión, de la violencia ..., de la muerte.

La vida y la convivencia diferentes a aquellas regidas por tantos intereses creados no son imposibles. Crear relaciones en las que el alimento, la palabra, el vestido y el semblante no sean preocupación ni ocupación de algunos sino de todos son posibles. Es posible un mundo donde se considere ofensa al mismo Dios la violación de la caridad³⁸⁸. Los cristianos han demostrado con muchos ejemplos que una humanidad regida por los nuevos criterios es realizable: “¡Cuántos obispos, sacerdotes, diáconos y ministros de los misterios divinos he conocido como hombres excelentísimos y santísimos, lo que es tan difícil de verlo dentro de la conversación humana y el torbellino de la vida! Porque no son con preferencia sus solicitudes y cuidados de los sanos, sino de los enfermos. Tienen que soportar los vicios del pueblo para curarlos y tolerar antes las heridas pestilentes que cicatrizarlas. Es muy difícil en estas circunstancias ser santísimos y vivir una vida de paz y de tranquilidad para el espíritu”³⁸⁹.

El ejemplo de muchos otros, que ofrecen a Dios su vida y que viven una experiencia de comunidad particular (v.gr. comunidades religiosas), muestran al mundo que vivir fraternalmente es posible. En efecto, en estas comunidades “ninguno posee nada propio ni es carga para los demás. Se ocupan en trabajos manuales, que les procuran lo necesario para el alimento del cuerpo, sin distraer el espíritu el pensamiento de Dios. Acabado su trabajo, lo entregan a los superiores (= decanos) (...), y ellos están descuida-

386 Cirilo Alejandría. *De adoratione in spiritu et veritate* IX, PG 68,595A.

387 Orígenes, *Omélies su Giosuè* III,4 (Traduzione, introduzione e note a cura de Rosario Scognamiglio e Maria Ignazia Danieli, Roma, 1993). “La Iglesia de los Santos antes sólo se leía, ahora se lee y se ve”. Agustín de Hipona, *Enarraciones sobre los Salmos* 149,3 en *Obras completas de san Agustín* XIII (Edición de Balbino Martín Pérez, Madrid, 1967).

388 “Pero, puesto que sólo nos ha sido exigido el amor a Dios cuando se ha dicho: ‘Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente’, sino también al prójimo, pues dice: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’ (Lc.10,27); si esta fe no comprende a la reunión o sociedad de los hombres en la que actúa la caridad fraterna, es poco fructífera”. Agustín, *La fe y el símbolo de los Apóstoles* IX, 21.

389 Agustín de Hipona, *Costumbres de la Iglesia Católica* I,32,69 en *Obras completas de san Agustín* IV (Versión, introducción y notas de Teófilo Prieto, Madrid, 1949).

dos de todo lo material que se refiera al alimento, bien sea al vestido, bien sea a todo lo que exigen las necesidades de cada día”³⁹⁰.

La sangre, finalmente, derramada por los mártires es el testimonio que posee la Iglesia de que vivir bajo los valores supremos y no bajo los vicios de la historia. Al mártir, mejor que a nadie, le debemos el habernos dejado la prueba de que es posible vencer todo desorden hedonista en las relaciones humanas, vencer la avaricia y preferir la ayuda a cometer abiertas injusticias, vencer la soberbia que margina al pobre y al necesitado y optar por la compasión que nos lleva a dar testimonio, no sólo con las palabras, sino con los hechos (Mt. 7,21; Jn. 12,49)³⁹¹.

Mejor será el servicio si al mundo se le habla con la verdad. Cuando se le anuncia que vivir diferente (= santamente) no es una victoria ya adquirida, sino una lucha que tiene asegurada su victoria. Pues aun cuando se procura vivir en la perfecta comunión y familiaridad, siempre se presentan en el seno de esta comunidad situaciones dolorosas de dispersión, de ruptura... de pecado: “Quienes (...) por su mala voluntad añaden a sus antiguos pecados otros aún más graves, se les tolera, en verdad, en el campo del Señor y se les deja crecer con las buenas semillas, hasta que llegue el tiempo de separar la cizaña del grano bueno (cf. Mt. 13,40-43). O si por el nombre cristianos que llevan se les puede asemejar a la paja más que a las espinas, no tardará en llegar el que limpia la era, y entonces separará la paja del grano (cfr. Mt. 3,12 par), y a cada parte dará lo que merece con suma equidad”³⁹².

No podemos negar que “es necesario, por tanto, que en la red de toda la Iglesia haya (cristianos) buenos y malos;”³⁹³ que en la Iglesia terrestre uno es trigo y otro es paja; ciertamente allí la paja no lo es por su propia voluntad como tampoco el trigo lo es por su libre albedrío, mientras que aquí depende de ti ser trigo o paja. Todo esto debe enseñarnos por lo demás, que nadie debe escandalizarse al ver a un pecador en nuestras congregaciones, diciendo:

“¡Un pecador en la congregación santa!; si esto está permitido, si es lícito esto, ¿por qué no voy a pecar yo? Mientras estamos en el siglo presente, en la era y en la red (de la Iglesia) existen buenos y malos teniendo lugar la separación cuando venga Cristo”³⁹⁴.

Sin embargo, aún cuando seamos conscientes de que en la “Iglesia hay cizaña, (...) nuestra fe y caridad no deben estar tan cohibidas”,³⁹⁵ ni para separarnos de la Iglesia ni para creer y confesar que sea imposible crear una comunión en la que los criterios de la familia divina sean absolutamente

390 Agustín de Hipona, *Costumbres de la Iglesia Católica* I,31,67.

391 Ambrosio de Milán, *Expositio in Psalmum CXVIII*, 20 PL 15,1341.

392 Agustín de Hipona, *Costumbres de la Iglesia Católica* 76.

393 Orígenes, *Omélie su Ezechiele* I, 11 (Traduzione, introduzione e note a cura di Normando Antoniono, Roma, 1987).

394 Orígenes, *Omélie su Ezechiele* I, 11.

395 Cipriano, *Epístola a Máximo* 54,III,1 en *Obras de san Cipriano... op. cit.*

inválidos en la formación de la misma comunidad humana; y, por esta convicción habrá que trabajar “para ser trigo, para que cuando fuere almacenado en los graneros del Señor, recojamos el fruto según nuestro trabajo y esfuerzo”³⁹⁶ y para procurar, con todas las fuerzas, que la cizaña que almacenamos sea desechada y arrojada fuera.

* * *

C. La Iglesia es católica:

La denominación que recibe la Iglesia al confesarla “católica”, más que referirla a su extensión geográfica, se refiere a su servicio universal, sin distinciones de color, raza, pueblo o religión:

“La ciudad, edificada sobre monte y que no puede esconderse, está a la vista, y es lámpara colocada sobre el candelero, la cual alumbra a todos los que están en casa (Mt. 5,14-15). ¿En dónde se oculta la Iglesia de Cristo? ¿En dónde se halla encubierta su verdad? ¿No es acaso Él el monte que creció, procediendo de la pequeña piedra (cfr. Dan. 2,365), el cual llenó la faz de la tierra?”³⁹⁷

La catolicidad de la Iglesia la hace peregrina en este mundo. Así, peregrinando “hasta el fin del mundo, camina su jornada entre las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios”³⁹⁸. Su universalidad, su visibilidad la convierte, por su sola presencia, en maestra, que enseña universalmente y sin deficiencia la verdad,³⁹⁹ y la piedad. Sin deficiencia está llamada a curar a todos los hombres o, por mejor decir, a iluminarlos. Por esta razón, la vocación de los cristianos es ser sal de la tierra, como la mujer de Lot, llamada a mostrar lo que habitualmente es la Iglesia. Y, así en cualquier región de la tierra e independientemente de las vicisitudes humanas, ella, sostenida por la fe, permanece “una estatua de sal” intacta⁴⁰⁰.

La Iglesia es Católica porque no está comprometida con el destino de ningún pueblo en particular. Ella es consciente de que aún cuando luche por construir una fraternidad universal, no es sino en la plenitud del Reino que verá lograda tal vocación. Al no estar comprometida con el destino de

396 Cipriano, *Epístola a Máximo* 54,III,1

397 Agustín de Hipona, *Enarraciones sobre los Salmos* 57,9 en *Obras completas de san Agustín* XX... *op. cit.*

398 Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios* XVIII, 52,1.

399 “Te parece haber dicho algo muy agudo, cuando interpretas que el nombre de Católica no significa una comunión universal, sino la observancia de todos los divinos preceptos y de todos los sacramentos. Aunque a la Iglesia la llamase la Católica porque retiene toda la verdad, mientras que las diversas herejías retienen una sola parte de la verdad, ¿quién te ha dicho que nos apoyamos en ese nombre de Católica, para demostrar que la Iglesia está extendida por todas las naciones, y no en la promesa de Dios y en los manifiestos oráculos de la misma Verdad? Agustín de Hipona, *Epístola* 93,23 en *Obras completas de san Agustín* VIII (Edición de Lope Cilleruelo, Madrid, 1967).

400 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* IV,31,3.

ninguna nación, ella se sabe presencia del Reino de Dios. La Iglesia pertenece al Reinado de Cristo al punto que, en germen, puede ser considerada “Reino de los cielos”. Es Reino, pero no todavía como aquel que no conoce los escándalos:

“Es preciso, pues, entender de un modo el reino de los cielos en el que están tanto los que ponen en práctica sus enseñanzas como los que no las ponen, siendo el uno y el otro grande, y de otro reino de los cielos en el que no entra más que quien practica. Así, el primero –morada mixta– es la Iglesia cual es ahora; el segundo –entrada única– es la Iglesia cual será cuando no haya en ella pecadores. La Iglesia es, pues, ahora el reino de Cristo y el reino de los cielos. Y al presente reinan con Él también sus santos, cierto que de distinto modo a como reinarán más tarde”⁴⁰¹.

Colocada en lo alto del mundo, Madre y Maestra, sin compromisos requeridos por nada, la Iglesia quiere ser católica porque quiere ser vista, oída, dialogante... en una palabra, quiere ser sacramento. Y así, aunque experimente las críticas, las indiferencias, los comentarios duros contra ella, su testimonio siempre se mantendrá para todos los hombres.

* * *

D. La Iglesia es Apostólica

Finaliza la confesión de fe en la Iglesia con la nota de su apostolicidad. La apostolicidad no pretende ser un argumento para que la Iglesia con intransigencia proponga su verdad. Es, más bien, la garantía de que lo que ella desea, confiesa y propone, no es más que la prolongación y actualización de los deseos del mismo Señor. Las intenciones del Maestro resuenan en los sueños y en las acciones de la Iglesia.

Todas las Iglesias, así “tan numerosas y grandes, no son otra cosa, que la única Iglesia primitiva fundada por los Apóstoles de la que todos derivan, siendo así todas primitivas y todas apostólicas, en cuanto todas son aquella única Iglesia. La unidad de esta es atestiguada por la comunicación de la paz, por el apelativo ‘hermano’ y por las téseras de la hospitalidad: estos derechos recíprocos están justificados exclusivamente por la única tradición y el mismo misterio de fe”⁴⁰².

El hombre puede recorrer caminos, puede penetrar ciudades o explorar tierras; y allí donde vaya puede mirar que en la Iglesia resplandecen los tesoros a ella confiados por los Apóstoles: “La senda de los hijos de la Iglesia rodea al mundo universo en posesión de la firme paradosis (=Tradición) de los Apóstoles, y nos ofrece el espectáculo de una sola y

401 Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios* XX,9,1.

402 Tertuliano, *De praescriptionibus* XX PL 2,37B.

misma fe en todos.”⁴⁰³ Esta Tradición es fiel a la vida, a la verdad y a las intenciones de Cristo: “Es ciertamente verdadera y firme la predicación de la Iglesia, cuando en ella se da a conocer por todo el mundo una sola y misma vía de salvación. A ella, en efecto, se le confió la lumbre de Dios (...) Pues en todas partes anuncia la Iglesia la verdad, y ella es el lucernario de las siete mechas (Ex. 25,31.37), portador de la lumbre de Cristo”⁴⁰⁴.

* * *

Resumiendo. La Iglesia ha sido constituida para ser signo ante los pueblos de vida. Aún más, está llamada a ser una comunidad que trasluzca la vida de la familia divina. Por esto, todas sus notas características tienen un sentido, a saber que creyentes y no creyentes miren en ella una posibilidad abierta a vivir fraternalmente, aspirando a la vida perfecta del Reino. Lo sintetiza muy bien san Cirilo de Alejandría cuando, refiriéndose a la Iglesia, dice:

“No te acerques aquí, quítate las sandalias, porque el lugar en que está es tierra santa.” (Ex. 3,5) dijo el santo ángel a Moisés, llamando al desierto árido y espinoso ‘tierra santa’. Pues es santo todo lugar, en que estuviese Cristo: Con toda razón se manifiesta en el desierto y en la tierra estéril, figura de la Iglesia de los gentiles”⁴⁰⁵.

* * *

III. Confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados.

La Iglesia está llamada a ser imagen (icono) de la Trinidad y para vivir esta vocación, ella convoca a hombres de toda raza, lengua y nación. Sin embargo, para llegar a formar parte de esta comunidad que trasluce el misterio de Dios, se debe renunciar a todas aquellas orientaciones que pretendan construir una familia humana basada en la fuerza, en la violencia, en el egoísmo o en el interés; en pocas palabras, en el pecado.

El sacramento del Bautismo que los hombres piden a la Iglesia implica la incorporación a una vida nueva, con nuevos criterios y la renuncia a aquellos que son contrarios u opuestos a los del Reino. Con el primer nacimiento, nos criamos en costumbres malas y conductas perversas. Para que no sigamos siendo “hijos de la necesidad y de la ignorancia, sino de la libertad y del conocimiento, y alcancemos juntamente perdón de nuestros anteriores pecados, se pronuncia en el agua sobre el que ha determinado regenerarse y se convierte de sus pecados, el nombre de Dios, Padre y soberano del universo...”⁴⁰⁶

403 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* V, 20,1.

404 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* V, 20,1.

405 Cirilo de Alejandría, *In Ex.* I, 8 PG 69,415A.

406 Justino, *I Apolog.* 61,10.

La renuncia al pecado se hace, entonces, por la profesión de fe en la comunión divina. Con justa razón dice Ireneo de Lyon: “Hemos recibido el bautismo para el perdón de los pecados en el nombre de Dios Padre y en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado –y en el del Espíritu Santo de Dios”⁴⁰⁷. Al acercarse a algo tan simple, el hombre lava la suciedad que ha manchado y ha desvirtuado el recto orden de las cosas; corrige las inclinaciones egoístas que han mancillado el corazón del hombre y al ensuciarlo han llevado al cuerpo a favorecer la ejecución: “Así, habiendo recibido las aguas una virtud medicinal por la intervención de un ángel, el alma es lavada por intermedio del cuerpo y la carne es purificada por medio del espíritu”⁴⁰⁸.

A la comunidad eclesial se entra con la conciencia de querer entrar en esta comunión. Por ello, “No somos bautizados a fin de que podamos cesar de pecar, sino porque hemos cesado de pecar”⁴⁰⁹. Esta voluntad libre, por tanto, ha manifestado su desagrado de una vida en la que se pretende ser hombre distante de Dios. Por esta razón, vivirá más intensa, más honda, más gozosamente su pertenencia a la Iglesia aquel que le agrada abstenerse de pecar y no a quien se le ordena hacerlo: “Porque si ninguno de los que se han entregado al Señor deja de pecar, a no ser cuando está ligado por el bautismo, entonces no retiramos la mano del hurto sino impedidos por las cerraduras del hierro, ni frenamos los ojos del deseo de la lujuria sino impedidos por quien custodia nuestro cuerpo. Si alguien lo piensa así, no sé si después de haber sido bautizado, será más grande en él la tristeza de haber renunciado al pecado, que la alegría de haber sido liberado de él”⁴¹⁰.

Según lo anterior, el bautismo de los niños se presenta como la más hermosa de las invitaciones que Dios hace al hombre a experimentar el don de una vida según Él. El bautizado cuando es un niño misteriosamente puede experimentar en su vida aquel estado del hombre reconciliado y en comunión con Dios y con los demás. Esto que el Señor ofrece lo da suponiendo siempre la libertad del hombre; y sin violentar tal libertad habla al corazón de quien es bautizado para conducirlo a la comunión con Él.

Tanto en el bautismo de niños como en el de adultos, el hombre tiene siempre abierta las puertas a la posibilidad de vivir una vida nueva, edificando así su vida y la historia. Es la libertad la que hace posible romper con la comunión de esta vida según el Espíritu. Al elegir libremente el mal, el hombre comete un pecado grave: “Alguien preguntará, ¿qué es el pecado? ¿Es un ángel o demonio? ¿Cuál es su fuente? No es un enemigo, que exteriormente ataca sino un brote malo, producido por ti... Cuando te olvidas de Dios, entonces empiezas a pensar y obrar mal. Y, sin embargo,

407 Ireneo de Lyon, *Demostración de la predicación apostólica* 3.

408 Tertuliano, *Tratado del Bautismo* 4 en *El Bautismo según los Padres* (Traducción de Susana Belmartino, Buenos Aires, 1978).

409 Tertuliano, *De poenitentia* VI, PL 1,1349.

410 Tertuliano, *De poenitentia* VI, PL 1,1350.

no eres tú el único autor del pecado; también lo es el pésimo consejero: El Diablo...”⁴¹¹

Al darse el mal grave, se introducen en el hombre y él introduce en la sociedad las orientaciones contrarias al Evangelio. Esto lo lleva a no mirar con ojos rectos el mundo y a desatar las pasiones; no se contenta el hombre con lo suyo y entonces toma lo ajeno, de este modo se levanta la avaricia; se olvida el juicio y comienza a prevalecer la fornicación, el adulterio, el homicidio y las obras adversas a Dios⁴¹².

El rompimiento con los criterios propios de la vida nueva no se da por cualquier falta cometida por la debilidad humana⁴¹³. Y decimos que no por cualquier falla cometida por el hombre, pues éste siempre va a fallar mientras está en la historia: “no es cierto –como señala Orígenes– que al llegar a ser uno santo, ya no puede pecar y debe ser considerado exento de pecado; pues si el santo no peca, no se habría dicho ‘cargad con los pecados de los más santos’ (Núm. 18,1)”⁴¹⁴ o lo que es lo mismo decir que “no hay estado de perfección del alma que no pueda verse propenso a pecar”⁴¹⁵. Afirmar, por tanto, que la vida de los justos en este mundo está totalmente exenta del pecado, “adquiriendo en ellos tal perfección la Iglesia de Cristo en esta vida mortal y es del todo ‘sin mancha ni arruga’ (Ef. 5,27)”⁴¹⁶, es un verdadero error: “¡Como si no fuese la Iglesia de Cristo quien por todo el orbe clama a Dios: *Perdónanos nuestras deudas* (Mt. 6,12)”⁴¹⁷.

La gravedad del mal que provoca el rompimiento de la comunión con Dios y con los hermanos, es aquella gravedad que nos aleja de la comunión de los sagrados misterios: “No son las faltas, cometidas por la debilidad humana, las que deben alejarnos de la comunión de los sagrados misterios (...Mientras que quienes) se han habituado al pecado no deben acercarse sin temor a esta comunión (...) no debemos, pues, ni alejarnos totalmente de ella, ni acercarnos a ella con negligencia (...) Si cuidamos de nuestra vida (espiritual) y nos apresuramos a practicar el bien, nada nos dañan las faltas inconscientemente cometidas por la debilidad, recibiendo por el contrario un no mediocre auxilio (contra ellas) con la recepción de los misterios (...). Debemos creer que por la comunión de los sagrados misterios son absolutamente canceladas nuestras deudas, si nos arrepentimos de ellas, sufrimos por ellas y, a causa de nuestros pecados tenemos un corazón compungido”⁴¹⁸.

Quien comete un pecado grave, rompe con la comunión, pues es desgarrado por pasiones “más feroces que las fieras. Tiene abiertos los ojos,

411 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* II, 2-3.

412 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* II,4.

413 Teodoro de Mopsuestia, *Hom.cateq.* XVI, 33.

414 Orígenes, *In Num. Hom.* X,1 PG 12,636B.

415 «Se puede pecar en cualquier estado de perfección, que se encuentre el alma» Orígenes, *Comment. in Epist. ad Rom.* V,10 PG 14,1053.

416 Agustín de Hipona, *De haeresibus* LXXXVIII PL 42,48.

417 Agustín de Hipona, *De haeresibus* LXXXVIII PL 42,48.

418 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* XVI, 33,34,36.

pero es peor que si los tuviera cerrados”⁴¹⁹; en una palabra, el pecado grave nos lleva a la ruptura con la vida y por eso ocasiona la muerte.

* * *

El pecado hace experimentar al hombre el sinsabor de la muerte. Quienes tocan con sus manos la muerte producida por el pecado, tarde o temprano palpan también las consecuencias de este. Cuando el hombre constata que el pecado no cumple con lo que promete, le quedan dos caminos: el camino de permanecer fuera de la vida o el camino que conduce de nuevo a la casa del Padre; esto significa tomar conciencia de que, rota la comunión, hay que volver a ella. Para regresar a la vida, es necesario, ante todo, tener claro qué es lo que ha contribuido a romper⁴²⁰ con la comunión con Dios y a los hermanos; es decir, tener conciencia del pecado con el cual nos hemos dejado engañar. Bien lo enseña Juan Crisóstomo, el que es consciente de su pecado no sólo se viste de saco y se encierra en la oscuridad de una habitación, sino, recordando las propias debilidades, considerando la vida, que aún nos queda por recorrer para el Reino de los cielos. (...Y) meditando el grave daño de perder el Reino (...) ¡Gran sabiduría es considerar muerto el mundo, y más elevado es considerarse muerto para él! (...) Sólo recordando la multitud de los pecados pasados, reconoceremos la abundancia de la gracia de Dios, solamente entonces nos volveremos humildes y vigilantes; pues cuanto más graves hayan sido las culpas, cuanto más grande será nuestra confusión (...) Porque sin tal contrición jamás podremos confesar –como se debe– los pecados precedentes –¿Cómo confesarlos si rechazamos su recuerdo?–, y seremos más propensos a cometerlos de nuevo”⁴²¹.

Además de esto, es necesario tener la certeza de que Dios no cierra las puertas de la clemencia a quienes quieren escapar de donde los ha dejado el pecado. La desesperación propia de la muerte hunde la vida del hombre:

“Creed, pues, en Dios quienes por vuestros pecados estáis desesperados de vuestra vida y, estáis añadiendo pecados a pecados, y agraváis hasta lo profundo vuestra propia vida; creed, digo, que si os convirtieréis al Señor de corazón y obráis la justicia el resto de vuestros días y le servís rectamente conforme a su voluntad, Él curará vuestros pecados

419 Juan Crisóstomo, *Homil. Sobre san Mateo* 27,4.

420 “Si su pecado no sólo le causa un grave daño a él sino que también sirve de escándalo para los demás, y al Obispo le parece que repercutirá en bien de la Iglesia, no rehúse hacer penitencia ante el conocimiento de muchos o incluso de todo el pueblo; no se oponga ni añada por vergüenza otro tumor a su llaga letal y mortal. Recuerde que siempre Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. ¡Hay cosa más desdichada, más perversa, que no sentir vergüenza de una herida que no puede ocultarse y sentirla, en cambio del vendaje”. Agustín de Hipona, *Serm* 351,9.

421 Juan Crisóstomo, *De poenitentia Homil.* 1. Traducción de Santos Sabugal, *El credo. La fe cristiana... op. cit.* 1012

pasados y tendréis fuerza para dominar las obras del diablo”⁴²².

La convicción que tiene la Iglesia de que “Dios fue magnánimo, cuando el hombre lo abandonó, previniendo la victoria que le será concedida mediante el Verbo”⁴²³, la lleva a motivar a todos los que viven lejos de esta comunión a levantarse, a volver a la casa paterna:

“¡Ánimo, pecador, levántate! ¡Mira dónde hay alegría por tu retorno! ¿Qué significan para nosotros estas parábolas del Señor?: La mujer, que perdió una dracma y la busca y la encuentra, invitando a las amigas a alegrarse (cf. Lc 15,8-10) ¿No es paradigma de un pecador restaurado?; el buen Pastor pierde a una ovejita, pero, porque la quiere más que a todo el rebaño y ama más que a las otras, la busca, y encontrada finalmente, la lleva sobre sus espaldas por haber sufrido mucho en su extravío; no silenciaré al bondadosísimo padre, que llama a casa a su hijo pródigo y con gusto lo recibe arrepentido tras su indignancia, mata a su mejor novillo cebado y, ¿por qué no?, celebra su alegría con un banquete: ¡Había reencontrado a un hijo perdido, siéndole más querido por haberle recuperado! (cf. Lc. 15,11-32) ¿Quién es designado por ese padre?: Dios ciertamente. ¡Nadie como Él es tan verdaderamente nuestro Padre! (cf. Mt. 23,9; Ef. 3,14-15). ¡Nadie como Él es tan rico en amor paterno!”⁴²⁴

Porque la Iglesia es Madre, invita insistentemente al hombre que ha pecado a volver a la familiaridad con Dios; para esto pide la humildad del pecador que le permita suplicar la reconciliación ante la gran Asamblea: “¿Quién puede concebir que te avergüences de rogar a Dios, tú que no te avergüenzas de rogar a los hombres; o que te abochornes de suplicar a Dios, que ve lo más secreto de tu corazón y que no te sonrojes de confesar tus pecados a un hombre, que ignora tus intimidades; o que rehúyas a los testigos y conocedores de tus ruegos, tú que, cuando se trata de satisfacer a un hombre tienes necesidad de rogar y asediar a muchos para que se dignen intervenir, que te postras de rodillas, que besas sus huellas, que introduces a los aún desconocedores de tu falta, con el fin de conseguir el perdón de su padre? Y tú sientes repugnancia de hacer esto en la iglesia, para suplicar a Dios, para alcanzar el auxilio del pueblo santo que rogará por ti. Nada hay aquí que te cause rubor si no es el no confesarse, porque todos somos pecadores. Quien merece más alabanza aquí es el más humilde; el que se considera más abyecto es el más justo. ¡Ojalá llore por ti tu madre la Iglesia

422 astor de Hermas, *Epílogo a los mandamientos* 6, 2.

423 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.*, III, 20,1 PG 7, 942A.

424 Tertuliano, *De poenitentia* VIII PL 1, 353.

y limpie tu pecado con sus lágrimas! ¡Ojalá te vea Cristo entristecido y diga: *'Bienaventurados los que lloráis porque os alegraréis'* (Lc. 6,21). Le agrada a Él que muchos rueguen por uno. En el Evangelio, movido por las lágrimas de la viuda, pues muchos lloraban por ella, resucitó a su hijo (Lc 7,12-13)⁴²⁵.

* * *

La Iglesia se siente reconciliada cuando reconcilia.

La Iglesia es, por vocación, una comunidad reconciliada y reconciliadora. Está llamada por Dios a procurar que sus hijos, engendrados por el bautismo, estén reconciliados con ella y entre ellos. Porque su vocación es reconciliar, ella considera un derecho la corrección de sus miembros: "Que no se imaginen que tienen razón los que dicen: '¡A mí qué! ¡Qué me importa a mí si el vecino se porta mal!' Sería igual que si la cabeza dijera a los pies: '¡qué me importa si mis pies están mal y sufren!' (...) Así obran quienes presiden las Iglesias y no piensan que formamos un solo Cuerpo los creyentes en un solo Dios, Cristo, que nos une y mantiene en la unidad (Col.1,17). Tú, que presides la asamblea, eres el ojo del Cuerpo de Cristo, función que recibiste para mirar en derredor (*episcopos*) examinando todo y previendo lo que puede suceder. Tú eres el Pastor. Ves las ovejas del Señor, inconscientes del peligro, precipitarse hacia el precipicio, ¿y no acudes? ¿No las haces volver? ¿No gritas al menos por detenerlas? ¿Perdiste la memoria hasta el punto de olvidarte del misterio del Señor? De este modo olvidas el misterio del Señor que dejó en los cielos noventa y nueve por una sola descarriada, descendió sobre la tierra y encontrada la cargó sobre sus hombros (Mt. 18,12) y se la llevó al cielo"⁴²⁶.

De este modo, la Iglesia reconcilia al hombre que no puede levantarse. Ella responde por el hombre pecador; pone la cara por aquel que ante el mundo no da testimonio de las riquezas que ha recibido de Dios. Ante los pueblos de la tierra, ella no desconoce a sus hijos que le han fallado y no solamente los reconoce, sino que les limpia el rostro que se ha manchado con la ingratitud del pecado. Más aún, deposita en él la fuerza para que pueda transformar su culpa en paz y en libertad: "...toda la Iglesia recibe el peso del pecador, a quien compadece con llanto, oración y dolor, y se deja invadir como de su propio fermento, para que por medio de todos se purifiquen las cosas superfluas que existen en el que hace penitencia, como por una mezcla corporativa de compasión y viril misericordia; ya sea porque introduce el fermento en la harina, hasta que fermente por completo, como nos muestra aquella mujer del Evangelio (Mt. 13,33; Lc. 20,21), figura de la Iglesia, para que todo se tome puro. El Reino de los cielos es la redención

425 Ambrosio de Milán, *La penitencia* II, X, 91-92 (Traducción, introducción-notas de Manuel Garrido Bonaño, Madrid, 1993)..

426 Orígenes, *Omélie su Giosuè* VII,6 (Traduzione, introduzione e note a cura de Rosario Scognamiglio e Maria Ignazia Danieli, Roma, 1993).

del pecador; por eso nos rociamos todos con harina de la Iglesia, tanto los buenos como los malos para ser una nueva masa. (...) No hay alimento más dulce que la benevolencia y la piedad. Que no aparezca en nuestras fiestas ningún indicio de envidia por el pecador a quien se dirigen las atenciones; que no ocurra, como cuenta el Evangelio, que el hermano envidioso se excluye por sí mismo de la casa del Padre, porque vio con ojos malos la recepción de su hermano y se había gozado de perpetua ausencia (cf. Lc 15,28)⁴²⁷.

Así, la Iglesia no se siente en paz en su seno hasta que no haya reconciliado a todos sus hijos. Cuando ella levanta a uno de sus miembros, ella se está levantando; cuando perdona, ella se reconcilia, cuando integra a uno de sus hijos a la comunión, ha logrado consolidarse y fortalecerse más todavía. Por eso, el discípulo que se deja llevar por la severidad y no perdona a los miembros sufrientes del Cuerpo de Cristo traiciona no únicamente a la vocación de la comunidad sino también impide que la Iglesia goce de una paz que es fruto de la reconciliación: "(...), el Señor Jesús se compadeció de nosotros; atrayendo a sí, no infundiendo terror. Vino con mansedumbre, vino con humildad. Por eso, dice: *Venid a mí todos los que estáis cansados y yo os aliviaré* (Mt. 11,28). El Señor alivia, no excluye ni aleja; con razón eligió tales discípulos, que interpretando la voluntad del Señor, acogiesen al Pueblo de Dios y no lo rechazasen. De lo cual se sigue que no se debe contar entre los discípulos de Cristo a los que creen que se debe tener por manso lo duro, por humilde lo soberbio, y buscando ellos la misericordia del Señor, a otros la niegan"⁴²⁸.

Al pedir el perdón por sus hijos, la Iglesia suplica ser perdonada ella misma por Aquél que nos reconcilió consigo mismo (cf. Mt. 6,12; 2 Cor. 5,18), borrando todos nuestros pecados pasados, llamándonos a una vida nueva. Pero mientras que no lleguemos a la perfección de esta vida, no podemos estar sin pecados (cf. 1 Jn. 1,8; Prov. 20,9; Ecles. 7,20). Interesa saber, sin embargo, de cuáles pecados. "Pero ahora no es el momento de tratar de la diferencia de los pecados, sino que se ha de creer sin vacilación que de ningún modo se nos perdonará lo que pecamos si somos inflexibles a la hora de perdonarnos los pecados"⁴²⁹.

* * *

Los pecados se pueden perdonar de diferentes modos. San Agustín enseña a sus catecúmenos que "en la Iglesia se perdonan los pecados (...) de tres modos: por el bautismo, por la oración (dominical) y por la gran humildad de la penitencia"⁴³⁰.

Los pecados de los que buscan el bautismo se perdonan con las aguas de este sacramento, de este primer modo nos hemos ya referido. Los

427 Ambrosio de Milán, *La penitencia* I, XV, 81.83-84.

428 Ambrosio de Milán, *La penitencia* I, I, 3.

429 Agustín de Hipona, *La fe y el símbolo de los Apóstoles* 22.

430 Agustín de Hipona, *Serm. a los catecúmenos* VII,16.

otros modos a los cuales nos vamos a referir inmediatamente son los medios de la penitencia, de la oración y de la limosna.

A. La penitencia.

Al hablar del sacramento de la penitencia, nos referimos a la completa destrucción del pecado, según las mismas palabras del Cristo: *“Esto es mi cuerpo, que rompo por todos para el perdón de los pecados* (cf. Mt. 26,26.28); es decir, para que estos sean borrados.”⁴³¹ Destrucción que tendrá lugar de “un modo perfecto en el mundo futuro cuando por la resurrección seamos inmortales e inmutables; y cesarán entonces todos los impulsos hacia el pecado (...) Así que, con la resurrección de los muertos esperamos la perfecta destrucción del pecado”.⁴³² Por tanto, mientras seamos peregrinos, necesitamos de aquella reconciliación que nos hace eternos.

El sacramento de la reconciliación tiene, entonces, como única finalidad la salvación del hombre, esto es integrarlo a la vida. Tal es, en todo caso, el interés de Dios: “Pues, Él después de tantos y tales delitos de la temeridad humana iniciada con Adán (...) condenó al hombre con la dote del siglo (cf. Gén. 3,17-19a). Pero después de haberlo expulsado del paraíso y sometido a la muerte (Gén. 3,19b.23-24), Dios retornó a su misericordia y, de este modo, inauguró en sí mismo la penitencia: rompiendo la sentencia pronunciada en su ira primera y comprometiéndose a perdonar al hombre, hecho a su imagen (Gén. 1,26-27) (...) Queriendo Dios salvar a todos los hombres, propuso la penitencia para purgar las mentes, a fin de que lo que el viejo error había ensuciado y lo que la ignorancia había manchado en el corazón humano, barriéndolo y raspándolo y expulsándolo la penitencia”⁴³³.

La penitencia es un medio abierto a todos. A todos aquellos que quieran sanar sus llagas, a todos los que desean enderezar el camino, a todos los que de sincero corazón buscan la reconciliación con Dios, con sus hermanos y consigo mismos. Por esta razón, no se debe nunca obrar el mal con la esperanza de que después del pecado somos curados⁴³⁴; quien así obra, deja abierto un camino no al sacramento sino a la temeridad humana:

“Concede, oh Cristo, a tus siervos catecúmenos la gracia de conocer la disciplina de la penitencia, aunque después del bautismo no tengan que conocerla ni pedirla (...) Que nadie me interprete mal, como si el hecho de haber una puerta abierta al pecado. La sobreabundancia de la misericordia de Dios no implica un derecho a la temeridad humana. ¡Que nadie sea

431 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* X,20.

432 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* X,20.

433 Tertuliano, *De poenitentia II PL* 1,1338-1339.

434 “¿Para quiénes no hay penitencia? Para quien, obrando el mal con la esperanza de la penitencia, tiene el hábito de la maldad y está privado de la sentencia. ¡Hay esperanza después del pecado! ¡Existe la curación tras las llagas, aunque permanezca la cicatriz!” Basilio de Cesarea, *Hom. de poenitentia PG* 31,1488B.

menos bueno, porque Dios lo es tanto! Sin embargo, si alguien incurre en la necesidad de la segunda penitencia, que no se abata ni se abandone a la desesperación. Que no se avergüence de haber pecado de nuevo, pero no de levantarse nuevamente"⁴³⁵.

La reconciliación es vida y es la tabla de la salvación que el penitente debe tomar para que la tempestad del mundo no lo hunda: ¡Agarra y abraza esta penitencia, como un náufrago a una tabla! ¡Ella (...) te conducirá hasta el puerto de la clemencia divina! Aprovecha la ocasión de una inesperada felicidad..."⁴³⁶

* * *

Del siguiente modo podemos enumerar las características de la reconciliación: 1. la actitud del penitente. 2. la confesión de los pecados. 3. la actitud del confesor.

1. La actitud del penitente.

a. Humildad y arrepentimiento.

Ante todo, vengamos al penitente. Dos condiciones concretas se necesitan en la reconciliación: un reconocimiento humilde de la culpa y un arrepentimiento sincero. "También cuentas con otro camino para la conversión ¿Cuál? Lamentarse por el pecado. ¿Pecaste? Laméntate y absuelve el pecado. ¿Te resulta fatigoso? No te pido atraveses los mares, ni desembarcar en un puerto, ni hacer viajes, ni extenderte por caminos infinitos, ni despilfarrar dinero, ni explorar agitados oleajes. ¿Qué es lo que te pido? Que te lamentes por tu pecado"⁴³⁷. También el mismo Crisóstomo añade la humildad como medio necesario para alcanzar el perdón: "Sé humilde y te librarás de las cadenas del pecado. Tienes la demostración de esto en las Escrituras, donde se lee la narración del fariseo y el publicano (cf. Lc. 19,9-14) (...). Humillándose, el publicano llegó a ser justificado"⁴³⁸. "La conversión es fácil. No hay en ella nada que abrume. ¿Eres pecador? Entra en la Iglesia. Di '¡He pecado!' y te has librado ya del pecado"⁴³⁹.

La Escritura nos pone a disposición verdaderos modelos de penitencia: "David ofendió a Dios, pues mientras se paseaba por la azotea después de la siesta, miró sin cuidado y sucedió una aventura humana (cf. 2 Sam. 11,2-27); cometió el pecado, pero conservó la sinceridad de confesarse pecador (...) Y por ello recibió al instante el perdón (cf. 2 Sam. 12,1-13) (...) Sin embargo, David no olvidó hacer penitencia (cf. 2 Sam. 12,16-17) (...) Salomón cayó (cf. 2 Rey. 11,4), pero 'después hizo penitencia' (Prov. 24,32), Ajab, rey de Samaria, devino en el peor de los idólatras, injusto, profeticida, impío, codicioso de campos y viñas ajenas (cf. 1 Rey. 16, 30-34; 20,42-2);

435 Tertulliano, *De poenitentia* VII PL 1,1351AB.

436 Tertulliano, *De poenitentia* IV PL1, 1343B.

437 Juan Crisóstomo, *Hom.* II,3 en *La verdadera conversión* (Traducción, introducción-notas de Manuel Garrido Bonaño, Madrid, 1993).

438 Juan Crisóstomo, *Hom.* II,4. en *La verdadera conversión*.

439 Juan Crisóstomo, *Hom.* III,1 en *La verdadera conversión*.

pero, ante las amenazas de Elías ‘desgarró sus vestidos’ e hizo penitencia, por lo que Dios decidió ‘no suscitar el mal durante su vida’ (cf. 1 Rey. 21,17-24.27-29) (...) Pero ¿qué piensas de Nabucodonosor?: (sanguinario, sacrílego, idólatra..., pero castigado por Dios se humilló y le confesó, siendo por Él restituido) a la dignidad el Reino (cf. Dn. 4, 22-34). Si a quien hizo tantos males pero confesó a Dios le fue otorgado el perdón y el reino, a ti que haces penitencia, ¿no te concederá el perdón de tus pecados y el Reino de los Cielos, si procedes dignamente? Benigno es Dios, pronto al perdón y tardo a la ira: ¡Nadie desconfíe de su salvación: Pedro, príncipe y cabeza de los Apóstoles, negó a su Maestro tres veces ante una pobre esclava; pero arrepentido, lloró amargamente (cf. Mt. 26, 69-75) y por eso no sólo recibió el perdón sino que conservó la dignidad apostólica (cf. Jn. 21, 15-18). También, pues, tantos modelos de pecadores, que se convirtieron y salvaron, ¡confesad también vuestros pecados al Señor, para obtener el perdón y recibir el don celeste y finalmente heredar con los santos el Reino de los cielos!”⁴⁴⁰

La actitud de la humildad va unida a la del arrepentimiento; es decir, a reconocer que sólo cuando el árbol está cercano al agua tendrá un verde follaje y un fruto abundante a su tiempo. Un árbol cercano al río no conocerá ni el fuego ni el hacha (cf. Mt. 3,10, Lc.3,9): “¡Arrepintámonos de haber errado, después de haber conocido ‘la verdad’ (cf. Jn. 14,6)! ¡Arrepintámonos de haber amado lo que Dios no ama! (...Pues) bueno y óptimo es lo que Dios manda, siendo temerario discutir sobre la bondad de un precepto divino: debemos practicarlo no porque es bueno, sino porque Dios lo ha ordenado (...)”⁴⁴¹

b. Dolor y deseo de libertad.

Un acto lleno de humildad y de arrepentimiento debe ir acompañado del dolor por haber querido lo que Dios no quiere; dolor que hace añorar la libertad que el pecado siempre arrebató: “Desde el cielo miró al Señor, para oír el gemido de los engrillados, para soltar a los hijos de los condenados a muerte” (Sal. 101, 20s). Siendo ellos condenados a muerte, ¿quiénes son ‘los hijos’? Nosotros, “¿cuándo somos soltados? Cuando le decimos: ‘Rompiste mis ataduras, a ti sacrificaré hostia de alabanza’ (Ps. 115. 16s). Todo hombre es soltado de las ataduras de los malos deseos o de los nudos de sus pecados. La remisión de los pecados es la desatura. ¿De qué hubiese servido a Lázaro salir del sepulcro, si no se hubiera dicho: ‘¡Desatadle y dejadle andar!’ (Jn. 11,44)”⁴⁴².

* * *

440 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* II, 11-20.

441 Tertuliano, *De poenitentia* IV PL1, 1344A.

442 Agustín de Hipona, *Enarraciones sobre los salmos* 101, II,3.

2. La confesión de los pecados: “La confesión aligera tanto, cuanto su disimulo agrava”⁴⁴³

Si alguna persona hace penitencia humilde, arrepentida y dolorosa por sus pecados, ha logrado revivir, pero es necesario que confiese sus pecados para que salga del sepulcro y quede desatado: “¿Cuándo será desatado y por quién es desatado? *‘Todo lo que desatareis –dice el Señor– en la tierra será desatado en los cielos’* (Mt.18,18b). Con razón puede darse por la Iglesia la desatadura de los pecados; pero que resucite interiormente el mismo muerto, sólo puede hacerlo la voz del Señor. Y estas cosas las ejecuta interiormente Dios. Yo hablo a vuestro oído, ¿pero sé lo que se ejecuta en vuestros corazones? lo que se obra interiormente, no se obra por nosotros, sino por el Señor”⁴⁴⁴.

El remedio para que el corazón del hombre no quede en el mero arrepentimiento, y para que pueda curarse es la exomológesis (=ejercicio de decir los pecados) como medicina divinamente instituida⁴⁴⁵.

Tertuliano describe así la confesión (exomológesis):

“No basta la conciencia de haber pecado sino que se exige un acto exterior que la manifieste. Empleando un vocablo griego usado, este acto es la exomológesis, en virtud de la cual confesamos a Dios nuestro pecado, no porque él lo ignore, sino porque la confesión dispone a la satisfacción y realiza la penitencia (...)

La exomológesis es un ejercicio que enseña al hombre a humillarse y a rebajarse (...) Se prosterna a los pies de los sacerdotes y se arrodilla ante los amigos de Dios»⁴⁴⁶.

Al llegar ante un Ministro, el penitente, además de confesar sus delitos, suplica a sus hermanos, en acto público, que le sirvan de intercesores ante Dios. Se recibe la absolución y así el hombre que ha sido abatido por la culpa queda aliviado; el que ha empalidecido, se siente reanimado; el que se ha acusado queda excusado; el que ha sido perdonado... queda perdonado⁴⁴⁷.

Al arrojar a los pies de sus hermanos, quien confiesa el pecado abraza a Cristo y le suplica; cuando ellos lloran sobre él para purificarlo, es Cristo quien lo está compadeciendo⁴⁴⁸.

443 Tertuliano, *De poenitentia* VIII PL1, 1354.

444 Agustín de Hipona, *Enarraciones sobre los salmos* 101, II,3

445 «Sabiendo, pues, que después de la primera defensa del baño divino contra el infierno, tiene aún el segundo auxilio de la “exomológesis, ¿por qué abandonas tu salvación? ¿Por qué demoras abrazar lo que sabes que es tu remedio? Incluso los animales irracionales reconocen a su tiempo las medicinas, que divinamente les han sido dadas” Tertuliano, *De poenitentia* XII PL1, 1358B.

446 Tertuliano, *De poenitentia* IX PL1, 1354-1355.

447 Tertuliano, *De poenitentia* IV PL1, 1344. Tertuliano, *De poenitentia* IX PL1, 1355.

448 Tertuliano, *De poenitentia* IX PL1, 1356A.

¿Qué pecados debe confesar el penitente? “Si el enfermo se avergüenza de descubrir su llaga al médico –enseña Jerónimo–, la medicina no cura lo que ignora”⁴⁴⁹. Es, por tanto, necesario distinguir entre aquellos pecados carnales-corporales y los otros que son espirituales “pues estando integrado el hombre por dos sustancias peca con las dos cosas de que está compuesto (y...puesto que tanto el cuerpo como el alma pertenecen igualmente al Señor, cualquiera de los dos que peque ofende del mismo modo (...)) Los pecados se llaman corporales y espirituales porque todo pecado realizado con un acto que, como el cuerpo, se puede ver y tocar; espiritual es el pecado efectuado en la mente, pues el espíritu no se ve ni se toca”⁴⁵⁰.

El pecado no es sólo un alejamiento o abandono que el corazón del hombre hace de los caminos de Dios, el pecado es también el conjunto de acciones externas, sociales que implican el ejercicio de las diferentes maneras de violencia, que conducen a la desorientación del mundo y de la sociedad en la que la vivimos.

“Sin ser estrictamente necesaria la confesión de los pecados veniales, sin embargo, se recomienda vivamente por la Iglesia (Cf. Concilio de Trento DS 1680; CIC 988,2). En efecto, la confesión habitual de los pecados veniales ayuda a formar la conciencia, a luchar contra las malas inclinaciones, a dejarse curar por Cristo, a progresar en la vida del Espíritu.” (Catec. Igl. Catol. 1458).

¿Cuándo confesarse? La gran mayoría de cristianos que reconocen su culpa eluden esta responsabilidad, “o por no exponerse a la infamia, la difieren de día en día, más preocupados de la modestia que de la salvación.”⁴⁵¹ La confesión de los pecados graves ha de hacerse sin postergando a los tiempos fuertes litúrgicos. Es bueno, sin embargo, aprovechar “los tiempos y los días de penitencia a lo largo del año litúrgico (el tiempo de cuaresma, cada viernes en memoria de la muerte del Señor) son momentos fuertes de la práctica penitencial de la Iglesia (cf. SC 109-110; CIC 1249-1253; CCEO 880-883). Estos tiempos son particularmente apropiados para los ejercicios espirituales, las liturgias penitenciales, las peregrinaciones como signo de penitencia, las privaciones voluntarias como el ayuno y la limosna, la comunicación cristiana de bienes (obras caritativas y misioneras)” (Catec. Igl. Catol. 1438).

* * *

3. Actitud del ministro en la Reconciliación del penitente.

- a. Hay quienes rechazan que un hombre (=Obispo) perdone los pecados y, sin embargo, no rechaza que lo bauticen. Bautismo que es perdón de los pecados⁴⁵²

449 Jerónimo, *Commentarius in Ecclesiasten* 10,11 PL 23, 1096B.

450 Tertuliano, *De poenitentia* III PL1, 1341-1342.

451 Tertuliano, *De poenitentia* IX PL1, 1355AB.

452 “¿Por qué bautizáis si no es lícito a los hombres perdonar los pecados? Ciertamente se perdonan

El penitente acude a confesar sus culpas ante el ministro de la Iglesia. Acude a él con la conciencia de que si bien es cierto que “sólo Dios puede perdonar los pecados, es el Espíritu quien los perdona por medio de sus Apóstoles”⁴⁵³. Ha sido, por tanto, expreso deseo del mismo Señor elegir a hombres que desaten las culpas de sus hermanos y los integren a la vida divina: “Los sacerdotes (...) recibieron de Dios un poder no concedido a los ángeles ni a los arcángeles. No se dijo a estos: ‘Cuanto atéis en la tierra será atado en el cielo y cuanto desatéis en la tierra será desatado en el cielo’ (cf. Mt 18,18). Los señores de la tierra tienen también el poder de atar, pero sólo los cuerpos mientras que aquella atadura concierne al alma y trasciende a los cielos: ¡Dios ratifica allí arriba, cuanto los sacerdotes hagan aquí abajo! El Señor confirma la deliberación de sus siervos por haberles dado todo poder celeste. Dice, en efecto: ‘A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis les serán retenidos’ (Jn. 20,23). ¿Qué poder mayor que éste? El Padre dio ‘todo poder’ al Hijo (Mt. 28,18; Jn 5,22-27): yo veo, que el Hijo se lo dio a los sacerdotes elevándolos a tal poder, como si fuesen ya transferidos a los cielos, una vez sobrepasada la naturaleza humana y libres de nuestras pasiones (...). ¡Es una locura despreciar tal poder, sin el cual no nos es dado conseguir ni la salvación ni los bienes que nos han sido preanunciados! Los sacerdotes de los judíos tenían sólo el poder de librar al cuerpo de la lepra o, más exactamente, de reconocerlo curado de ella. Pero éstos han recibido el poder no de librar de la lepra el cuerpo sino de la impureza del alma, no de reconocer la curación sino de curar totalmente (Lv. 14,2-4)”⁴⁵⁴.

- b. “La madre Iglesia no pierde sus piadosas entrañas ante ninguna clase de pecados”⁴⁵⁵.

El ministro elegido por Dios debe, en el ejercicio de este servicio a sus hermanos, realizar el ministerio teniendo en consideración los siguientes aspectos:

b.1. La misericordia.

El mismo Cristo nunca quiso excluir del perdón a ningún pecador, pues perdonó todos los pecados y prometió “la misericordia a todos, dando a sus Obispos la facultad de perdonar sin excepción alguna”⁴⁵⁶.

todos los pecados. ¿Qué importa si los sacerdotes reivindican para sí, por la penitencia o por el bautismo, este poder que se les ha sido concedido? En ambos casos no hay más que un solo misterio” Ambrosio de Milán, *La penitencia* I, VIII, 36.

453 Basilio de Cesarea, *Adv. Eunom.* V PG 29, 718C.

454 Juan Crisóstomo, “Tratado sobre el Sacerdocio III”, 5-6 en *Tratados ascéticos* (versión española y notas de Daniel Ruiz Bueno, Madrid, 1968). Traducción de Santos Sabugal, *El credo. La fe cristiana...* op. cit.1013.

455 Agustín de Hipona, *Serm.* 352, 9.

456 Ambrosio de Milán, *La penitencia* I, III,10.

El ejercicio de este ministerio debe estar sustentado en la certeza de que la piadosa Madre Iglesia “en ninguna clase de pecados pierde sus vísceras de misericordia”⁴⁵⁷. Es en la actitud de bondad entrañable de sus ministros que la comunidad cristiana lava con lágrimas a sus hijos⁴⁵⁸.

Por tanto, toda actitud intransigente o intolerante para con el penitente son una verdadera provocación a Dios. El Ministro que le cierra las fuentes de la gracia al dolido pecador y no le lava su corazón de carmesí, acarrea para sí mismo consecuencias nefastas. Entre las consecuencias más dolorosas se encuentra la de que los hombres no lo reconozcan como un ministro de los bienes del cielo. Por lo demás, tal actitud es una verdadera y abierta ofensa a Aquél que lo llamó para poner las riquezas de la vida divina al servicio de sus hermanos:

“El Señor Jesús –dice san Ambrosio– se ofendió más con la severidad que por la misericordia de los discípulos”⁴⁵⁹.

* * *

b.2. Padre que ama y médico que cura

La misericordia que el sacerdote ejerce en la confesión de los pecados de sus hermanos es un verdadero acto de sanación. Y sanar implica: aconsejar, corregir, hacer ver qué acciones dañan el corazón del hombre; implica el tratamiento de sus enfermedades, pues no basta hacer ver el mal, es necesario dar la sanación al enfermo.

Si bien es cierto que el Confesor es un verdadero médico del alma, sin embargo, más que ello es un padre, el cual, con gran preocupación y compasión, cariño y escucha, hace experimentar al hombre pecador el encuentro con Dios y el consiguiente regreso a la casa paterna: “Por medio de la corrección, reciben los hermanos en la fe la remisión de sus faltas, y son librados de la amenaza del castigo futuro (...) Sabiendo esto –Dios nos otorgó la penitencia, nos mostró el remedio de la contrición, estableciendo como médicos de esta a los pontífices, a fin de que, recibiendo aquí por sus intermediarios el tratamiento y el perdón de los pecados, nos veamos libres de la venganza futura–, con gran confianza debemos acercarnos y revelar nuestros pecados a los pontífices, sentados como verdaderos padres, quienes con

457 Agustín de Hipona, *Serm.* 352,9.

458 “(La Iglesia) posee el agua y las lágrimas; es decir, el agua del bautismo y las lágrimas de la penitencia”. Ambrosio de Milán, *Epístola* XLI,12 PL 16,1164B.

459 Ambrosio de Milán, *La penitencia* I, 16,87.

solicitud, compasión y caridad ofrecen a los culpables el tratamiento debido –sin revelar absolutamente nada a nadie de lo a ellos confiado–, obligados a tener en cuenta la vergüenza de sus hijos y a imponer a sus cuerpos lo que (= penitencia) les curará”⁴⁶⁰.

Como padre celoso, el Sacerdote procurará que sus hijos penitentes sean corregidos y los cuidará con el consejo; procurará que los hombres no se vean afectados por los males, que no caigan los débiles y que los que han pecado no se revuelquen en sus pecados sino que tengan la esperanza de no pecar más.

Un ministro de la reconciliación debe estar muy atento a no usar su ministerio sin una preocupación real por todo lo que afecta al hombre, actuar negligentemente, no buscar la verdad y no reprender lo que no está bien: “Lo que equivale a rechazar el cumplimiento de lo escrito: ‘*Reprende los pecados delante de todos, a fin de inspirar a los otros el temor*’ (I. Tim. 5,20); y también: ‘*Quitad el mal de vosotros mismos*’ (I Cor. 5,13). Esos sacerdotes no arden del celo de Dios ni imitan al Apóstol (...) Tienen aquéllos sólo indiferencia para los consejos del Evangelio sobre los pecadores (cf. Mt. 18, 15-17)”⁴⁶¹. El que guía a la comunidad y siente preocupación por todo lo que aleja al hombre de Dios cumple con una de las misiones más sublimes, a saber, conducir los hombres a Dios

* * *

B. El Padrenuestro, la oración de la Iglesia y la caridad.

No sólo la penitencia ha sido el medio que la Iglesia tiene para llamar al pecador a la paz y a la integración a la vida divina.

Muchas ofensas de cada día, sin embargo, no son faltas que rompen la comunión ni con Dios ni con los hermanos. Una antiquísima tradición de la Iglesia enseña que “la penitencia interior del cristiano puede tener expresiones muy variadas. La Escritura y los Padres insisten sobre todo en tres formas: *el ayuno, la oración, la limosna* (cf. Tb. 12,8; Mt 6,1-18), que expresan la conversión con relación a sí mismo, con relación a Dios y con relación a los demás.”⁴⁶² Así, “los esfuerzos realizados para reconciliarse con el prójimo, las lágrimas de penitencia, la preocupación por la salvación del prójimo (cf. St. 5,20), la intercesión de los santos y la práctica de la caridad ‘que cubre multitud de pecados’ (1P 4,8)”⁴⁶³ son medios que realizan el perdón de tales culpas.

De esta manera, quien experimente en la vida cotidiana esos pecados, debidos a la fragilidad humana, ha de recordar que tiene siempre en

460 Teodoro de Mopsuestia, *Hom. cateq.* XVI,44.

461 Orígenes, *Omélie su Giosuè* VII,6.

462 *Catecismo de la Iglesia Católica* 1434.

463 *Catecismo de la Iglesia Católica* 1434.

sus manos la posibilidad de la reconciliación a través de la práctica de la limosna “reina de las virtudes, que transporta rápidamente a los hombres hasta la bóveda del cielo, como óptima abogada (...) ya que no debes temer aunque hubieras pecado mucho, al ser la limosna tu abogada, ninguna potencia de lo alto puede resistirla.”⁴⁶⁴ “Pero cuentas aún con otro camino de conversión más cómodo y que puede liberarte de los pecados. Reza a cada hora. No te canses de rezar ni te muestres negligente para suplicar la misericordia de Dios. Mientras perseveres, Él no se echa atrás, sino que perdonará tus pecados y te concederá lo que pides (...). Que la oración perdona el pecado se enseña en los santos Evangelios (Mt. 6,12; Mc 11,25) (...) La misma conversión era predicada (...) con antelación a la parusía de Cristo (cf Jr. 8,4; 3,7; Ps. 50,6). Pues es misericordioso quien dijo ‘*¡no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva!*’ (Ez. 18,23)”⁴⁶⁵.

De entre las oraciones se privilegia la oración del *Padrenuestro*, la cual implora a Dios el perdón por las culpas cometidas, por las deudas que hemos contraído, por las ofensas que nos han dirigido.

Además de la oración dominical, en la Liturgia se nos ofrece una nueva oportunidad para abrirnos al perdón que Dios concede a sus hijos. En efecto, en el acto penitencial se nos perdonan también los pecados con los cuales hemos ofendido a Dios, al hermano y a nosotros mismos. En este momento se nos invita a buscar la reconciliación con nuestros hermanos:

“Reunidos cada ‘día del Señor’ (Apoc. 1,16 ó 10?; Act. 20,7; I Cor. 16,2; Mt. 28,1), partid el pan y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro. Pero quien tenga contienda con su compañero, no se junte con vosotros hasta que no se hayan reconciliado, a fin de que no se profane vuestro sacrificio”⁴⁶⁶.

De este modo, la Iglesia en la Divina Liturgia tiene el poder de abrir las fuentes de la misericordia para conceder un espacio de Reconciliación que disponen al creyente a celebrar el culto agradable a Dios Todopoderoso.

* * *

IV. CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE.

Cuando los bautizados han vuelto a la paz y la comunidad se siente reconciliada, logra confesar los dos últimos artículos de la fe: la resurrección de los muertos y la vida futura.

* * *

464 Juan Crisóstomo, *Hom III, 1 sobre la limosna y las diez vírgenes*, en *La verdadera conversión* (Introducción, notas de José Fernando Toribio, Madrid, 1997).

465 Juan Crisóstomo, *Hom III, 4 sobre la limosna y las diez vírgenes* en *La verdadera conversión... op. cit.*

466 Didajé XIV, 1-2 en *Padres Apostólicos... op. cit.*

A. “Y no creemos, como algunos deliran que hemos de resucitar en carne aérea o en otra cualquiera, sino en esta en que vivimos, subsistimos y nos movemos”⁴⁶⁷

Todos los anteriores artículos de nuestra fe encuentran en *la resurrección de la carne* su confirmación, al punto que bien podemos decir que “quien no cree en esto no tiene fe en las cosas susodichas...”⁴⁶⁸ Agustín de Hipona hace no solamente de *‘la resurrección de la carne’* el quicio de fe sino de la esperanza: “Nuestra esperanza no es otra que la resurrección de los muertos y también nuestra fe (...). Eliminada la fe en la resurrección de los muertos, se derrumba toda la doctrina cristiana”⁴⁶⁹.

* * *

1. “Y el Verbo se hizo carne” (Jn. 1,14).

Nuestra resurrección es prolongación de la confesión de la Resurrección de Cristo: si hay buenas primicias, hay buena señal que la cosecha será abundante, pues: “si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también nuestra fe (I Cor. 15,14) : ¡Todo está perdido y todo cae, si Él no ha resucitado! (...) Todo depende de la Resurrección de Cristo!”⁴⁷⁰

La resurrección de la carne es incomprensible sin la confesión de la Encarnación del Hijo Eterno del Padre. Hijo Eterno que se ha hecho carne con el fin de que el hombre en plenitud goce de los bienes del cielo. Con la Encarnación, el Hijo de Dios enseña a los hombres que la única pretensión de Dios es incorporar a la creatura humana a la vida divina, la vida eterna⁴⁷¹.

Digámoslo de nuevo. Toda acción realizada por Cristo tenía como único y solo interés demostrarnos que su misión consistía en que el hombre pudiera ver al Padre. Cristo predicó para preparar el cuerpo y el alma del hombre a la vida eterna, y si curó totalmente era para restaurar con sus milagros “cada miembro como al principio había sido plasmado, (...) y preparándolo perfecto para la resurrección (...) ¿Cómo se puede decir, por tanto, que la carne no es capaz de acoger la vida que viene de Él, si acogió sus curaciones? La vida, en efecto, se consigue mediante la curación, y la incorrupción mediante la vida. Quien, pues, da la curación también da la vida; y quien da la vida otorga también la incorrupción de la creatura”⁴⁷².

467 XI Concilio de Toledo (675) Dz 287.

468 Pedro Crisólogo, *Serm.* 58,14 en *Homilias escogidas* (Introducción y notas de Alexandre Olivar, traducción de Jesús Garitaonandia, Madrid, 1998).

469 Agustín de Hipona, *Serm.* 361,2 en *Obras completas de san Agustín* (Traducción y notas de Pío de Luis, Madrid, 1985).

470 Juan Crisóstomo, *In Epist. I ad Cor. Hom.* XXXIX PG 61,334.336.

471 “Debes creer que también en la carne resucitará. Pues, ¿por qué fue necesario que Cristo asumiera la carne? Pues ¿por qué fue necesario que Cristo gustara la muerte, la sepultura y se levantara? ¿Por qué hizo todo eso, sino por tu resurrección? Todo este misterio es el misterio de tu resurrección. Porque si ‘Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe’ “Ambrosio de Milán, *Explan. symboli* PL 14, 1195.

472 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* V, 12,6 en Antonio Orbe, *Teología de san Ireneo I. Comentario al Libro V del ‘Adversus Haereses’* (Madrid, 1985).

Cristo transmitía y la carne recibía, qué recibía el hombre y para qué lo recibía: “nos dio la exhortación, nos dio la palabra, nos dio la remisión de los pecados; recibió insultos, la muerte, la cruz. Nos trajo de aquella parte bienes y, de nuestra parte, soportó pacientemente males. No obstante, nos prometió estar allí de donde Él vino, diciendo: ‘Padre, quiero que donde voy a estar, estén también conmigo los que me has dado’ (Jn. 17,24). ¡Tanto ha sido el amor que nos ha precedido! Porque donde estábamos nosotros Él también estuvo, donde Él estaba tenemos también que estar nosotros. ¿Qué te ha prometido Dios, oh hombre mortal? Que vivas eternamente. ¿No lo crees? Créelo, créelo. Es más lo que ya ha hecho que lo que ha prometido. ¿Qué ha hecho? Ha muerto por ti. ¿Qué ha prometido? Que vivirás con Él. Es más increíble que haya muerto el Eterno que el inmortal viva eternamente. Tenemos ya en mano lo que es más increíble. Dios ha muerto por el hombre, ¿no ha de vivir el hombre con Dios? ¿No ha de vivir el mortal eternamente, si por él ha muerto Aquél que vive eternamente? Pero ¿cómo ha muerto Dios y por qué medio ha muerto? ¿Y puede morir Dios? Ha tomado de ti aquello que le permitiera morir por ti. No hubiera podido morir sin ser carne sin un cuerpo mortal: se revistió de una substancia con la que puede morir por ti, te revestirá de una substancia con la que podrás vivir con Él. ¿Dónde se revistió de muerte? En la virginidad de la madre. ¿Dónde te revestirá de vida? En la igualdad con el Padre (...) El Verbo se hizo carne (Jn. 1,14) para convertirse en cabeza de la Iglesia (Ef. 1,22-23; Col,18) Algo nuestro está allá arriba, lo que Él tomó aquello con lo que Él murió, con lo que fue crucificado: ya hay primicias tuyas que te han precedido, ¿y tú dudas de que las seguirás?”⁴⁷³

Dios se encarnó para eternizar la carne⁴⁷⁴, para hacer al hombre merecedor de los bienes del cielo. Es cierto que tratar este tema “es largo y difícil de explicar (Hebr. 5,11), y pide, como ningún otro de los dogmas, un hombre sabio y hasta muy adelantado en sabiduría, para demostrar cuán digno de Dios y cuán magnífico es (...este) dogma.”⁴⁷⁵; sin embargo, Dios ha dejado escrito en el mundo la posibilidad de que la vida sea precedida por la muerte: “Miremos que la resurrección se da en la sucesión del tiempo: se duerme la noche y se levanta el día, el día se va y viene la noche”⁴⁷⁶; “los astros desaparecen y reviven; los tiempos empiezan donde se terminan; los frutos se consuman y vuelven; ciertamente las semillas no surgen más fecundamente si no es una vez corrompidas y descompuestas: ¡Todas estas cosas pereciendo se conservan, todas renacen desde su destrucción!”⁴⁷⁷

473 Agustín de Hipona, *Enarraciones en Salmos* 48,8 en *Obras completas de san Agustín* (Edición preparada por Balbino Martín Pérez, Madrid, 1967)

474 “¿Para qué se dignó el Perpetuo asumir carne, sino para darle perpetuidad a la carne?” Máximo de Turín, *Homilía* 83 PL 57,439.

475 Orígenes, *Contra Celso* VII, 32.

476 Clemente de Roma, *1 carta a los Corintios* XXIV,3 en *Padres Apostólicos... op. cit.*

477 Tertuliano, *El Apologético* 48,8 (Introducción, traducción y notas de Julio Andón Marán, Madrid, 1997).

Más aún, “un árbol cortado vuelve a florecer; y el árbol ‘cortado’ de este mundo ¿no ha de ‘florecer’? Lo que se cosechó y sembró queda por las eras; y el hombre ‘segado’ de este mundo, ¿no va a quedar (Mt. 3,12)?”. Los sarmientos y otros ramos aunque se corten e injerten retoñan y fructifican; y el hombre, por quien aquellos existen, ¿no va a resucitar después de haber caído en tierra? Si comparamos el trabajo, ¿cuál es mayor: hacer una estatua que no existía o devolverle su primera forma perdida?; pues Dios, que nos hizo de la nada, ¿no podrá resucitar a los que somos y hemos caído?”⁴⁷⁸

El hombre ha de ser contemplativo para poder ser creyente. Contemplar lo que le rodea, mirar que en la naturaleza año tras año Dios le da lecciones para aumentar la fe de los suyos. Miramos en verano qué secos son los campos, los árboles, sólo algunos dan frutos; no hay lirios ni azucenas... no obstante, caen las primeras lluvias y reverdece todo. Vuelve como de la muerte a la vida. Insensato, crees que eso sucede por una mera ley de la naturaleza; eras tan pagano que olvidas que ‘los cielos proclaman la gloria de Dios’ (Ps. 8,2) Dios que mira tu incredulidad “realiza cada año una resurrección en estos fenómenos naturales para que, a la vista de lo que pasa en los seres sin alma, creas que lo mismo sucede a los seres dotados de alma racional”⁴⁷⁹.

Sin fe nadie puede proclamar la resurrección de la carne⁴⁸⁰. Por esta razón sin el acto creyente el hombre dirá como dicen los paganos: “El que muere se acaba, se pudre, se convierte en gusanos, los cuales a su vez también mueren; siendo tanta la putrefacción y disolución del cuerpo, ¿cómo va a resucitar? Los naufragos son devorados por los peces, a los que otros peces devorarán; osos y leones deshicieron hasta los huesos de aquellos con quienes lucharon: buitres y cuervos devoraron la carne de los cadáveres... y después volaron por toda la tierra, muriendo a su vez en India, Persia o Gotia: ¿cómo se va a juntar ese cuerpo?; el viento y las lluvias esparcieron las cenizas de quienes fueron quemados: ¿cómo se va a juntar en un cuerpo?”⁴⁸¹

Las preguntas del hombre sin fe podrían ampliarse: ¿Cómo explicar que vayan a ser reconocidos los cuerpos de tantos desaparecidos? Sí, los rostros de tantos desaparecidos en los mares, en las montañas, en las guerrillas. ¿Cómo explicar que vayan a ser vistos los cuerpos de los niños, jóvenes y adultos que murieron de hambre, por las guerrillas (en El Salvador, Nicaragua, Ruanda, Guatemala)...? Tantos niños que son, literalmente, destrozados en Colombia por la violencia del narco. En fin, tantas muertes de mujeres que por la violencia familiar son sepultadas sin ‘sepultura’ digna.

478 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVIII, 6.

479 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVIII, 7.

480 “Mas tú no crees que los muertos resuciten: cuando suceda tendrás que creerlo quieras o no (...) mas ¿por qué no crees? ¿Ignoras que la fe precede a todo? (...) El labrador cree en la tierra, el navegante en el navío, el enfermo en el médico ¿no quieres tú creer en Dios de quien tanto has recibido?” Teófilo de Antioquía, *Los tres libros a Autólico* 1,8.

481 Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVIII, 2.

Tantos rostros que fueron destruidos por una enfermedad que la ciencia no puede sanar (cáncer, SIDA).

La respuesta a estas interrogantes a 'corazón abierto' se encuentra al inicio de la profesión de nuestra fe: *Creo en Dios omnipotente*⁴⁸². La omnipotencia de Dios, como se ha dicho, más que un poder ejercido por la fuerza es la confesión de que a Dios nada lo agota, nada lo acaba; más todavía es la proclamación de que Dios es dador de la vida misma. Por esta razón, cuando decimos que es por la omnipotencia de Dios que Él resucitará la carne, lo que confesamos es que el Dios de la Vida levantará todo rostro, todo cuerpo que ha sido, en apariencia, aniquilado: los hombres a quienes los años consumieron; los niños que fueron destrozados con los viles instrumentos del aborto; los desaparecidos en el mar o en la guerra; los catequistas que fueron eliminados sobre la tierra. En fin, todo hombre y toda mujer resucitará:

“La resurrección es la restitución de nuestra naturaleza a su antiguo estado. En la vida primera, de la cual el mismo Dios fue autor, no había vejez ni infancia, como es probable y verosímil, ni molestia o enfermedad corporal (pues no era decoroso ni justo que Dios crease tal cosa), sino que la naturaleza humana era una cosa divina antes que el género humano hubiese comenzado a apeteer el vicio. Todas esas calamidades nos invadieron y cayeron sobre nosotros juntamente con la entrada del vicio. Por consiguiente la vida, desprovista de vicio, de ninguna manera tuvo necesidad de versar en aquellas cosas que por medio del vicio sobrevinieron”⁴⁸³.

* * *

Dios eterniza la carne destruyendo la muerte. Esa muerte que se asoma, en la historia, de diferentes maneras. La muerte puede ser aquella causada por nuestros pecados, o la separación del alma del cuerpo, en espera de ser levantado⁴⁸⁴. A partir de lo anterior, nosotros entendemos muerte no sólo como la mera separación del alma del cuerpo sino la corrupción que sufre éste sin que el alma se vea afectada por tal descomposición.

482 “No taches a Dios de impotente por tu debilidad sino considera su poder”. Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XVIII,3.

483 Gregorio de Nisa, *Diálogo sobre el alma y la resurrección (versión castellana de Luis M. De Cadiz, Buenos Aires, 1952)*.

484 “Existen tres clases de muerte: la muerte del pecado, de la que está escrito: *El alma que peca morirá* (Ez. 18,4); la muerte mística, cuando ‘uno muere al pecado y vive para Dios’, de la que el Apóstol afirma que *‘hemos sido sepultados con Él -por medio del bautismo- con su muerte’* (Rom. 6,2.4); la tercera muerte es (...) separación del alma del cuerpo. Comprendamos, por tanto, que sólo es un mal la muerte causada por nuestros pecados; la tercera clase de muerte (...) parece un bien a los justos pero espantosa a la mayor parte de la gente, porque mientras a todos libera, sólo a pocos alegra” Ambrosio de Milán, *De bono mortis* I, II,3 PL 14, 567-568.

Cuando hablamos, por tanto, de resurrección de la carne o de los muertos, nos referimos a la certeza de que nuestro cuerpo resucitará: “porque para Dios no parece la materia terrena de la carne mortal, sino que en cualquier polvo y ceniza se disuelva, en cualquier soplo se disipe, en cualquier substancia corporal se convierta (...) retornará al alma que originalmente la animó para que el hombre existiese, creciese, viviese. (...Pues) Dios, maravilloso e inefable Artífice de cuanto constituyó nuestra carne, la restituirá con maravillosa e inefable rapidez”⁴⁸⁵.

La carne se levantará y en la carne el hombre verá a Dios (Cf. Jb. 19,26). Se levantará el fango que venido ‘de las manos de Dios’⁴⁸⁶ se convirtió en carne al recibir el hálito de la vida divina. Se levantará con la carne todas las contribuciones de esta para que el hombre (cuerpo y alma) realizara las acciones nobles y sagradas. Y, la carne se levantará para recibir el premio a su esfuerzo, pues, sin ella la palabra del hombre no sería posible; no serían posibles sin las manos las artes y las producciones del ingenio no se contemplarían: “¡Toda la vida de hombre viene a través de la carne (...)!”⁴⁸⁷ Más todavía, la fe sin la carne no sería virtud del hombre, el alma no “podría salvarse si no ha creído mientras está en la carne (...) ¡De tal modo es ésta eje de la salvación!”⁴⁸⁸

Bien enseña Tertuliano cuando dice:

“La carne es asimismo (bautismalmente) lavada para que se purifique el alma, es ungida aquella para que sea consagrada ésta, sobre la carne se hace el signo (de la cruz) para que sea defendida el alma, es sombreada aquella con la imposición de las manos a fin de que sea luego ésta iluminada por el Espíritu, la carne se alimenta con el cuerpo y la sangre de Cristo para que pueda nutrirse de Dios el alma: ¡No se puede pues separar en la recompensa a las que están unidas en las obras!”⁴⁸⁹

¿Acaso no moldeó Dios con sus propias manos la carne de Adán? ¿No ama Dios la pureza del cuerpo? ¿No aprueba los sacrificios que el hombre piadoso hace con su carne? ¿No son preciosos los sufrimientos que el hombre soporta?⁴⁹⁰ Nadie podría pensar que un Dios bueno destine a la “destrucción aquella obra de sus manos (...) el recipiente de su hálito, la reina de su creación, la heredera de su generosidad, la sacerdotisa de su religión, el soldado de su testimonio, la hermana de su Cristo”⁴⁹¹.

485 Idelfonso de Toledo, *De cognitione baptismi* 85 PL 96, 142.

486 Tertuliano, *La resurrezione dei morti* VII,7 (Traduzione, introduzione e note a cura di Claudio Micaelli, Roma, 1990). En adelante, *De resurrec.*

487 Tertuliano, *De resurrec.* VII,12.

488 Tertuliano, *De resurrec.* VIII,2.

489 Tertuliano, *De resurrec.* VIII, 3

490 Cf. Tertuliano, *De resurrec.* IX,1.

491 Tertuliano, *De resurrec.* IX,2.

Existen testimonios bíblicos que son una verdadera prueba de la certeza de la resurrección de la carne. San Ireneo, en este sentido, reporta algunos testimonios: “La hija del sumo sacerdote (léase Jefe de la Sinagoga) (Lc. 8,40-42.49-56), el hijo de la viuda de Naín llevado muerto junto a la puerta (cfr. Lc. 7,11-17) y Lázaro, que desde hacía cuatro días yacía en la tumba (cf. Jn. 11,39-44), ¿con qué cuerpos resucitaron? Evidentemente con aquellos en los que murieron; pues, si no hubiesen resucitado con los mismos cuerpos no habrían resucitado esos mismos muertos. Dijo, en efecto, el Señor: ‘Joven, te lo ordeno, levántate; y el muerto se alzó, ordenándole darle de comer y restituyéndoselo a su madre’ (Lc. 7,14-15) (...) Por tanto, así como fueron creados aquellos en sus miembros antes enfermos, y resucitaron los muertos en sus mismos cuerpos, para que los miembros y sus cuerpos acogiesen la curación y la vida otorgada por el Señor, –quien mediante las cosas temporales prefiguraba las eternas e indicaba qué es Él quien puede curar y vivificar a su creatura a fin de que se creyese también en su palabra sobre la resurrección –”⁴⁹².

* * *

Si el cristianismo confiesa sólo la inmortalidad del alma, su Evangelio no es novedad. Si, en cambio, confiesa la inmortalidad de la carne, su mensaje desafía cualquier tipo de pensamiento. Por tanto, al confesar la Resurrección de los muertos, la Iglesia no sólo enseña que el alma goza de los beneficios de la familiaridad con Dios sino también el cuerpo.

Nuestra carne resucitará y el alma vivirá; es decir, el hombre total que había pecado en su cuerpo y en su alma, ahora en su totalidad ha sido salvado⁴⁹³. La recompensa la atribuye efectivamente el Señor a ambas substancias: “tanto a la carne, mediante la cual fue visto el Hijo, como el alma, mediante el cual se creyó en Él”⁴⁹⁴.

Resumiendo. El hombre en su naturaleza humana consta de alma y de cuerpo. La única persona es responsable de todas las acciones y en cuanto tal no es justo que únicamente una parte de él reciba el galardón: “El hombre compuesto de cuerpo y de alma, es quien recibe el juicio de cada una de las obras por él hechas, y como esto no se cumple en la vida presente, donde no se da a cada uno lo que merece (...) sólo queda lo que dice el Apóstol: ‘Es necesario que ese cuerpo corruptible y disperso se revista de incorrupción’(I Cor. 15,33)”⁴⁹⁵.

* * *

B. ¿Cómo y cuándo será la resurrección de los muertos?

¿Cómo nuestra carne se levantará y verá a Dios? El ‘cómo’ supera la posibilidad de nuestra imaginación y de nuestra inteligencia. Así lo enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica* cuando dice en el número 1000: “Este cómo

492 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* V,13,1.

493 Tertuliano, *De resurrec.* XXXIV, 10.

494 Tertuliano, *De resurrec.* XXXIV, 11.

495 Atenágoras, *Sobre la resurrección de los muertos* 18 en *Padres Apologetas... op. cit.*

sobrepasa nuestra imaginación y nuestro entendimiento; no es accesible más que en la fe. Pero nuestra participación en la Eucaristía nos da un anticipo de la transfiguración de nuestro cuerpo por Cristo:

‘Así como el pan que viene de la tierra, después de haber recibido la invocación de Dios, ya no es pan ordinario, sino Eucaristía, constituida por dos cosas, una terrena y otra celestial, así nuestros cuerpos que participan en la Eucaristía ya no son corruptibles, ya que tienen la esperanza de la resurrección’ (san Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* IV, 18, 4-5).”

¿Cuándo ocurrirá la resurrección? Enseña san Ireneo de Lyon que “al final ‘al sonido de la última trompeta’ (I Cor. 15,52; cf. I Tes. 4,16) cuando el Señor haga oír su voz, resucitarán los muertos, como Él mismo dijo: ‘Llega la hora, en que los muertos oirán –en los sepulcros– la voz del Hijo del hombre, y quienes hayan hecho el bien saldrán (de ellos) para la resurrección de la vida, mientras que quienes hayan hecho el mal saldrán para la resurrección de la condenación”⁴⁹⁶. La resurrección de la carne está ligada, en todo caso, a la Parusía⁴⁹⁷.

* * *

No obstante lo anterior, al decir el creyente: ‘*Creo en la resurrección de la carne*’ no lo hace únicamente como una profesión de fe en un acontecimiento para el futuro, con este artículo también confiesa, entre otras cosas, el valor de la vida y asume su propia muerte y la muerte de los demás con una actitud cristiana.

1. Valorar la vida.

Si Dios ha destinado la carne para que lo contemple a Él, es porque la ama. El Hacedor ama la carne “aunque sea débil (cf II Cor. 12,19) y esté enferma (Cf. Lc 5,31 par), aunque sea vil y esté perdida (Cf. Lc. 19,10), aunque sea pecadora (Cf. Ez. 18,23) y esté condenada (Cf. Dt. 32, 39)”⁴⁹⁸. Porque ama la carne, la auxilia, al punto que estos auxilios, como la benignidad, la gracia, la misericordia y toda benéfica fuerza de Dios serían inútiles si no tocan la carne. Es precisamente porque la gracia la toca la hace digna y al hacerla digna causa la vida que perdura⁴⁹⁹.

En uno de los símbolos de la Iglesia primitiva (el de Aquileia) hay una adición que vale la pena poner de relieve. En vez de lo transmitido por

496 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* 13,1. “Pero ya que la razón de la restitución es la decisión del juicio, necesariamente el mismísimo que había sido ha de ser presentado para ser juzgado por Dios del mérito del bien que ha hecho o de lo contrario. Por lo mismo serán restablecidos también los cuerpos, ya que nada puede padecer o gozar el alma sola sin la materia estable, esto es sin la carne, ya además, lo que ciertamente deben padecer o gozar las almas por el juicio de Dios, no lo merecieron sin la carne, dentro de lo que hicieron cuanto hicieron”. Tertuliano, *Apolog.* 48, 4.

497 *Catecismo de la Iglesia Católica* 1001.

498 Tertuliano, *De resurrec.* IX,4.

499 Tertuliano, *De resurrec.* IX,4.

las demás Iglesias: 'La resurrección de la carne' dice 'de esta carne'; es decir, la carne de quien, al hacer la profesión de nuestra fe, la toca con la mano –mientras hace la señal de la cruz en la frente– a fin de que cada fiel sepa que su carne será 'para uso noble'⁵⁰⁰.

Esta carne y no otra verá a Dios, porque Dios la ama. Si Dios ama la carne, entonces, la vocación del hombre es amarse a sí mismo, sin vergüenzas por sus debilidades, sin ruborizarse porque muchas veces padece, está enfermo o porque otras tantas ha caído.

Valorar la vida, amar la historia es tocarse cada día y saberse hombre o mujer, saberse que hay que cuidarse, protegerse, alejarse de todo aquello que maltrata y hiere nuestra vida. Quien no cree que el hombre está llamado a una Vida que perdura, terminará sin valorar la presente.

* * *

2. Actitud ante la muerte: 'no tememos a la muerte.' 501

Existen muchas razones para conmoverse ante la muerte, si nos fiamos de lo que vemos sin ver lo que viene, terminará el hombre sepultando también su fe. ¿A quién no conmueve ver tanta belleza y elegancia, a todo el hombre convertirse en polvo (...)? ¡No te asuste esto cristiano!: El hombre fue sembrado, no perdido. Pues, separándose el alma, ciertamente se viene abajo su morada (cf. II Cor. 5,1): ¡No deviene inmediatamente la señora, que cuida de la casa de adobes y restaura sus ruinas! Se va, más bien, para comprar un Reino eterno con su gran premio. ¿Qué temes, oh alma? Has sido consagrada a Cristo Señor y, por don suyo, vives bien esforzándote por llegar al Reino de Dios. ¿Por qué temes el vehículo de la muerte?"⁵⁰²

Aunque la muerte entristece, el cristiano sabe que el hombre entra en la plenitud del gozo con el 'vehículo de la muerte', plenitud del gozo, donde se experimentan los beneficios de Dios. Así lo enseña el salmista: 'Vuélvete alma mía a tu descanso, porque el Señor te ha beneficiado' (Ps. 114,7). La muerte deja de ser ya algo terrible y por eso los cristianos prefieren morir antes que renegar de la fe en Cristo. Los creyentes saben, muy bien, que al morir no perecen sino que viven y que la resurrección les hará incorruptibles: "Quien dude sobre la victoria de Cristo sobre la muerte, que reciba la fe en Él y se meta en su escuela: ¡Verá entonces la debilidad de la muerte y la victoria lograda sobre ella!"⁵⁰³

Quien sabe vivir sabe también morir. De modo que si la vida es considerada espantosa así será considerada la muerte; "que cada uno no acuse, por tanto, la herida de su propia conciencia, no la infelicidad de la

500 Cf. Rufino de Aquileia, *Expos. Symb.*41.

501 Justino II *Apolog.* 11,1.

502 Quodvultdeus, *Serm* III de Symbol. XI. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La Fe de la Iglesia...* op. cit., 1102

503 Atanasio de Alejandría, *De incarnat. Verbi* 28.

muerte! En efecto, la muerte es para los justos el puerto de la tranquilidad, siendo considerada por los culpables un naufragio⁵⁰⁴. Hay quienes temen a la muerte pues ven que después de ella les esperarán castigos y no premios debido a su conciencia. No está la solución en eliminar la muerte, está en eliminar el pecado que nos hace temerosos ante la misma muerte.

Cuando el creyente le sabe dar sentido a su fin último, no sólo logra el consuelo para su propio dolor, sino para quienes miran con profundo dolor y en silencio a un difunto:

“¡La muerte es un puerto de paz! (...) ¿Por qué, pues, deshonras al difunto (llorando por él)? ¿Por qué haces que los otros tiemblen y se espanten ante la muerte? ¿Por qué haces que muchos acusen a Dios como si Él fuera autor de grandes males? (...) ‘¡Es ley de la naturaleza!’ No, no tiene culpa la naturaleza ni ello es de ineludibles consecuencias de las cosas. La culpa la tenemos nosotros quienes lo trastornamos todo, de arriba abajo, que nos hemos enmolecido, que hemos traicionado nuestra propia nobleza, que con nuestra conducta hacemos peores a los infieles”⁵⁰⁵.

El artículo penúltimo de la profesión de nuestra fe está ubicado en aquél que confiesa la fe en el Espíritu Santo, por eso podemos decir con toda seguridad: “la salvación de la carne es, pues, fruto de la obra del Espíritu Santo”⁵⁰⁶. Espíritu de Cristo que ha hecho madurar la carne y la hecho capaz de acoger la incorrupción⁵⁰⁷, la Vida eterna, la Vida de la divina comunidad, la Vida de la Trinidad.

* * *

V. Y EN LA VIDA ETERNA.

Una vez que hemos tratado sobre la posibilidad de la resurrección de los muertos, “luego, en la medida de lo posible, se examinaría de acuerdo con las Escrituras, cómo ha de ser la vida de los justos en la resurrección futura (...) Hay que reconocer que esta cuestión es más difícil...”⁵⁰⁸

Como es una cuestión ardua, será conveniente partir de la vida terrena para entender, al menos un poco, la eterna. Al fin y al cabo, “si amamos la vida, ¡busquemos aquélla que nunca termina! Y si amamos, ¿por qué no la buscamos? Y si la buscamos, puesto que no está aquí, ¿por qué no nos apresuramos al lugar, donde se encuentra?”⁵⁰⁹ Amamos la vida terrena

504 Ambrosio de Milán, *De bono mortis* I, VIII,31 PL 14,582.

505 Juan Crisóstomo, *Homilía sobre Mateo* 31, 4.

506 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* V,12,4.

507 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* V,12,4.

508 Agustín de Hipona, *Serm.* 362,1 en *Obras completas de san Agustín* XXVI... *op. cit.*

509 Quodvultdeus, *Serm.* III Symbol. XII. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe de la Iglesia...* *op. cit.*, 1156.

cuando en ella se asoma la Eterna; cuando no hay dolor, ni tristeza, ni llanto, cuando no tenemos el temor de la pobreza, ni la enfermedad, cuando los años no disminuyen las fuerzas, ni las incomodidades de los años dañan a los demás⁵¹⁰. La humanidad gozará de los bienes que eternamente le comunica la Familia divina. La vida eterna no es sólo el abandono de los deseos mundanos y la ausencia del desorden que el pecado ha introducido en las relaciones entre los hombres. En el cielo el hombre gozará de los bienes preparados por el Señor en los cuales el hombre se deleitará y disfrutará, pues tendrá lugar el tiempo del perdón⁵¹¹.

Decir vida eterna es proclamar sin los miedos de la historia que lo perecedero pasará, que todo lo que impide la comunión perfecta no existirá: “No habrá juventud, porque no habrá ancianidad; no habrá necesidad de alimentarse, porque no habrá hambre; no existirán los negocios, no habrá indigencia”⁵¹². Más todavía. El egoísmo que ha producido el hambre en el mundo será eliminado y será eliminada, por tanto, el hambre; no habrá ya sedientos, y el traje que vestirán los hombres será la inmortalidad; entonces, no existirán los desnudos; ni habrá quienes mueran por falta de un medicamento ya que todos gozarán de la salud... no habrá esclavos, todos seremos libres⁵¹³: “Ya no dominará la corrupción a quienes vivamos inmortalmente y permanezcamos con la misma Vida eterna. Ni necesitaremos vestido alguno, donde seremos vestidos con la Inmortalidad. Ni nos faltará alimento, cuando el mismo Pan vivo, que por nosotros descendió del cielo a la tierra (Cf. Jn. 6, 33.41-50s. 59), saciará con su presencia nuestras almas. Tampoco faltará bebida allí donde está la fuente de la vida (cf. Is. 58,11;12,3). ‘Nos saciará’, en efecto, ‘con la abundancia de su casa y aliviará nuestros corazones ‘con el torrente de sus delicias’ (Salm. 35,9). No sufriremos el calor, pues es nuestro refrigerio quien nos protegió y ‘protege bajo la sombra de sus alas’ (cf. Ps. 35,8). No sufriremos el calor, donde está el Sol de justicia (cf Mal. 4,2), el cual, rescaldará nuestros ojos (cf Esdr. 9,8) para que vean la divinidad e igualdad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”⁵¹⁴.

Entonces, se realizará la anhelada comunión perfecta, nos sentiremos orgullosos de la plenitud de las riquezas de nuestros hermanos: “Allí está el coro glorioso de los Apóstoles, el grupo de los profetas gozosos, la innumerable multitud de los coronados por los méritos de su lucha y sufrimientos, las vírgenes que triunfaron de la concupiscencia de la carne con el vigor de la castidad, los que hicieron buenas obras socorriendo a los pobres con limosna y que, por cumplir los preceptos del Señor, transfirieron su patrimonio terreno a los tesoros del cielo”⁵¹⁵.

510 Juan Crisóstomo, *Adhortatio ad Theodorum lapsum* 11, PG 47, 291.

511 Cf. Cirilo de Alejandría, *De adoratione in spiritu et veritate* XVIII, PG 68, 1125.

512 Agustín de Hipona, *Serm.* 362, 28.

513 “Pues, ¿a quién alimentas, donde nadie tiene hambre? ¿A quién das agua, donde no hay sediento alguno? ¿Vestirás al desnudo, donde todos están vestidos con la inmortalidad? (...) ¿Visitarás al enfermo, donde todos gozan de la salud de la incorrupción?” Agustín de Hipona, *Serm.* 362, 28.

514 Quodvultdeus, *Serm I de Symbol.* XII. Traducción de Santos Sabugal, *El Credo. La fe de la Iglesia...* op. cit., 1155.

515 Cipriano de Cartago, *Sobre la peste*, 26.

En síntesis, la vida eterna para los hombres es la realización del proyecto del Padre y el cumplimiento de los anhelos del hombre: la comunión y la comunicación de la vida de un modo perfecto. Será el descanso del hombre, reposo que no significa soledad inactiva. De este modo, los “servidores de Dios tienen paz, libertad, tranquilidad, cuando arribamos al puerto de la morada y de la seguridad eternas”⁵¹⁶. La lucha contra el mal y las peleas contra las tentaciones terminarán. Terminarán también las causas por las cuales nos angustiamos, los trabajos que nos maltratan y las penas que por estar en la historia nos afligen:

“Allí no nos fatigaremos, pues, estará con nosotros nuestra Fuerza, a la que ahora decimos: ¡Ámete yo, Señor, mi fortaleza!’ (Ps. 17,2) No dormiremos allí donde no hay tinieblas que sucedan al día eterno. Allí no habrá comercio ni servidumbre, ni trabajo. ¿Qué haremos entonces? ¿Quizá lo que está escrito: ‘Aquietaos y ved que yo soy el Señor! (Ps. 45,11). La misma quietud de la contemplación será obra de nuestra acción, a fin de que, contemplando nos deleitemos y deleitablemente contemplemos ver. ¿Qué cosa? ‘Los bienes del Señor’ (cf. Ps. 26,13) (...), que no podemos esperar, pero que por medio de la fe y la paciencia y la santa Madre Iglesia, esperamos recibir”⁵¹⁷.

La misma quietud de la contemplación será la obra de nuestra acción. Esta contemplación de Dios consistirá en verlo y alabarlo sólo a Él.

1. Ver a Dios.

Dios será el objeto al cual nuestra mirada va dirigida, por eso, le veremos en los demás, le veremos en sí mismo, le veremos ‘en el cielo nuevo y en la tierra nueva’ (Is. 65,17; Apoc. 21,1); así como en toda creatura entonces existente; le veremos también presente en todo el cuerpo con los ojos del cuerpo espiritual⁵¹⁸. Una mirada que producirá incorrupción; una mirada que no asustará, pues el Espíritu de Cristo prepara al hombre para que el encuentro con el Hijo y con el Padre dé la vida y nunca la muerte⁵¹⁹.

Ver a Dios es ver las cosas como son, sin las apariencias, ni los espectros que produce la fama, el dinero, el placer, el poder. Veremos como

516 Cipriano de Cartago, *Sobre la peste*, 3.

517 Quodvultdeus, *Serm. I de Symbol.* XII. Traducción de Santo Sabugal, *El Credo. La fe cristiana...* op. cit., 1155

518 Cf. Agustín de Hipona, *La Ciudad de Dios* XXII,29,6 (Edición preparada por José Morán, Madrid, 1965).

519 “El Espíritu dispone al Hombre para el Hijo de Dios; el Hijo le conduce al Padre y el Padre le otorga la incorrupción para la vida eterna, que a cada uno le sobreviene de la vista de Dios”. Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* IV,20,5.

son nuestros hermanos viendo a Dios sin las miradas interesadas o egoístas, sin aquellas miradas que hieren u ofenden: “Los ojos de los santos tendrán una potencia mayor (...) para que vean las cosas incorporeales. Quizá esa gran potencialidad de la visión fue dada por un momento al santo patriarca Job, cuando dice (...) ‘Ahora te veo con mis propios ojos’ (Jb. 42,5). No obstante, pueden también entenderse los ojos del corazón, de los cuales dice el Apóstol: ‘Tened iluminados los ojos de vuestro corazón’ (Ef. 1,18). Y que Dios será visto con estos ojos es una verdad que no duda ningún cristiano, que acepte las palabras del Maestro: ‘Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios’ (Mt. 5,8)”⁵²⁰.

Contemplar a Dios será equivalente a dialogar con Él más familiarmente que como lo hacía Adán antes de su pecado en el Paraíso. Con toda justicia se ha dicho que mejor que cualquiera de todos los bienes que los hombres disfrutaremos está el de conversar continuamente con Cristo⁵²¹. Bien que será una realidad no sólo con Él sino con el Padre en el Espíritu de Cristo.

2. Alabanza a Dios.

Todos los hombres verán a Dios y el hombre total lo contemplará, no sólo el alma sino también el cuerpo y al verlo lo glorificarán, lo alabarán porque entonces podrán contemplarlo tal como es Él: “Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos: ¡He aquí lo que habrá al fin sin fin!”⁵²²

La alabanza es fruto del gozo y éste de la verdad. No se le dará verdadera alabanza a nadie más que a Él: “No se dará el honor a ningún indigno”⁵²³, ni se alabará como lo hacen los aduladores o como quien está en el error. Se superarán las falsas alabanzas al hermano, esas que se realizan por intereses desviados y esos honores que se tributan por una pretensión pecaminosa. Nuestros deseos tendrán un único interés y como única meta: Dios, “quien será visto sin fin, amado sin hastío, (alabado) sin cansancio”⁵²⁴.

Si Dios se convertirá en el único objeto de adoración, todos seremos ante Él iguales, no habrá quien esté más alto ni quien esté más abajo, no habrá superior ni inferior, desaparecerán las pretensiones y las envidias que nos hacen ubicarnos por encima de los demás, y libres absolutamente no vamos a apetecer otra cosa más que a Dios. Y entonces se logrará vivir la perfecta comunidad.

* * *

520 Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios* XXII, 29,3.

521 “Mejor que todo esto, sin embargo, será el poder de conversar continuamente con Cristo, en compañía de los ángeles, con los arcángeles y con las potestades superiores”. Juan Crisóstomo, *Adhortatio ad Theodorum lapsum* 11, PG 47.

522 Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios* XXII,30,5

523 Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios* XXII,30,1.

524 Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios* XXII,30,1.

¿Y el infierno ?

No dejarán los bienaventurados de tener en el cielo “libre albedrío, porque no podrán deleitarse en el pecado”⁵²⁵ Si en el cielo el hombre es libre, es porque lo era en la tierra. Así pues, si algunos por propia decisión se separan de Él, se les otorgará la separación por ellos elegida. “Ahora bien, la separación de Dios es la ‘muerte’, como la separación de la luz son ‘tinieblas’, y el apartamiento de Dios es pérdida de todos los bienes, inherentes a Él. Quienes, pues, han perdido todo eso, (...), privados de todos los bienes les persigue la pena (...) . Los bienes, empero, venidos de Dios son eternos y sin término; y por ende, también es eterna y sin fin su pérdida (...) Por eso afirmaba el Señor: ‘Quien cree en mí, no es juzgado ’ (Jn. 3,18), a saber separado de Dios; pues por la fe se unió a Dios. ‘Mas quien no cree, dice, ya ha sido juzgado, por no haber creído en el nombre de Hijo unigénito de Dios’; esto es, se apartó, por libre decisión, de Dios (...)”⁵²⁶.

El Infierno es la privación de los bienes de Dios, no por designio divino sino por decisión propia. El hombre puede excluirse de la Vida, de la Luz y refugiarse en las tinieblas eternas, en la soledad o en el aislamiento. ¿Cómo describir la pérdida de tales beneficios? “Y la vida dolorosa de los pecadores tampoco tiene comparación con las sensaciones de los que sufren acá. Pero incluso en el caso de que se aplique a algún castigo de allá el nombre con que se le conoce acá, la diferencia no es pequeña. Efectivamente, al escuchar la palabra fuego (Cf. Is. 66,4; Mt. 3,10; 24,41; Mc. 9,48), has aprendido a pensar algo distinto del fuego de acá, porque en él se encuentra una cualidad que no hay en éste: aquel, efectivamente, no se extingue, mientras que este de acá puede ser extinguido por los múltiples medios que enseña la experiencia, y la diferencia es grande entre un fuego que se extingue y otro que es inextinguible. Por tanto, es otro, y no el mismo que el de acá. Y también, cuando uno oye la palabra gusano (Cf. Is. 66,24; Mc. 9,48), que por la semejanza del nombre no se deje arrastrar a pensar en este animalito terrestre; porque la añadidura del calificativo ‘terreno’ supone que ha de pensar en otra naturaleza diferente de la que conocemos (...)”⁵²⁷.

* * *

Aunque esta posibilidad exista, aunque en la vida presente el hombre libremente se aparte de la Luz, creemos firmemente en la esperanza y en la misericordia de Dios que tiene el poder de purificar al hombre de todo lo que le impide estar en comunión perfecta con Él y con sus hermanos. Es lo que la Iglesia llama purgatorio y que explica de este modo Gregorio Magno:

525 Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios* XXII,30,3

526 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* V, 27,2.

527 Gregorio de Nisa, *La gran catequesis* XL,7-8.

“Respecto a ciertas faltas ligeras, es necesario creer que, antes del juicio, existe un fuego purificador, según lo que afirma Aquel que es la verdad, al decir que si alguno ha pronunciado una blasfemia contra el Espíritu Santo, esto no le será perdonado ni en este siglo, ni en el futuro (Mt. 12,31). En esta frase podemos entender que algunas faltas pueden ser perdonadas en este siglo, pero otras en el siglo futuro”⁵²⁸.

Es en este contexto que tiene sentido la oración por los difuntos. Oración que explica con bastante precisión Idelfonso de Toledo cuando enseña: “La vida eterna, que es premio de las obras buenas, es valorada por el Apóstol como *gracia de Dios*: ‘El salario del pecado es la muerte, mas la gracia de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro’ (Rm. 6, 23) El salario se paga como debido al servicio prestado, no se regala; de ahí que ‘la muerte es el salario del pecado’; es decir, debida por éste; la gracia de Dios, sin embargo, no es gracia sino es gratis. Se ha de entender, pues, que incluso los buenos méritos del hombre son don de Dios, de modo que, cuando aquellos son recompensados con la vida eterna, en realidad se devuelve gracia por gracia. De ahí que aquí se adquiere lo que, después de esta vida, será tenido en cuenta: ¡Que nadie espere merecer ante Dios, después de muerto, lo que descuidó estando vivo! Los sufragios, que para aliviar a los difuntos aplica la Iglesia, no contradicen, por tanto, el dicho del Apóstol, según el cual ‘*todos nos presentaremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba -el bien o el mal- según lo obrado por medio de su cuerpo*’ (2 Cor. 5,10); pues mientras vivió corporalmente, adquirió cada uno también el mérito de que aquellos sufragios pudieran aprovecharle. Mas no aprovechan estos a todos, a causa de la diferencia de vida, que cada cual vivió en el cuerpo. Por tanto, cuando por todos los bautizados difuntos se ofrece el sacrificio del altar o de cualquier otra limosna, esos sacrificios sirven de acciones de gracias por los muy buenos, de propiciación por los no muy malos, no aliviando a los muy malos aunque sí consuelan algo a (sus) vivos. A quienes les aprovechan, les sirven de remisión plena o, por lo menos, alivian su castigo”⁵²⁹.

Como en los tiempos de Cirilo de Jerusalén, muchos pueden preguntarse: ¿de qué le sirve a un alma salir de este mundo con o sin pecados si después se ora por ella, al fin y al cabo también se ora por los difuntos? La respuesta podría formularse en estos términos: las plegarias que la Iglesia dirige a Dios por quienes lo han ofendido son un acto de solidaridad en favor de aquellos que son sus hermanos. Oración que pide a Dios, para que los que están lejos de la comunión perfecta se incorporen a ella⁵³⁰.

528 Gregorio Magno, *Diálogo* IV, 39 PL 77, 396.

529 Idelfonso de Toledo, *Liber de cognitione Baptismi* XCII-XCIV PL 96, 132.

530 “Quiero aclararos esto con un ejemplo, puesto que a muchos les he oído decir: ¿de qué le sirve a un alma salir de este mundo con o sin pecados si después se hace mención de ella en la

AMÉN

La última palabra de la profesión de fe desde el punto de vista etimológico se deriva de la misma raíz que la palabra *creer*. El verbo común de creer y de amén es *amán*, que significa: *estar o ser firmes*. Al proclamar toda la profesión de nuestra fe, no solamente reconocemos que en él “está contenido el pacto de nuestra sociedad, y el confesarlo es la señal establecida por la que se reconoce el fiel cristiano”⁵³¹, sino que además con esta palabra estamos reconociendo nuestro deseo de permanecer firmes y seguros en el seguimiento de la verdad que proclamamos:

“Mantened siempre el pacto que hicisteis con Dios; es decir, este símbolo que profesáis ante los ángeles y ante los hombres. Sus palabras ciertamente son breves, pero contienen todos los misterios. En efecto, en forma abreviada se han recogido de todas las Escrituras, como piedras preciosas engarzadas en una corona, para que, dado que muchos creyentes no saben leer o si saben no pueden por su educación secular leer, guardándolas en su corazón, tengan la ciencia saludable que les basta.

Así, carísimos, ya caminéis, estéis sentados o trabajando, ya durmáis o estéis despiertos (cf. 1 Tes. 5,10), medita esta confesión de fe salvadora en vuestros corazones. Que vuestra mente esté siempre en el cielo, vuestra esperanza en la resurrección, vuestro deseo en la promesa. Que la cruz de Cristo y su gloriosa pasión os preceda confiadamente y cuantas veces el enemigo se insinúe en vuestra mente con el temor, la avaricia, la lujuria o la ira, respondedle amenazadoramente diciendo: ‘Ya he renunciado y volveré a renunciar a ti, igualmente a tus obras y a tus ángeles, porque he creído al Dios vivo y a su Hijo, he sido sellado con su Espíritu y he aprendido a no temer la muerte’. De este modo os defenderá la mano de Dios y el Espíritu Santo de Cristo os custodiará vuestras *‘entradas desde ahora para siempre’* (Ps. 121,8). Que cuando meditéis sobre Cristo os digáis mutuamente: *‘Hermanos, ya estemos despiertos o dormidos, vivamos juntamente con Cristo’* (1 Ts. 5,10), al cual sea la gloria por los siglos. Amén”⁵³².

oración? Supongamos, por ejemplo, que un rey envía al destierro a quienes le han ofendido, pero después sus parientes, afligidos por la pena, le ofrecen una corona: ¿Acaso no se lo agradecerá con una rebaja de los castigos? Del mismo modo, también nosotros presentamos súplicas a Dios por los difuntos, aunque sean pecadores. Y no ofrecemos una corona, sino que ofrecemos a Cristo muerto por nuestros pecados, pretendiendo que el Dios misericordioso se compadezca y sea propicio tanto con ellos como con nosotros”. Cirilo de Jerusalén, *Cateq.* XXIII,10. La traducción de Carlos Elorriaga en *Cirilo de Jerusalén, Catequesis... op. cit.*

531 Agustín de Hipona, *Serm.* 214, 12.

532 Nicetas de Remesiana, *El símbolo de la fe 13-14 en Catecumenado de adultos.*

CONCLUSIONES

Uno podría pensar que escritores eclesiásticos tan distantes a nosotros en tiempo y espacio tienen que decirnos muy poco. Distantes en muchos aspectos nos son, sin embargo, más cercanos de lo que podríamos pensar. Ante todo porque viven intensamente la fe, la aman y la defienden; pero, también porque saben decirlo como nosotros la hubiéramos querido decir. Oyéndolos a ellos parece que nos escuchamos nosotros.

De las catequesis patrísticas en torno al *Credo*, fundamentalmente se pueden rescatar los siguientes aspectos.

El contenido teológico. La estructura de la *confesión de la fe* es la comprensión de la fórmula bautismal. Esto le da la particularidad de ser un camino, un itinerario, un ir y acercarse más al Dios que por el Bautismo nos ha incorporado a Él. El Bautismo nos ha introducido en un dinamismo de Vida, en la que cada uno de los Tres (Padre, Hijo y Espíritu) hace en nosotros lo que le es propio. El *Credo* nos ayuda a comprender lo que ha sucedido, lo que sucede y sucederá en el hombre, en la Iglesia y en el mundo, con los sacramentos de iniciación cristiana. En este sentido, los Padres de la Iglesia ponen la Teología al servicio de la fe; procuran cómo explicitar lo que todos deben saber y no sólo algunos; y, escrutan la Sagrada Escritura para poder explicar las grandes verdades.

La dimensión pastoral. Las reflexiones que hacen Obispos, presbíteros y laicos de la Iglesia de los primeros siglos no son por amor a la ciencia pura. Detrás de cada expresión, palabra y reflexión se encuentra un interés: que la fe sea comprendida. Las catequesis, dirigidas a los adultos antes del Bautismo o después del mismo, procuran acercar al hombre a Dios; nunca son complicadas e innecesarias reflexiones.

Más aún. Es de la explicación y comprensión del Credo que nace el dinamismo pastoral de las comunidades cristianas. El catecúmeno al entender la *Confesión de fe* entiende en qué Iglesia se inserta y debe servir. Lo sitúa con criterios en el mundo a vivir consciente (dimensión noética), responsable (dimensión ética) y armoniosamente (dimensión estética) en el mundo.

Todo lo anterior junto nos orienta a pensar que la utilización de la *confesión de fe* no puede ser algo marginal en los procesos catequéticos. Razón por la cual, la catequesis debe ayudar "a descubrir el sentido profundo del credo y todo lo que este implica. La catequesis debe ayudar a tomar conciencia de que el Credo no es algo privado, como no lo es la fe, sino algo comunitario; es al mismo tiempo una realidad personal y eclesial. La vivencia del Credo es todo un proceso (...)"⁵³³

* * *

533 Carlos García, Luis Otero y Jesús Andrés López, *Símbolo de la fe (El Credo) en Diccionario de Catequesis* (Dirig. por Salamanca, 1999) 2094.

Muy seguramente la mejor ayuda para que un moribundo descanse en paz es ayudarlo a proclamar o a escuchar la profesión de fe. Quizá nada puede elevar más al hombre hasta el cielo que morir confesando la fe. Así murieron los mártires. Del martirio de san Policarpo se narra:

“Entonces, (Policarpo) mirando a los astros y al cielo dijo: ‘Dios de los ángeles, Dios de los arcángeles, resurrección nuestra, perdón del pecado, rector de los elementos todos y de toda habitación, protector de todo el linaje de los justos que viven en tu presencia: yo te bendigo sirviéndote, por haberme tenido por digno de recibir mi parte y mi corona del martirio, principio del cáliz, por medio de Jesucristo en la unidad del Espíritu Santo, a fin de que cumplido el sacrificio de este día, reciba las promesas de tu verdad. Por eso, te bendigo en todas las cosas y me glorío por medio de Jesucristo, eterno Pontífice omnipotente. Por el cual a ti, junto con Él mismo y el Espíritu Santo, sea la gloria ahora y en lo futuro, por los siglos de los siglos. Amén’.

Terminada, pues, la oración y prendido fuego a la hoguera, se levantó la llama hasta el cielo. (...) En cuanto al cuerpo mismo, como grato pan cociéndose o fundición de oro y plata que brilla con hermoso color, recreaba la vista de todos”⁵³⁴

Ante tal ejemplo, quienes le vieron morir, confesando la fe en Dios, bendicen ahora con su vida “a Dios Padre omnipotente y a nuestro Señor Jesucristo, Salvador de nuestras almas, gobernador de nuestro cuerpo y pastor de toda la Iglesia católica, y al Espíritu Santo por quien lo conocemos todo”⁵³⁵.

A quien ha escrito estas líneas y a quienes las leerán, nos conceda el Señor este regalo: pasar a la vida eterna no sólo recitando nuestra fe, con la cual nacimos, sino además recordando, al menos algo, de lo que esta confesión de fe contiene y significa.

534 *Martirio de san Policarpo, Obispo de Esmirna XII-XIII en Actas de los Mártires (introd.. notas y versión de Daniel Ruiz B. Madrid, 1987).*

535 *Martirio de san Policarpo XV.*